

Gérard de Sède

El oro de Rennes



Lectulandia

En 1885 un párroco rural llamado Bérenger Saunière llegó a Rennes-le-Chateau, una aldea francesa enclavada en el corazón de la región cátara. Allí, según la tradición, se encontraba el tesoro perdido de aquellos herejes, que más tarde pasó a manos de los Templarios. Saunière, según las más recientes investigaciones, pudo haber encontrado aquel secreto. Su contenido, más que material, era de índole informativa y podía hacer alusión a un terrible secreto en relación a Jesús de Nazaret. Para preservar el tesoro mandó esculpir un demonio que diera la bienvenida a todo aquel que pisara la iglesia en donde halló tan terrible información.

Lectulandia

Gérard de Sède

El oro de Rennes

o la vida insólita de Bérenger Saunière, párroco de Rennes-Le-Château

ePub r1.0

RLuII 20.08.15

Título original: *L'or de Rennes, ou la vie insolite de Bérenger Saunière, curé de Rennes-le-Château*
Gérard de Sède, 1967
Traducción: Guillermo Lledó

Editor digital: RLull
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A la memoria del padre Joseph Courtauly

ADVERTENCIA

Cualquier parecido entre los hechos narrados en este libro y una ficción es pura casualidad. Y ello es tanto más extraño cuanto que el parecido es extraordinario.

EL DIABLO EN LA PILA DE AGUA BENDITA

El viajero que desde Carcasona sube por el valle del río Aude, pronto deja la tierra fértil por un reducto barrancoso y agreste que la Naturaleza y la Historia se han empeñado en atormentar: el Razés. Allí, un cielo azul y una tierra de almagre, violentamente enfrentados, parecen proseguir ante nuestros ojos la insoluble porfía de Heráclito y Zenón, la del turbulento caos y el orden móvil. Las encinas, retamas y jaras, el espliego y el tomillo se agarran con desesperada energía a las peñas de color leonado, desgarradas como por los dientes de un gigante y agujereadas por innumerables cavernas. De vez en cuando surgen las ruinas de un castillo, incorruptible testigo de épocas que se encierran en su terco mutismo. En Limoux no dejen ustedes de probar la espumosa blanquette; más lejos sería ya tarde, pues el Razés es más rico en agua que en vino. Tierra de manantiales, pero también de metales de todas clases, sus aguas, fuertemente mineralizadas, son de un amargor intolerable y no sacian la sed. Pero cuando se baña uno en ellas, como hacían las reinas de antaño, poseen la misteriosa facultad de curar.

Pasada la abadía benedictina de Saint-Hilaire, con su claustro curiosamente adornado por un tablero de ajedrez grabado en la piedra, pasada igualmente la de Alet, antiguo templo de Diana convertido hace seis siglos en obispado por el Papa Juan XXII y que en la actualidad ya no lo es, una carretera encajonada, flanqueada a la izquierda por el pico de Cardou y a la derecha por la inmaculada peña de Blancheport (adosada al sombrío baluarte de Roco Negro), los conducirá hasta Rennes-les-Bains.

Esta estación termal, hoy día muy modesta, fue conocida por nuestros más lejanos antepasados, adquiriendo mucha fama en tiempos de la conquista romana. En el pueblo mismo, donde se exhumó una estatua de Isis, hay tres manantiales de agua caliente: el Bain de la Reine, el Bain Fort y el Bain Doux; en los alrededores, dos de agua fría: el del Cercle, saturado de hierro, y el de la Madeleine o de la Gode, cerca de la confluencia del Blanque y el Sals, en un lugar llamado el Bénitier^[1], en el que el agua gotea sobre una losa verde, ornada de cristalinos ramilletes.

Procedentes de los montes, dichos manantiales afloran en su mayoría tras un largo recorrido subterráneo jalonado por sifones que regularizan su caudal. En una región en que los veranos secos, al suceder a la licuación primaveral de las nieves, hacen variar en mucho el estiaje de las aguas, esta notable regularidad, tenida por maravilla, ha hecho nacer una veneración sagrada, cuyo privilegio se disputan, de una a otra fuente, Damas Blancas y Vírgenes Negras. También antaño, en Arcadia, habíase divinizado el río Alfeo que desaparece bruscamente bajo tierra y el cual se creía que iba a parar a Sicilia, a la fuente sagrada de Aretusa.

Por cierto que este paralelo mitológico tentó a un autor del siglo pasado, Labouisse-Rochefort, cuyo Voyage à Rennes-les-Bains comienza con el siguiente verso, un poco soso:

De ton heureux Alphée ô toi chère Aréthuse...^[2]

En torno a la pequeña villa termal, la montaña forma una hermosa corona bermeja, blanca y verde, en la que alternan pastos, peñas y bosques y en la que se distinguen todavía los vestigios de una vasta muralla megalítica. Al noroeste, un menhir ha conservado el nombre de Cap de l'Hom (Cabeza del Hombre), pues hallábase adornado con un relieve a imagen de un rostro humano. Desplazada a fines del pasado siglo, esta extraña escultura hállase hoy día en Rennes-les-Bains, en el jardín de la casa rectoral; algunos dicen que es la faz del Salvador; otros, que es la cabeza de san Dagoberto.

Al este se extiende una vasta meseta: la meseta del Lauzet, donde se halla el Pla de la Coste con dos piedras que pesan varias toneladas, los Roulers, y que oscilan sobre su base en cuanto se les imprime la menor sacudida. Más abajo corre el arroyo del Hom Mort (del Hombre Muerto). Hacia el Este, la mesa de un dolmen se halla cerca de la entrada de una mina de azabache, y un curioso montón de peñas se llama Pierre du Pain^[3] porque, en él, un bloque grande y redondo de piedra reposa sobre una losa cual un pan sobre una mesa; en la parte superior de dicha losa hay cinco profundas cúpulas semejantes a las huellas de cinco dedos, a las que se ha dado el nombre de Main du Diable^[4]. El diablo, en aquellos parajes, ha enriquecido mucho la toponimia; en un sitio tiene su Sein^[5] y en otro su Fauteuil^[6]. Por último, al Sur, hacia el Serbaïrou, se puede admirar un menhir en forma de dado, de una geometría perfecta. Paisaje fantasmagórico en el que cuesta trabajo distinguir el arte de los primeros hombres de los caprichos de la naturaleza, y que impulsa a la mente por los senderos de una arqueología imaginaria.

Rennes-les-Bains no era antaño más que los Bains de Rennes^[7], simple arrabal balneario de otra Ren-nes, la antigua Aereda, después Redae o Rhedae, y que dio su nombre al Rhedesium, es decir, al condado de Razés. Esta ciudad, de 30 000 habitantes, que dominaba la meseta que la rodea, poderosamente fortificada, comparada a Carcasona por el poeta Teodulfo (Inde revidentes te, Carcassonna Rhedas-que...) y de la que los últimos reyes visigodos, en el siglo VI, hicieron una de sus dos capitales (la otra era Toledo), fue borrada del mapa en 1361 por la terrible soldadesca aragonesa de Enrique de Trastámara, no quedando de ella hoy día más que una aldea perdida con unas pocas casas, que cuesta trabajo localizar en el mapa: Rennes-le-Château.

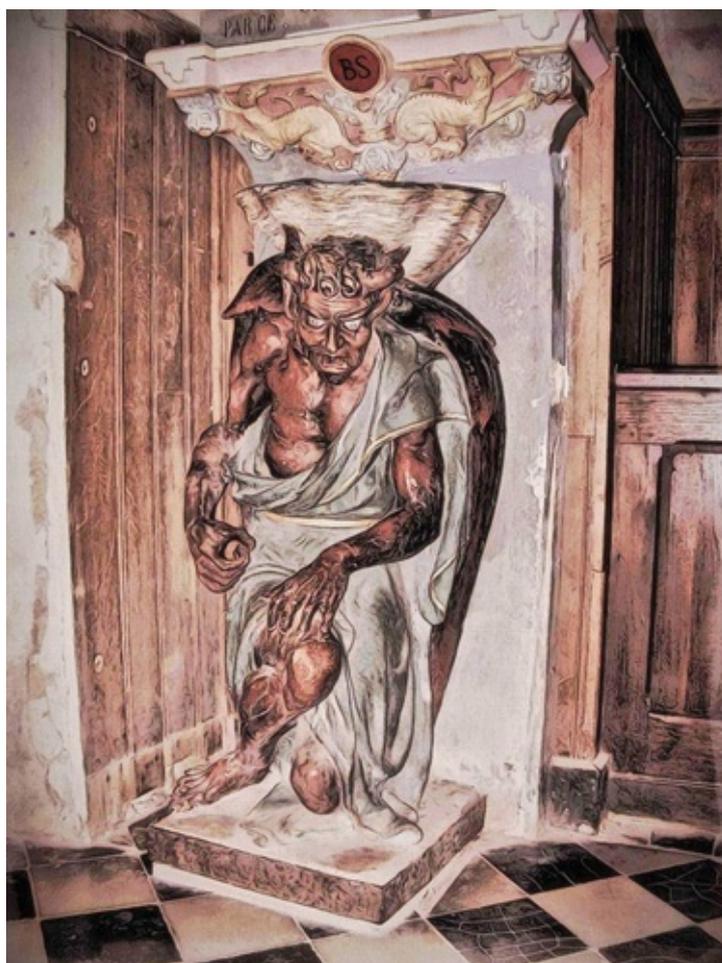
A vuelo de pájaro, la distancia entre las dos Rennes casi no pasa de tres kilómetros, pero, a no ser que os salgan alas, será una larga carretera llena de vueltas y revueltas, peligrosa pero llena de cantos de cigarra y oliendo a garriga^[8], hecha para pasearse, la que os subirá hasta Rennes-le-Château. Semejante a un gran pastel

colocado sobre la meseta, el pueblecito es un mirador que da a los dos valles del Aude y el Sals, ambos de igual belleza. La mirada abarca de un lado los burgos de Campagne, de Laval-Dieu y del Bézu, donde los templarios tuvieron tres encomiendas, y del otro Arques, así como las ruinas, semejantes a llamas petrificadas, de Cous-taussa, que, cual indica su nombre, es custodia, guardiana vigilante de aquellos agrestes parajes.

Rennes la muerta tiene aún su casa solariega en la que todavía vive alguien. Con su bella sala baja de la época visigoda (como ya casi no quedan), su fachada Renacimiento y su torre, la mansión, que perteneció antaño a las ilustres casas de Voisins y de Hautpoul, es hermosa pero está muy deteriorada. El anciano que en ella habita, y que no se sabe cómo subsiste, os enseñará, si conseguís serle simpáticos, los frutos de sus singulares faenas: una colección de piedras en cuyas formas caprichosas el viejo cree ver fósiles de hombres y animales procedentes de alguna Atlántida y llevados hasta allí por el mar, y también el atlas que él va dibujando con minuciosidad desde hace años, poblando con su ágil pincel Francia entera de personajes mitológicos cuyos hechos y hazañas revelan, según su sistema, los nombres de nuestros pueblos, incluso los más pequeños. Ante la puerta de la casa solariega se yergue un moral secular: sus frutos en forma de corazón, chorreantes de sangre, hacen que la mano que los coge parezca una mano de estigmatizado^[9].

A cien pasos de allí, sobre un terraplén que domina todo el horizonte, levántase un conjunto de monumentos de un lujo agresivo, de un estilo que hacía estragos en el siglo pasado y de una fealdad que pronto hace olvidar lo tremendamente insólito de su aspecto. Hay, en primer lugar, una torre neogótica de dos pisos, cuadrada, almenada, flanqueada por una atalaya y sobre la que uno lee, extrañado, la palabra «Magdala». Viene a continuación un camino de ronda semicircular sostenido por una serie de salas y que conduce a un espacioso invernáculo rematado por una vidriera cónica. Este conjunto circunda un gran parque adornado por una fuente y avenidas trazadas a cordel. Se ve, por último, un abigarrado chalet, del peor gusto burgués, sobre cuya puerta hay una estatua del Sagrado Corazón y en cuyo frontispicio está grabada la palabra «Béthanie»^[10].

Allí muy cerca, la antigua iglesia de la aldea, reparada después del siglo XI^[11], contrasta por su sencillez, al menos vista desde fuera. Porque en cuanto uno entra en ella, un turbio malestar le invade. Se ve en primer lugar un diablo disforme que sostiene la pila de agua bendita; a continuación, la mirada va descubriendo poco a poco todo un pueblo de estatuas maquilladas como actores mímicos, petrificadas en insólitas posturas, chillando por todos sus colores y fijando en el visitante su insostenible mirada de cristal. Es un San Sulpicio loco; el museo Grévin^[12] de las Escrituras. Pero pronto, y como a regañadientes, se detiene uno a examinar aquel mundo extraño en el que cada detalle parece, con ignorado designio, concertado.



El diablo de la pila de agua bendita

Algunos de los que han conocido al constructor de todo aquello viven todavía; los hemos interrogado uno por uno. Poco a poco, los archivos se han ido abriendo. Y así es como hemos descubierto la prodigiosa historia del padre Saunière.

Francois-Bérenger Saunière era hijo de aquella tierra; nacido en el Departamento del Aude, en Montazels, el 11 de abril de 1852. Todavía puede verse la casa en que vino al mundo y ante la cual unos hermosos delfines, esculpidos en el siglo XVIII, escupen un chorro de agua en la taza de una fuente con un cerco de hierro^[13]. A pesar de su condición modesta, a sus padres no les dio miedo tener siete hijos. Él era el mayor, y por un primogénito, en un pueblo, se hace, como dice la gente, un esfuerzo. Ello fue sin duda lo que le permitió abrazar el estado eclesiástico. Ordenado en 1879, nombrado primero vicario de Alet y luego párroco de la humilde aldea de Le Clat, Saunière presintió quizás una brillante carrera cuando le nombraron, al cabo de tres años, profesor del seminario de Narbona. Pero no permaneció en dicho puesto más de un mes; inteligente y voluntarioso, sus superiores le consideraban demasiado independiente de ideas y desembarazado de modales, y con fecha de primero de junio

de 1885 le nombraron párroco de Rennesle-Château, sin sospechar que acababan de abrir a aquél a quien así exilaban las puertas de un destino sin par.

A los treinta y tres años, edad simbólica para un sacerdote, termina para Bérenger Saunière la vida de hombre sin importancia. No tardará en empezar una nueva vida: la de protagonista de una fabulosa aventura.

Si prueba uno a despertar, en las que fueron feligresas de Saunière, encorvadas hoy por los años, el recuerdo de su pastor, exclaman todas, con repentino brillo en los ojos: «¡Ah! ¡Era un buen mozo!». Las fotografías nos lo muestran alto, ancho de hombros, de semblante agresivo. El rostro plebeyo no carece de cierta brutalidad, acentuada por la mandíbula de carnívoro, pero corregida por una frente ancha y despejada, coronada de espesa cabellera. Tiene hirsutas las cejas, hermosos y vivos los negros ojos, y profunda, inquieta y penetrante la mirada. Un hoyuelo (cosa que, si hemos de hacer caso de la sabiduría popular, caracteriza infaliblemente al seductor) suaviza la enérgica barbilla.

Para un hombre como éste, Rennes-le-Château aparece como una cárcel. El pueblecito cuenta con sólo doscientos habitantes, es pobre y está lejos de todo, casi fuera del mundo. Para llegar a él no hay más que un mal camino de mulas. La iglesia, Santa Magdalena, está en ruinas; por los agujeros del tejado cae muchas veces la lluvia a raudales sobre el oficiante. La casa rectoral es inhabitable y el nuevo cura ha de alojarse en casa de una de sus feligresas, Alexandrine Marro, una anciana rapaz que le hace pagar a buen precio el hospedaje.

Por entonces era todavía el Estado quien retribuía a los sacerdotes, pero Saunière, fichado como «reaccionario militante» a causa de un intempestivo sermón preelectoral, viose pronto privado de su sueldo, lo que significó no ya la pobreza, sino la miseria, una miseria negra. Al no poder pagar el alquiler hubo de aposentarse en una casucha ruinoso. En su libro de cuentas de aquel entonces, que hemos podido hojear, se lee: «Cantidades que debo a Alexandrine Marro. —Año 1890, julio-agosto: comida y pan, 25 francos». En total, en dieciséis meses, 90 francos de gastos y 25 de ingresos. Y la siguiente mención, de un escéptico humorismo: «Fondos secretos: 80'25 francos».

Hombre atlético, el cura sacia su sed de ejercicio pescando y cazando: en aquel lugar, el más pequeño riachuelo está lleno de musculosas truchas, y en las onduladas garrigas levanta a veces el vuelo, al alcance de la escopeta, la perdiz real, a la que la gente da el bonito nombre de «rare perdreau»^[14]. Además de practicar un deporte, el pobre sacerdote encuentra en ello ocasión de mejorar de vez en cuando su escaso condumio.

Su sed de conocimientos no es menor: lee mucho, y leería bastante más si su bolsa estuviera menos vacía. Perfecciona su latín, aprende el griego y se inicia en el hebreo. Penetra en el rico pasado del Razés, de las familias que allí tuvieron feudos, y de la que fue su capital, a la que la ingrata suerte le ha llevado. Va también a visitar a otro sacerdote de más edad que él: al padre Boudet, párroco de Rennes-les-Bains, un

sabio, autor de curiosos libros.

Quedan los apetitos de un hombre en la plenitud de sus energías: una sombrerera de dieciocho años, Marie Denarnaud, abandona el taller para convertirse en su poco canónica sirvienta. Dícese de ella que era celosa y suspendía en las ventanas de la casa rectoral ramas de aliaga cuyas doradas flores protegen, según se afirma, del hechizamiento. Nada hay en ello que no sea muy clásico. Más rara, al par que más misteriosa, es la solidaridad a toda prueba, la indestructible complicidad que hasta el último momento había de unir a estos dos seres tan diferentes. En los tiempos de su lujo y de sus halagadoras conquistas, Bérenger no pensará ni por un momento en separarse de Marie. Y ésta, abrumada por la edad y la soledad y sometida a toda clase de presiones, jamás habría de revelar el secreto que había compartido con Bérenger.

Aunque sufre por su propia indigencia, Saunière sufre mucho más por la de su pequeña iglesia. Por suerte, uno de sus predecesores, el padre Pons, ha dejado en herencia a la parroquia la cantidad de seiscientos francos. En 1888, gracias a ese pequeño legado, nuestro párroco hace efectuar las reparaciones más urgentes. Y luego, a fuerza de súplicas, obtiene del reticente Ayuntamiento la concesión de un préstamo más importante: mil cuatrocientos francos. Y sin saber cómo podrá pagar esta deuda, se arriesga, a fines de 1891, a proseguir las obras.

El altar mayor es el más hermoso ornamento de la iglesia: reposa sobre dos antiguos pilares, de la época visigótica, en los que figuran finamente esculpidos cruces y jeroglíficos. Pero la mesa de piedra está en lastimoso estado: estropea el conjunto y habría que sustituirla. Saunière emprende la operación, ayudado por dos albañiles, Rousset y Babou. Quitan la pesada losa. Sorpresa: uno de los pilares, hueco, se encuentra lleno de helechos secos. En aquel nido de hojas descubren tres tubos de madera sellados con cera: los abren y resulta que contienen unos pergaminos. Como ha habido testigos, pronto se divulga el descubrimiento.

—Conservemos estos antiguos documentos en los archivos municipales — propone el alcalde, cuyos reflejos son burocráticos.

Pero la opinión del padre Saunière es diferente:

—Estos pergaminos —dice el cura— dormirán en la alcaldía el sueño de los justos sin beneficio para nadie, mientras existen en las grandes ciudades aficionados a las antigüedades que seguramente pagarían por ellos un buen precio. Más vale venderlos: yo me encargo de ello.

El astuto cura ha hecho vibrar una cuerda sensible: el dinero, en los pueblos, siempre es bien recibido. Trato hecho: Saunière intentará vender los documentos a condición de que saque por ellos como mínimo una cantidad igual al préstamo que se le hizo para reparar la iglesia. Así no serán todo pérdidas. Por último, como la desconfianza campesina es tenaz, el alcalde exige que le entreguen calcos fieles de los documentos, calcos que conservará. Como es natural, el cura era la única persona capaz de realizar aquel trabajo de benedictino. En nuestras manos hemos tenido dos de dichos calcos, de los que volveremos a hablar más adelante.

A principios de 1893, el padre Saunière se decide a mostrar el hallazgo a su obispo. Es a la sazón obispo de Carcasona Félix-Arsène Billard, hombre sabio y circunspecto, que tiene muchas relaciones, el cual examina con detenimiento los documentos que le presentan: cuatro pergaminos.

He aquí el diálogo entre los dos hombres, tal como nos lo han contado:

—¿Piensa usted verdaderamente en deshacerse de estos documentos?

—Para hablar con franqueza, monseñor, no tengo la menor intención de ello. Pero son difíciles de descifrar; hace más de un año que me paso las noches intentándolo sin éxito y he venido a pedirle consejo.

—Va usted a ir a París —responde el prelado—. Conozco allí eclesiásticos aficionadísimos al estudio de la Historia y muy relacionados con los paleógrafos. Aquí tiene usted una carta de recomendación.

—¿A París? Pero, monseñor, si no tengo ni cinco céntimos para el viaje...

—No importa; el obispado le pagará el billete.

—Yo nunca he salido del Aude, monseñor, y en París temo encontrarme despistado...

—Mucho me extrañaría, hijo mío, pues usted no carece ni de energía ni de confianza en sí mismo. Además, allá encontrará buenos guías.

—Monseñor, hay además otra cosa: el alcalde quiere que estos documentos sean vendidos para resarcirse de los fondos que me prestó. Y puesto que no es cosa de venderlos, ¿qué haré a mi regreso?

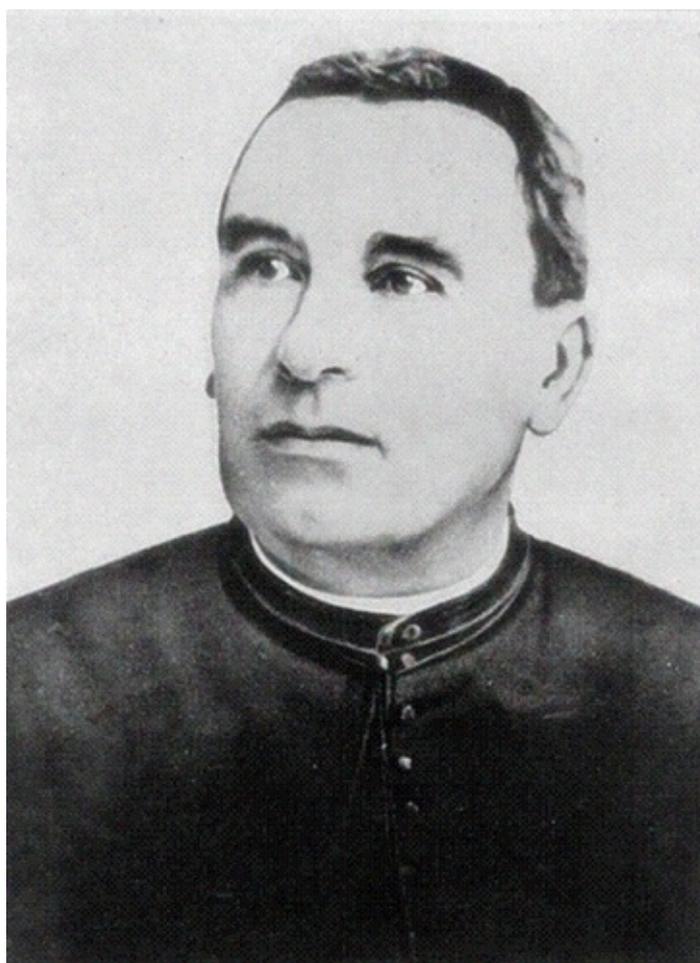
—¿Cree usted al obispado de Carcasona tan pobre que no pueda encontrar mil cuatrocientos francos? Todo se reducirá a decir una mentira piadosa, pecado del que le absuelvo de antemano.

Así salió para la capital el pobre cura de pueblo.

Fácilmente nos lo imaginamos en el tren que le conducía, soñando, cual nuevo Rastignac, con los sortilegios de la Ciudad Luz. Y en efecto: fue aquél un viaje sorprendente.

En cuanto llegó, Bérenger Saunière fue a casa del padre Bieil, director de Saint-Sulpice^[15], quien, tras haber leído la misiva del obispo, hizo entrar a nuestro hombre, examinó cuidadosamente los cuatro jeroglíficos y rogó al visitante que se los confiase por ocho días; el tiempo necesario para que los examinaran los especialistas.

¿Qué hacer en París cuando se está casi sin dinero? Saunière no tenía la menor idea. Por suerte, Bieil le presentó a su sobrino, el editor de libros religiosos Ané, quien le ofreció techo y comida. Le presentó igualmente a su resobrino Emile Hoffet, un oblato que no se confía a nadie, pero que a los veinte años habla ya varios idiomas, se interesa por la Edad Media y estudia paleografía y criptografía con el sabio sacerdote padre Bagues. Se halla sólo en los comienzos de una larga carrera de investigador que habrá de llevarle varias veces al Vaticano y le hará consagrar sus trabajos al ocultismo y a las sociedades secretas.



Bérenger Saunière



Marie Denarnaud



Emma Calvé

Estas recientes relaciones permitieron al cura rural descubrir lo injusto de la fama de anodina de que goza la iglesia construida por Olier, el visionario sacerdote de Pibrac. En verdad, nada hay menos vulgar que Saint-Sulpice, ese «nuevo templo de Salomón». Saunière debió quedar sorprendido al contemplar allí el calvario colocado al revés, el gnomon astronómico (con unas inscripciones desgraciadamente machacadas) que señala, en el crucero, el meridiano de París, y tres hermosas pilas de agua bendita. Debió igualmente admirar los cuadros con la firma de Delacroix, la insólita crucifixión de Signol, y leer la placa que recuerda la visita del Papa Pío VII, en 1804, el día de san Dagoberto, visita que precedió a la que el mismo Pontífice hizo al Razés.

También se entretuvo Bérenger en el museo del Louvre; tras haberse documentado sobre sus autores, compró las reproducciones de tres cuadros que había de colgar, a su regreso, en las paredes de su modesta morada: Los pastores de Arcadia de Poussin, el San Antonio eremita de David Téniers y un retrato, sacado no se sabe de dónde, del Papa san Celestino V. Una colección bastante insólita.

En París, Bérenger Saunière descubrió no sólo la pintura, sino también la música.

Cierto es que Erato se le presentó con un rostro no carente de atractivo. Aquella época tenía su Callas, que se llamaba Emma Calvé y era mujer de gran belleza.

Emma Calvé había debutado nueve años antes en Bruselas, en el Fausto de Gounod, y aquella Margarita de veinticuatro años había causado inmediatamente sensación por su extraordinaria voz de soprano y su modo de representar, lleno de audacia. Acababa de regresar de Londres, consagrada como la más grande de las cantantes en vida; la reina, que la había oído en Carmen, la había invitado a Windsor y había hecho esculpir su busto. En aquellos momentos, y entre dos giras triunfales, Emma Calvé estaba en París, donde Massenet componía Safo para ella. ¿Cómo pudo ocurrir que, apenas llegado a la capital, el mísero cura de Rennes-le-Château fuese recibido en casa de la diva? Muy difícil nos sería decirlo^[16]. Pero el hecho es que lo fue, y tanto, que muy pronto la cantante tuvo empeño en demostrarle que, fuera de la escena, ella nada de común tenía con la poetisa de Lesbos. Sus amoríos, que fueron del dominio público, habían de durar varios años.

No obstante, Bérenger no olvidaba el objeto de su viaje. En el día convenido volvió a llamar a la puerta del padre Bieil. No hemos podido determinar con certeza lo que se dijeron ambos hombres ni lo que pasó entre ellos. Parece ser que, efectivamente, a Saunière no le devolvieron los manuscritos, o que sólo le devolvieron parte de ellos. Sea lo que fuere, el asunto estaba poco claro, ya que monseñor Billard consideró conveniente, en marzo de 1901, hacer un viaje hasta Saint-Sulpice para tratar de elucidarlo.

¿Había tenido lugar algún cambalache, desprendiéndose el párroco de unos documentos preciosos a cambio de ciertas explicaciones no menos preciosas? Si tal fue el caso, los acontecimientos posteriores habían de demostrar que el precio pagado debió de parecer bien liviano al peregrino.

Al cabo de tres semanas de una tan bien aprovechada estancia, Bérenger Saunière regresa a su tierra natal. En Carcasona da cuenta (con más o menos exactitud) de su misión cerca del obispo, quien le entrega dos mil francos, un poco más de lo que necesita para liquidar cuentas con el alcalde. A éste le dice que ha vendido los documentos.

De vuelta al pueblo, nuestro párroco reanuda inmediatamente las obras. Ayudado por varios jóvenes (uno de los cuales, Antoine Verdier, vive todavía), comienza por desplazar una losa situada al pie del altar mayor, descubriéndose entonces que la cara de la losa que está en contacto con el suelo se halla esculpida. Conocida por el nombre de «losa del caballero», esta pieza, muy antigua (merovingia o carolingia), hállese hoy en día en el museo de Carcasona. La cara esculpida se compone de dos partes; una está muy estropeada, y en la otra se distinguen dos jinetes sobre un mismo caballo o, quizás, un caballero al galope sosteniendo en una mano un cetro y con la otra un niño sobre el cuello del animal.

En el sitio que deja libre la losa quitada, Saunière ordena que se excave una fosa de un metro de profundidad, y luego, so pretexto de que era la hora de comer, despide

a todos y se queda solo en la iglesia. No obstante, los obreros habían tenido tiempo de descubrir en el fondo de la fosa dos esqueletos^[17] y de entrever una olla llena de objetos brillantes que, al decir de Saunière, eran medallas sin valor. De estos testimonios nos bastará recordar que por aquella época el párroco hizo algunas excavaciones en la iglesia, encontrando algunos objetos cuyo valor, de todos modos, no hay que exagerar. Como dice con razón un erudito que ha estudiado el asunto, «No era un tesoro, sino una suma modesta»^[18].

También por entonces el padre Saunière emprende por sus propios medios una singular tarea. Todos los días, acompañado de su fiel Marie, a la que irreverentemente llaman su Madona, sale del pueblo con un canasto a la espalda. La pareja camina horas y horas por la meseta, en un radio de varios kilómetros. De lejos se divisa a veces a Bérenger agachándose, recogiendo una piedra, examinándola y metiéndola en el canasto, o bien tirándola desdeñosamente. Al atardecer, vuelve, encorvado bajo la carga, explicando sin hacerse de rogar a aquellos a quienes intrigaban sus maniobras:

—Para embellecer el jardincito que bordea nuestro cementerio quiero construir una gruta de rocalla que hará un bonito efecto, y para ello me hacen falta muchas piedras escogidas cuidadosamente según su color y su forma. Con la ayuda de Marie, tengo que ir a buscarlas lejos y emplearé en ello todo el tiempo que haga falta.

Todos se contentaron con esta explicación, puesto que Saunière, en efecto, construía la gruta, piedra a piedra, con sus propias manos. Este extravagante monumento existe todavía, pero no tal y como era: unos desconocidos lo han estropeado en parte, desgraciadamente para el visitante curioso.

Lo que sí le costó más explicar a Bérenger era la razón por la que se pasaba las noches encerrado en el cementerio. Allí, pegadas a la iglesia, alzábanse dos piedras sepulcrales que señalaban la sepultura de Marie de Negri d'Ables, esposa de François d'Hautpoul, marqués de Blanchefort, señor de Fennes. Dicha dama había fallecido poco antes de la Revolución, y el párroco Antoine Bibou, su capellán y confesor, había redactado con cariño su epitafio.

Ahora bien; si Bérenger Saunière les tenía tanto cariño a los pedruscos que se echaba a la espalda cestos llenos de ellos, es de creer que estas dos piedras sepulcrales, de un modo u otro, le contrariaban. Pues no sólo se tomó el trabajo de transportarlas de un extremo a otro del cementerio, sino que incluso, provisto de herramientas de cantero, pulió una de ellas para borrar las inscripciones que ostentaba y, poco después, hizo desaparecer la otra.

Esta vez su conducta dio pábulo a la murmuración; las tumbas son sagradas hasta para los más incrédulos. Además, en el cementerio el párroco ya no está en su casa. Así, pues, en 1895 el municipio ordenó a Saunière que dejase dormir en paz a los muertos.

Posteriormente, el ingeniero Ernest Cros, ferviente aficionado a la arqueología que se había instalado en la región, había de preguntarle a Saunière al respecto:

—¿Y por qué, señor cura, ha sido desplazada esa tumba?

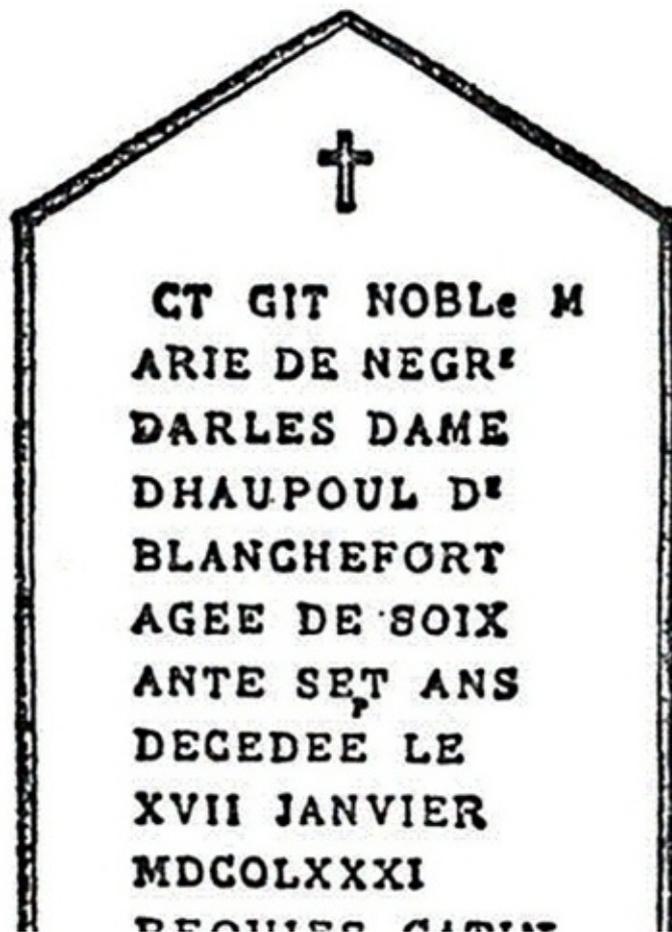
—Verá usted. Cada año fallecen varios feligreses y el cementerio se había hecho demasiado pequeño para que recibiesen una sepultura decente. Así, pues, con los restos de los muertos más antiguos he hecho el osario que ve usted aquí. Y tenía que cubrirlo; para ello me ha servido esa piedra sepulcral.

—¿Y cómo es que un hombre como usted, tan culto y tan enamorado del pasado, ha borrado esa antigua inscripción?

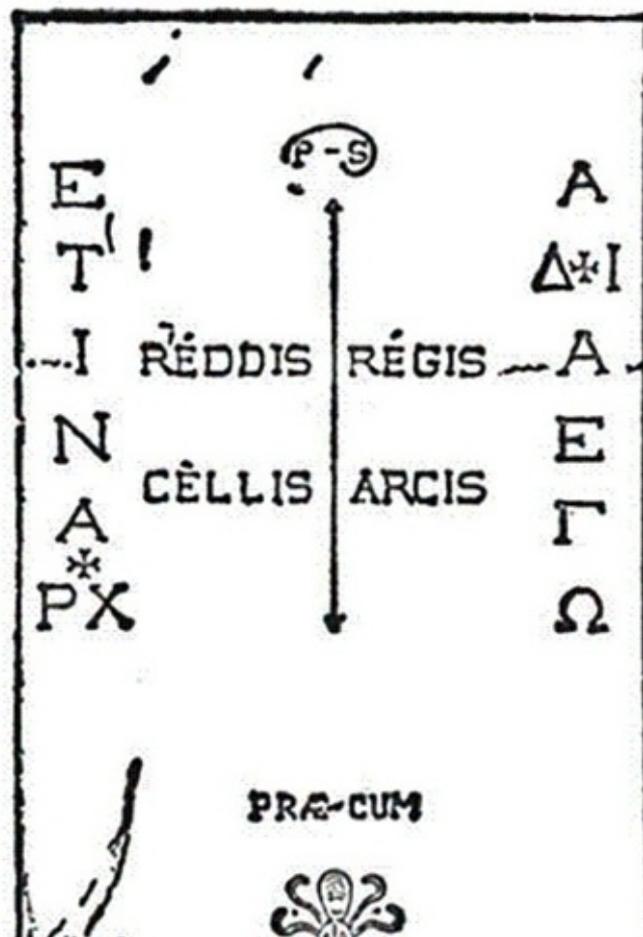
—Sobre un osario hubiese carecido totalmente de sentido —respondió evasivamente Bérenger, apresurándose a desviar la conversación.

Lo que Saunière ignoraba es que se había tomado un trabajo —o una precaución — inútil. En efecto, antes de que él las hiciese desaparecer, las poco comunes inscripciones grabadas sobre la tumba de la marquesa de Blanchefort habían sido copiadas por arqueólogos locales en sus excursiones. Así resulta que una de ellas fue reproducida en el Bulletin de la Société des études scientifiques de l’Aude, y la otra figura en la obra (difícilísima de encontrar hoy) de Eugène Stublein, *Viertes gravées du Languedoc*.

La primera, sobre una losa colocada verticalmente, era así^[19]:



En una segunda losa rectangular, colocada al pie de la primera y que todavía se halla en el cementerio de Rennes-le-Château, se leía la siguiente inscripción:



(Copia efectuada por Eugène Stublein, comunicada por M. R. Chésa).

Desde que ha terminado de construir su gruta, Bérenger Saunière viaja mucho. Provisto de una maleta tan pesada que tan pronto la lleva sobre el hombro cual una cruz como la carga a lomos de asno, baja con frecuencia el tortuoso sendero que lleva desde la aldea al mundo civilizado. ¿Adónde va? No se sabe. ¿Qué es lo que va a hacer? La gente se lo pregunta. Sus ausencias duran cinco o seis días y a veces más. Si bien se detiene con frecuencia en Montazels, su pueblo natal, donde vive uno de sus hermanos, igualmente sacerdote, permanece en él poco tiempo. En efecto; durante el período de que hablamos, Saunière dirige a diversas personas cartas echadas al correo en las ciudades fronterizas: Perpiñán, Niza, Lons-le-Saunier, Valenciennes... También se posee su correspondencia con un Banco parisiense: el Banco Petitjean, de la calle Montmartre, correspondencia en que salen a relucir, con palabras embozadas, diversos tratos. Este Banco llegó incluso a enviar a Rennes-le-Château a uno de sus emisarios, *Monsieur* de Bauvière. Se sabe, por último, que Bérenger estaba en relación, de modo continuado, con un joyero de Mazamet.

Nuestro hombre, en todo caso, vela por que sus viajes permanezcan secretos. Antes de cada uno de ellos prepara una serie de cartas-modelo cuyo humor puede

apreciarse:

Rennes-le-Château,... de... de ...

Señor...

He leído con él más humilde respeto la carta que ha tenido usted el honor de escribirme y a la que presto la mayor atención. Puede usted creer que el interés del asunto que plantea no se me escapa, pero merece reflexión. Le ruego, por lo tanto, me perdone si, impedido en este momento por una ocupación urgente, aplazo por unos días mi respuesta. Su att. y s.s...

B. Saunière, sacerdote.

Estas cartas van generalmente dirigidas al obispo, al canciller de éste, a su vicario, a los párrocos de los alrededores. Si alguno de ellos se manifiesta inoportunamente, la fiel Marie Denarnaud no tiene más que añadir la fecha: el matasellos de correos dará fe de que nuestro cura (que se ha marchado Dios sabe dónde) no ha salido de la comarca. Y asunto concluido.

Al mismo tiempo afluyen los giros a nombre de Marie: impuestos en Alemania, en España, en Suiza o en Italia y procedentes a veces de comunidades religiosas, su importe alcanza de 100 a 150 francos diarios.

Y hete aquí que Bérenger Saunière, que hacía tan poco tiempo no tenía ni un céntimo, se lanza a gastar dinero, a lo loco, en forma extravagante. Primero emprende, en 1896, la reparación de la iglesia a costa suya. Y esta vez no se trata de pequeñas obras: transforma el edificio de arriba abajo. Dirigidos por él, una cuadrilla de obreros desplaza o levanta ventanas, dispone, adjunta a la sacristía, una habitación a la que se accede por una puerta secreta disimulada en un armario, y horada una pared para construir allí una escalera que conduce al púlpito. A veces los designios del constructor escapan a los ejecutantes: ¿por qué, por ejemplo, hace poner el párroco en un extremo de la nave, cerca de la entrada, sesenta y cuatro baldosas cuadradas, alternando negras y blancas? Pero Saunière es autoritario y vela en persona sobre el más pequeño detalle. Ni hablar de discutir sus planes. Y, además, ¿para qué, si paga al contado rabioso?

Entonces el cura lleva, da de comer y aloja, todo ello por su cuenta, a un grupo de escultores y pintores (que no hemos podido saber dónde reclutó), encargándoles la decoración exterior e interior de la iglesia. Dichos artistas habían de permanecer allí varios meses, ejecutando el tímpano, las estatuas, los cuadros, las vidrieras, el calvario y el púlpito. Una vez más es el mismo Saunière, mecenas de gusto burdo pero quisquilloso, el inspirador y maestro de obras: él mismo compone todas las inscripciones y llega hasta a mandar rehacer tres veces el calvario ¡por no agradarle la inclinación de la cabeza de Cristo! Sólo dicho calvario había de costar 11 000 francos. Cuando la ocasión se presenta, Bérenger maneja él mismo paleta y pinceles: la Magdalena pintada bajo el altar es obra suya.

El conjunto es ultimado en 1897, y Bérenger invita acto seguido al obispo a ir a inaugurarlo. En buena lógica, monseñor Billard debería haberse alegrado sin reservas de la obra de su subordinado, quien, sin solicitar ni un céntimo de sus superiores, había reparado en tan poco tiempo las ruinas de edificios pertenecientes a la Iglesia. Sin embargo, una vez allí, un indefinible malestar se apoderó del prelado; el mismo malestar que os oprimirá a vosotros si visitáis este extraño santuario. Quizás el obispo, aun acostumbrado como estaba a la fea imaginería religiosa de la época, pensara, como Léon Bloy, que la fealdad es por sí misma blasfematoria. ¿O acaso no pudo escapar al hechizo del insólito mundo imaginado por Bérenger? Éste parece haber hecho maliciosamente un juego de palabras grabando en el tímpano el grito de espanto de Jacob en Betel: *Terribilis est locus iste*. ¡Sí, aquel lugar es verdaderamente terrible! O, por último, quizás al leer otra inscripción: *Mea domus orationis vocabitur* (Mi casa es llamada casa de oraciones), se acordase el prelado de la continuación de dicha cita evangélica: «Y vosotros habéis hecho de ella una guarida de ladrones» y no le agradase mucho la alusión... En todo caso, no pudo resistir el espectáculo. Apresuróse a salir de la iglesia, bendijo el calvario a toda prisa, murmuró unas cuantas palabras corteses y se marchó. En lo sucesivo, Rennes-le-Château quedó excluido de sus visitas pastorales.

Pero la sed de construcción de Saunière está lejos de hallarse satisfecha. En 1900, compra unos vastos terrenos que se extienden hasta el borde de la prominencia de roca blanca y encarnada sobre la que está encaramada la aldea. El lugar es magnífico; el panorama se extiende hasta perderse de vista. Allí hace erigir, sobre el abismo, la torre almenada de dos pisos a la que dará el nombre de Torre Magdala y cuya sala de la planta baja será su habitación, en la que no recibe, pero sí invita a ir a ella; encima estará su biblioteca. Como siempre, el contratista no es más que un dócil ejecutante y Saunière el verdadero arquitecto. Aunque en los alrededores no faltan las piedras, Bérenger hace traer de muy lejos las que necesita, a lomos de mulo, sin preocuparse del coste del transporte ni de la dificultad del mismo. Con precisión de matemático se preocupa personalmente de la orientación de la torre. A continuación hace trazar el camino de ronda fortificado, en forma de arco de circunferencia, desde el que se puede, paseando, admirar el paisaje en todos sus aspectos. En el otro extremo de su propiedad hace edificar el espacioso chalet al que dará el nombre de Béthanie. Luego, hace construir el invernadero y dibuja el parque con sus avenidas y sus fuentes alimentadas por tres inmensas cisternas. Unos arqueólogos que visitan el lugar quedan maravillados: «Nos recibe el padre Saunière, quien se complace en hacernos visitar su hermosa instalación, que, sin duda alguna, parece un oasis perdido en medio del desierto... La plataforma está ocupada por un huerto en el que crecen legumbres como para dar envidia a nuestros hortelanos; luego vienen un vergel y un hermoso jardín abrigado por una terraza desde la que se disfruta de un maravilloso panorama. Una torre, al sur, parece la guardiana de este rincón encantador; en esta morada disfrutamos de unos momentos de reposo, mientras admiramos la rica

biblioteca que contiene»^[20].



Rennes-le-Château: La Torre Magdala

Ya podía la propiedad del padre Saunière tener un magnífico aspecto: había costado un millón de francos.

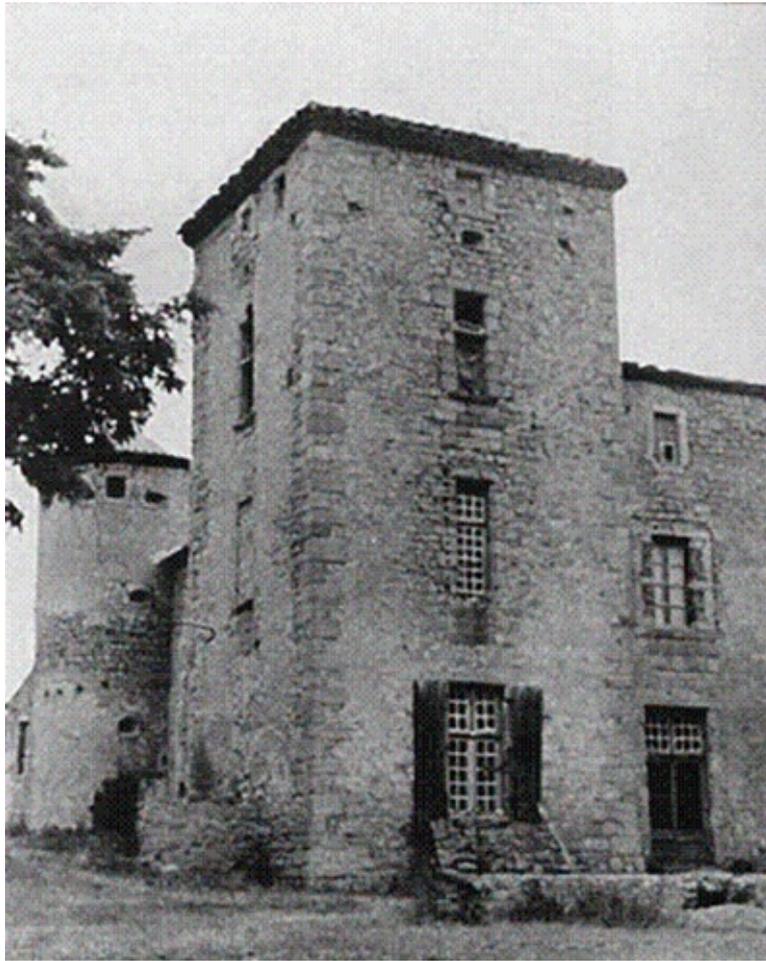
Más sorprendente aún es la vida que en lo sucesivo y en aquel marco iba a llevar Bérenger. Para él, Magdala es dos veces torre de marfil; en ella, sin duda, lejos de la vana agitación del mundo, Saunière llega a pensar a veces: «Que el ignorante torne a su ciencia y el pescador a sus redes». Béthanie, por el contrario, será su Corte real, una casa abierta a todos en la que los visitantes hallarán cama recién hecha y mesa puesta. Una mansión hospitalaria, como pronto dicen, irónicamente, los murmuradores.

En efecto: Bérenger Saunière, cual si dispusiera de recursos inagotables, da libre curso a todos los caprichos de su extravagante imaginación. No contento con haberse proporcionado la biblioteca con la que durante largo tiempo había soñado, hace ir desde Toulouse a un encuadernador, al que instala en su casa, pagando él todos los gastos, durante muchos meses. Adscribe a su servicio, también de modo estable, a un fotógrafo para que tome las vistas de todos los lugares notables de la comarca. Llega

a tener una colección de diez mil tarjetas postales y otra de cien mil sellos de Correos. Colecciona muebles antiguos, telas, loza. No le basta ya la compañía de sus dos perros, Faust y Pomponnet, y crea un parque zoológico que puebla de peces, pavos reales, monos y loros. Alimenta con bizcochos a los patos de su corral. Viviendo, como vive, en la patria del cascassoulet, hace venir las habichuelas de Lille. Estas fantasías, tan pueriles como costosas, dejan aún hoy día estupefactos a quienes le conocieron en aquellos días faustos.



Rennes-le-Château: villa Béthanie



Rennes-le-Château: Casa solariega de las familias de Voisins, Hautpoul-Blanchefort y De Fleury



En este pilar visigótico, unos pergaminos...



Iglesia de Rennes-le-Château: la losa llamada «del Caballero», que se halla actualmente en el museo de Carcassona.

La villa Béthanie está siempre llena. En ella se codean sacerdotes como el lazarista Ferrafiat, notables de la región, invitados venidos de París, como el secretario de Estado de Bellas Artes, Dujardin-Baumetz; bellas damas, grandes señoras: Emma Calvé, naturalmente, pero también la literata Andrée Bruguère, que no vacila en hacerse llamar vizcondesa de Artois, y la muy auténtica marquesa de Bozas.

El huésped más misterioso es uno a quien los habitantes de la aldea no pueden llamar de otro modo que «el forastero», y tras cuyo incógnito se oculta el archiduque Juan de Habsburgo, primo del emperador de Austria-Hungría.

Todo está previsto para ofrecer a esta abigarrada compañía una estancia encantadora: una sirvienta de delantal blanco y bonete tubular sirve el marsala, la malvasía y el tokay. Las bebidas se consumen en abundancia; las cuentas de Saunière dan fe de ello: «1.º de noviembre de 1900: un barril de ron de la Martinica en caja ABC n.º 1031: 45 litros a 2 francos = 90 francos. 50 litros de ron a 2,35 francos = 117,50 francos (ron perfecto, casi histórico). 33 litros de vino blanco Haut Barsac. 33 litros de malvasía, 17 litros de quinquina dorado, 53 litros de vino de Banyuls, 12 litros de moscatel».

¿Ha dejado Marie de tener celos? Parece haberse resignado sin demasiada pena a ver tantas faldas dando vueltas en torno a Bérenger. Quizá sea ello filosofía campesina o quizá se sienta orgullosa de la rápida ascensión del hombre cuya miseria ha compartido. Aquella gente de la buena sociedad puede considerarla muy sencillota e ingenua, pero ella sabe que es insustituible. Nadie conoce a Saunière como ella; nadie ha recorrido ni recorrerá con Bérenger, como ella lo ha hecho, el fantástico camino...

Para ser justos, hemos de decir que el cura sibarita hace también muchas buenas obras a su alrededor, aunque siga siendo un hombre raro, incluso en las diversiones que ofrece a sus feligreses. Ahora ha hecho transportar a la plaza de la iglesia el famoso pilar visigodo del altar mayor, no sin haber pulimentado una parte para grabar en ella la inscripción: «MISSION 1891». Encima ha hecho poner una fea escultura: la Virgen de Lourdes dando a los devotos un consejo que muestra bien el humorismo de Bérenger: «¡PENITENCE! ¡PENITENCE!». Los habitantes de la aldea habrían podido hallar la broma de un gusto tanto más dudoso cuanto que por entonces, en el Aude, los campesinos vivían con mucha estrechez. Y, sin embargo, no fue así, pues el cura había concedido una renta anual de cinco mil francos al Ayuntamiento y dado a las familias más pobres cantidades de diez a quince mil francos: pequeñas fortunas. Además, la inauguración del monumento fue memorable; al desvelar la estatua estalló un inmenso fuego de artificio: alrededor de toda la explanada, unidos por un cordón Bickford, Saunière había dispuesto innumerables petardos, cuyas salvas resonaron a varias leguas de distancia.

Por eso al cura se le perdonan muchas cosas. Además, si la gente se muestra

severa para con el sacerdote allí donde es todavía un monstruo sagrado, en este Mediodía anticlerical se es indulgente respecto a sus debilidades de hombre, y ello no es paradójico más que en apariencia. En Rennes-le-Château, el padre Saunière ha dejado sobre todo el recuerdo de un mocetón fuera de lo corriente, jovial y despreocupado. Ciertamente hizo soltarse las lenguas y cavilar las cabezas, pero, en aquel desierto en que las distracciones eran raras, su vida, sus caprichos, sus locuras y sus ideas extravagantes pusieron algo más que una gota de imprevista novedad: era cada día un circo gratuito cuyo decorado era obra suya y del que era a la vez empresario, director y estrella. Sobre todo se le quería porque era de aquella tierra, de aquel país de Oc en que ninguna virtud se cotiza más que la cordialidad desenvuelta y la elegancia generosa, aunque esté matizada de ostentación.

Lo que resulta más sorprendente es que las autoridades eclesiásticas no se hayan dado la menor prisa en preocuparse de las extrañas maneras del padre Saunière. Dichas autoridades se empeñan en ignorar la desatinada vida en el chalet Béthanie, sin intentar siquiera averiguar el origen de los recursos que permiten al párroco llevar tan fastuoso tren de vida. Ciertamente es que por aquellos años los obispos tienen otras muchas preocupaciones; acaba de ser votada la ley sobre las congregaciones, la ley de separación va a serlo y las relaciones con el Estado alcanzan la máxima tensión. También es posible que monseñor Billard tuviera buenas razones para no meterse con el enfant terrible.

Pero, en 1902, monseñor de Beauséjour sucede a monseñor Billard en la sede episcopal de Carcasona, y, al año siguiente, Pío X a León XIII en el solio pontificio. De pronto, todo va a cambiar para Bérenger Saunière.

El nuevo obispo procede con prudencia, por etapas. Empieza por ordenar a Bérenger que se vaya, por unas semanas, a retirarse a un convento. Mas para sujetar a una naturaleza como aquélla, hacía falta otra cosa. En enero de 1908, el obispo ofrece a Saunière la parroquia de Coustauge: la cartuja de Durban no está lejos y se piensa que dicha vecindad basta para inquietar a nuestro hombre. Saunière coge su mejor pluma y responde insolentemente a su obispo: «No puedo abandonar una parroquia en la que me retienen mis intereses».

¿Qué intereses, en realidad? Monseñor de Beauséjour decide informarse mejor y convoca al cura a Carcasona. Y hete aquí que Bérenger está enfermo. Cada vez que el obispo le vuelve a llamar se vuelve a poner enfermo, y siempre un certificado médico acompaña a la carta de excusa. Certificados de puro favoritismo que le hace el doctor Rocher, de Couiza, quien escribe con toda tranquilidad a Saunière: «Querido amigo: le envío el certificado que me pide usted. Si esto no basta, dígame lo que desea y tendré mucho gusto en servirle».

A Bérenger, sus enfermedades diplomáticas, si bien le impiden ir a Carcasona, le permiten proseguir sus escapadas al extranjero, al amparo del ingenioso sistema organizado con ayuda de Marie.

Tras un año de jugar así al escondite, Saunière no puede evitar la visita al palacio

episcopal.

—Lleva usted un tren de vida superior al mío —le dice monseñor de Beauséjour—, y deseo pedirle cuentas del origen de sus recursos, tan repentinos como importantes.

—Desgraciadamente, monseñor, me pide usted la única cosa que no puedo revelar. Me han sido entregadas sumas considerables por grandes pecadores a los que, con ayuda de Dios, he mostrado el camino de la penitencia. Usted mismo comprenderá que yo no quiera, diciéndole a usted sus nombres, violar el secreto de la confesión.

El obispo hubiese podido replicar que su visitante no carecía de frescura al exhortar a los demás a la penitencia. Pero el argumento del hábil cura no tenía réplica: en efecto, todo donante puede, efectivamente, exigir el respeto de su anónimo.

—Sea; admito sus escrúpulos. Pero si nada puede usted decirme acerca del origen de sus recursos, déme por lo menos explicaciones sobre su empleo.

—Yo no debo darle cuentas, monseñor: los donantes me han hecho único juez del mejor uso de su dinero, puesto que me lo han entregado a mí personalmente y no a la Iglesia. Si continúan mostrándose tan generosos, ¿no es prueba de que no he abusado de su confianza? Además, ¿qué puede usted reprocharme? Mi parroquia, cuando llegué a ella, estaba en un estado lamentable. Yo he construido y embellecido la iglesia sin pedir ni un céntimo al obispado; más merezco las felicitaciones de usted que sus sospechas. En medio de todo —suelta insolentemente Saunière—, era a mis superiores a quienes incumbía asegurar a Rennes-le-Château una iglesia digna de los fieles y una residencia decente para el pastor.

—Ello no impide que el lujo de su propiedad pueda ser motivo de escándalo...

—Si todo me ha parecido poco, monseñor —replica el cura con altivez—, es porque esos edificios se convertirán, al morir yo, en casa de retiro para los sacerdotes ancianos.

El obispo no se dio por vencido y algún tiempo después ordenó a Saunière que le enviase por escrito un estadillo exacto de sus gastos. Tenemos en nuestras manos el laborioso borrador de la memoria que el cura hubo de enviar: con muchas triquiñuelas consiguió reducir el gasto de sus construcciones a ciento noventa y tres mil francos. Esta cantidad, que no era tan pequeña (recordemos, a guisa de referencia, que el sueldo anual de un embajador era en aquella época de cuarenta mil francos), no representaba, sin embargo, ni la quinta parte de los gastos reales de Bérenger. Por ejemplo: éste valoraba en diez mil francos el conjunto de su mobiliario, cuando sólo su biblioteca de roble macizo los valía. Como es natural, ningún documento contable acompañaba a la memoria: el cura, que anotaba al céntimo sus menores gastos, aseguraba que él nunca llevaba cuentas.

Cansado de que le tomasen el pelo, monseñor de Beauséjour cambia entonces de táctica.

—Esos recursos cuya procedencia no puede usted justificar —le dice a Saunière —, los saca usted traficando con las misas.

Poco le costó a nuestro personaje justificarse: entonces una misa valía cincuenta céntimos y, salvo dispensa, un sacerdote no tiene derecho a celebrar más de tres misas al día. 193 000 francos hacían 386 000 misas. Y para decirlas, Saunière hubiese tenido que vivir todavía trescientos cincuenta años. Y eso suponiendo que cada uno de sus feligreses le encargase más de tres mil misas.

No importa: el obispo ha decidido acabar con el irreducible cura.

Manteniendo su acusación de simonía, el obispo lleva el asunto al Consejo eclesiástico. A base de faltas de presentación y de apelaciones, Saunière retrasa la instrucción seis meses. El 5 de diciembre de 1910, los jueces eclesiásticos le declaran *suspens a divinis*. En términos claros, ello quiere decir que ya no tiene derecho a decir misa ni a administrar los sacramentos.

Pero el cura de Rennes, lejos de someterse, apela, en 1911, ante Roma. Su abogado, el canónigo Huguet de la diócesis de Agen, se pasa dos años, pagando Saunière los gastos, en el Vaticano, y demuestra el carácter falaz, inverosímil, de la acusación de tráfico de misas. En 1913, la demanda de monseñor de Beauséjour es desestimada: Bérenger ha ganado la partida^[21].

Este triunfo fue, sin embargo, de corta duración. Por no se sabe qué conductos, una importante personalidad vaticana fue informada de que tras aquellos enredos locales se ocultaba una pieza de buen tamaño. Roma animó al obispo de Carcasona a emprender un contrarrecurso, y el 11 de abril de 1915, sin que se formulase contra él ningún nuevo cargo, el párroco de Rennes-le-Château fue definitivamente suspendido, intimándosele la entrega de la casa rectoral y de la iglesia a su sucesor, el padre Henry Marty.

Eso era conocer mal a Saunière. En 1905 se había votado la ley de separación, e iglesias y casas rectorales habían pasado a ser bienes municipales. Poco después, Bérenger (antaño reaccionario, pero que ahora se relacionaba con personalidades radicales) alquilaba la casa rectoral al Municipio, a nombre de Marie. El nuevo párroco se ve así reducido a tener que vivir en la llanura, a kilómetros de distancia. Y el domingo, cuando sudando y resoplando sube a la aldea, oficia ante las sillas vacías. La verdadera misa, aquella en la que se agolpa la gente, es la que Saunière (a quien no le va de una construcción más o menos) dice en la capilla que acaba de hacer erigir al lado de su chalet.

Sus diferencias con la jerarquía, que le privan de una penumbra propicia, y a continuación la guerra que cierra las fronteras, obstaculizan las actividades de Bérenger: no más viajes, y, por tanto, no más dinero. En 1911, solicita un préstamo del «Crédit Foncier» y piensa en vender parte de sus bienes; en 1915, el ebanista que le había construido a medida todo su mobiliario le reclama el importe de una elevada factura pendiente. Al golpe que acaba de asestarle la Iglesia, algunas buenas almas, como siempre ocurre en tales casos, intentan añadir el golpe de gracia. Es una época

en que hace estragos la «espionitis»: «No hablad; desconfiad; oídos enemigos os escuchan». Es lo más natural que Saunière, con su vida extraña, atraiga las sospechas; algunos murmuran que se trata de un agente alemán, que su villa sirve de lugar de contacto a los servicios secretos del kaiser. ¡Hasta se llega a decir que oculta un cañón en su torre!

Pero hay que creer que aquel demonio de hombre encuentra pronto remedio a sus dificultades económicas. En efecto: pronto concibe nuevos proyectos, más fabulosos y desmesurados que nunca. Quiere un automóvil, pero como no existe ningún camino por el que pueda marchar, se propone hacer trazar una carretera de cuatro kilómetros que una Rennes-le-Château a Couiza; pretende hacer instalar agua corriente en todas las casas de la aldea y rodear ésta de murallas como estaba antaño; piensa en edificar una nueva capilla, situada en medio del cementerio y provista de piscina bautismal, como en tiempos de los primeros cristianos. Pero aún va más allá: encarga la construcción de una torre de setenta metros de altura, cuyas paredes interiores estarán, desde la base hasta el vértice, tapizadas de libros; esta biblioteca de Babel, digna de la imaginación de un Borges, será servida por una escalera de caracol. Y desde lo más alto de ella, el padre Saunière, cual un muecín, predicará a sus fieles las nuevas ideas religiosas que comienzan a germinar en su mente...

¿Simples sueños de megalómano? Nada de eso. No solamente hace dibujar por el arquitecto Caminade los planos de esas construcciones mirificas (planos que, robados por no se sabe quién, desaparecerán en 1930), sino que, además, el 5 de enero de 1917 firma el presupuesto de dichas obras, hecho por el contratista Elie Bot, y que se eleva a ocho millones. ¡O sea, dieciocho millones de francos actuales!

Bérenger Saunière no tuvo tiempo de realizar estos grandiosos proyectos. Dos días después, el 17 de enero, sufrió una congestión a la puerta de la torre Magdala. Un médico de Carcasona, el doctor Courrent (que era también arqueólogo), acudió a su cabecera. El enfermo era robusto, pero había abusado mucho de sus fuerzas. Quizá no fuese posible curarle...

Bérenger Saunière falleció el 22 de enero de 1917, a la edad de sesenta y cinco años. Expusieron su cuerpo en el camino de ronda, envuelto en una manta con madroños encarnados. Toda la aldea desfiló para rendirle un último homenaje, y cada uno cortaba un madroño y se lo llevaba como recuerdo. Ahora reposa en el cementerio en que tantas noches se había pasado borrando un epitafio y ya nadie va a poner flores en su tumba, celosamente protegida por las zarzas.

Cuando se sintió morir, Bérenger hizo llamar al padre Rivière, párroco del vecino pueblo de Esperaza. Éste, hombre alegre y de buen humor, era su amigo de siempre y no había dejado de serlo cuando Saunière fue suspendido. El padre Rivière era un hombre de criterio amplio; sabía que la carne es débil y creía en la indulgencia de Dios para con los hijos pródigos. ¿Qué pasó entonces entre los dos sacerdotes? Jamás lo sabremos. Pero Rivière, cuando se separó de su amigo moribundo, estaba lívido y profundamente emocionado. Su emoción no fue fugaz; se convirtió en un hombre

encerrado en sí mismo, taciturno y mudo. Nunca más se le volvió a ver reír. ¿Qué terrible secreto había recibido en confidencia? ¿O qué abismo espiritual había visto abrirse ante sí? ¿Acaso le pareció que el alma de Bérenger habíase ya transformado en una de esas piedras contra las que la propia misericordia divina se quiebra las alas? ¿Creyó que abandonaba a su amigo en el umbral del infierno? En todo caso, ocurrió lo que nunca hasta entonces se había visto: hasta dos días después de su muerte no recibió el cura de Rennes-le-Château los últimos sacramentos de manos del padre Rivière. Hasta el fin, e incluso más allá del fin, supo Bérenger Saunière conservar así su aureola de misterio.

Y, no obstante, no parece que fuera de la madera de los grandes condenados. En la época del Segundo Imperio, ¿qué podía hacer una familia pobre y cargada de hijos con un chico inteligente, sino meterlo a eclesiástico? La desgracia fue que Bérenger había nacido para ser aventurero, explorador, hombre de negocios, corsario o soldado; cualquier cosa menos sacerdote. Cuando sus superiores se dieron cuenta, ¿se imaginaron acaso que podrían hacerle cambiar exiliándole en un roquedal perdido? Aquellos hombres, tan prudentes por profesión, ¿le habían mirado bien? ¿No vieron toda la energía y avidez sin límites que expresaba su rostro? ¿No adivinaron en él algo del soldado de fortuna? Saunière lleva consigo a Rennes-le-Château todos los deseos acumulados de un niño pobre, desde los juguetes ambicionados en vano hasta los libros fuera de su alcance, pasando por las fiestas pueblerinas en las que su sotana de seminarista le impedía medirse con los otros mozos alrededor de los tiros al blanco, de las botellas y de las mozas. Y a medida que avanza en edad y en conocimientos sus deseos no hacen más que multiplicarse y complicarse. ¿Quién, pues, pudo haber aprovechado esos apetitos desordenados pero hirvientes de vida para condenar para toda la eternidad a Bérenger Saunière? ¿Qué Mefistófeles disfrazado de Faust o de Pomponnet pudo haberse apoderado de todo lo que a Saunière le quedaba de alma infantil? El final del siglo XIX nos parece tan desprovisto de relieve que olvidamos a veces hasta qué punto fue, en secreto, rondado por el diablo. Bloy y Huysmans dan testimonio de dicha obsesión. E incluso Barrès. Por cierto: ¿habéis leído *La Colline inspirée*?

A la muerte de Bérenger Saunière, sus libros, sus cuadros, buena parte de sus papeles y hasta algunas de las piedras que había puesto en su propiedad desaparecieron como por encanto. Cuando, con la impaciencia que podemos imaginar, fue abierto el testamento de aquel hombre que había tirado millones-oro por la ventana, sus herederos y el obispado se quedaron mudos de estupefacción: el cura no poseía nada; nunca había poseído nada. Todos sus bienes muebles e inmuebles pertenecían a Marie Denarnaud, su sirvienta.

Béthanie fue cerrada. Los que un día habían sido recibidos en ella se apresuraron a olvidarla. ¿Acaso el Cristo del Sagrado Corazón que domina el frontispicio no abría sus brazos tanto para despedir a los que salían como para acoger a los que entraban? La cancela de la entrada se abría en ambos sentidos.

EL ORO DE RENNES

Repasando con nosotros los derroches de Bérenger Saunière, el lector no puede haber dejado de observar que hay que contarlos en francos oro y que el franco oro, al cambio actual del napoleón, vale 2,20 de nuestros francos nuevos.

Así, si nos atenemos a las cuentas falseadas que presentó a su obispo, Bérenger confiesa él mismo haber gastado, únicamente en sus edificaciones no religiosas y en las primeras reparaciones hechas en su iglesia, cuatrocientos veinticinco mil francos de los actuales. Como subraya un comentarista, «trátase de una suma considerable para aquella época»^[22]. Y sabemos con toda certeza, por las facturas, que dichas obras costaron en realidad un millón treinta mil francos nuevos.

A esto hay que añadir el conjunto de la decoración de la iglesia. Falta, al respecto, la mayoría de los documentos contables, pero puesto que sólo el calvario costó once mil francos oro, o sea veinticuatro mil doscientos francos nuevos, se puede considerar que la citada decoración, pagada, como se ve, a un precio prodigiosamente caro, debió de costar unos quinientos mil francos.

También hay que tener en cuenta el fastuoso tren de vida que nuestro personaje, que tenía mesa franca, llevó durante más de diez años, entre el año del hallazgo y aquel en que tropezó con dificultades económicas. A ese tren, tres mil francos actuales de gasto mensual representan una evaluación más que razonable, lo cual hace trescientos sesenta mil francos en diez años.

Pero también tenemos excelentes razones para creer que el párroco de Rennes-le-Château entregó a monseñor Billard la cantidad de un millón de francos oro que dicho prelado dedicó, al parecer, a restaurar el monasterio dominico de Prouilles. Por último, es de creer que Bérenger no hubiese firmado un presupuesto de ocho millones de francos oro la víspera de su súbita muerte, si no hubiera contado con medios de pagar.

Así, pues, entre 1891 y 1917 nuestro personaje dispuso en total, al parecer, de una cantidad que varía entre un mínimo de quince millones de francos oro y un máximo de veinticinco millones igualmente de francos oro. ¡O sea, entre mil quinientos millones y dos mil cuatrocientos millones de francos viejos!

Por lo demás, que sean mil quinientos o dos mil cuatrocientos millones poco importa: cantidades de tal magnitud le hacen a uno, evidentemente, preguntarse de dónde provino el repentino enriquecimiento del mísero padre Saunière.

En primer lugar, tales cifras echan por tierra la acusación de tráfico de misas hecha por monseñor de Beauséjour; éste, por mucho que sostuvo que Saunière reclutaba clientes en toda Francia por medio de los anuncios por palabras, no pudo presentar en apoyo de dicha alegación el menor recorte de prensa.

Además, el obispo confió más adelante a uno de sus amigos, monseñor de Cabrières: «Me hacía falta ese pretexto, pero nunca creí en él». La acusación era tan frágil, que Roma, como hemos visto, no la tomó en consideración; así, pues, nosotros tampoco la tendremos en cuenta.

También se afirmó que la fortuna del cura provenía de la generosidad de Emma Calvé. Esta explicación no es más verosímil que la precedente. En efecto: aunque notorias, las relaciones de Bérenger con la cantante fueron intermitentes. Un encuentro en París y unas cuantas estancias de Emma en Rennes-le-Château: eso es todo. En la época en que Saunière lleva un gran tren de vida, Emma Calvé se halla en los Estados Unidos, donde permanecerá cuatro años. En 1914 pone fin a sus relaciones con Bérenger casándose con el tenor Gasbarri; no es, por tanto, de pensar que hubiese prometido, tres años después, financiar las obras grandiosas que el cura se proponía emprender. Por lo demás, carece de todo fundamento atribuir a la cantante una prodigalidad y unos recursos ilimitados y a nuestro personaje un papel tan feo.

Queda la explicación popular, la que os darán en aquella tierra y que ya habéis adivinado: Bérenger Saunière había descubierto un tesoro, un tesoro tan fabuloso que estaba lejos de haberlo agotado cuando le sorprendió la muerte. Lo más singular en el asunto que nos ocupa es que, mirando las cosas de cerca, esta explicación es la única que se compagina con ciertos hechos.

Desde antes de la época de Saunière, la meseta de Rennes había sido escenario de descubrimientos poco comunes: primero, un lingote de oro de cerca de veinte kilos, hecho con una amalgama de monedas árabes; a continuación, en 1860, otro lingote de oro, esta vez de cincuenta kilos, recubierto de una materia bituminosa, hallado en el lugar llamado «Charbonnières», cerca del Bézu, por un labrador llamado Rouge^[23].

Por lo que a Saunière respecta, éste ofreció un día a su colega el padre Grassaud, párroco de Saint-Paul-de-Fenouillet (Departamento de los Pirineos Orientales), un cáliz muy hermoso al par que muy antiguo: la familia del beneficiario posee todavía dicha pieza de orfebrería.

También regaló monedas y alhajas antiguas a varias familias de la región, que las han conservado: uno de sus protegidos, el maestro de escuela Jammes, fue tan bien dotado que pudo comprarse una finca.

En 1928, muerto ya Saunière, fue hallada en una cabaña en ruinas a orillas del arroyo de Couleurs, cerca de Rennes-le-Château, una estatuita de oro macizo, fundida en parte, pero en la que todavía se distinguían los pies. Hallazgo que hay que relacionar con el descubrimiento de un crisol que tenía aún huellas de oro fundido en la casa natal de Saunière, en Montazels.

Todos estos hechos aclaran las extrañas excursiones de nuestro cura por la montaña so pretexto de recoger guijarros, sus frecuentes viajes al extranjero, sus relaciones con un banco y un joyero, así como sus obstinados subterfugios cuando se le invitó a revelar el origen de su repentina fortuna.

No obstante, Bérenger rompió un día su mutismo, haciendo una media confidencia. Al decirle su amigo Antoine Beaux, párroco de Campagne-sur-Au-de, medio en broma y medio en serio: «Amigo mío, viendo lo bien que usted vive, se diría que ha encontrado un tesoro», Saunière, mirándole fijamente a los ojos y subrayando cada palabra, le respondió en lengua de Oc: «Me l'han donat, l'hay panat, l'hay parat é bé le téni». (Me lo han indicado, le he echado mano, lo he arreglado y lo tengo bien seguro). No dio más datos ni volvió a hablar más del asunto, por lo menos abiertamente. Pero se puede pensar que hiciera alusión a ello, de modo velado y simbólico, en su Diario íntimo, un viejo cuaderno que hemos tenido en nuestras manos y que empieza de modo bastante extraño. La tapa está cubierta con dos dibujos recortados del periódico La Croix. El primero representa tres ángeles llevándose al cielo un niño en un sudario, con el pie siguiente: «El año 1891 llevado a la eternidad con el fruto de que se habla aquí abajo». Y debajo hay pegado otro dibujo que representa la adoración de los Reyes Magos, con la inscripción: «Recibe, oh rey, el oro, símbolo de la realeza». Estos collages son tanto más insólitos cuanto que el Diario propiamente dicho, redactado en las páginas siguientes con pluma precisa y aplicada, comienza solamente en mayo de 1901 y, aparte informaciones detalladas sobre las construcciones, apenas tiene interés. Pero el año 1891 que trae el oro como fruto es precisamente el año en que Bérenger halló los documentos que habían de hacerle rico...^[24] Si el cura de Rennes-le-Château descubrió efectivamente un tesoro, ¿cuáles podían ser la procedencia y la naturaleza del mismo?

Misterio y secreto son las dos palabras que aparecen con más frecuencia en la pluma de los escasos eruditos que se han ocupado del Razés y particularmente de Rennes. Estudiando el origen de sus más antiguos habitantes, el historiador R. Lizop concluye: «Todavía no se ha resuelto el problema que plantea el misterioso oppidum^[25] de Reddae». Otro historiador, Louis Fédié, insiste: «La fundación de Rennes-le-Château es tan misteriosa que parece haber desanimado a cronistas y arqueólogos». Por último, como hace constar el padre Mazières, «trátase de una comarca que se ha hecho célebre por sus leyendas, sus tradiciones, sus secretos, sus enigmas y toda una serie de descubrimientos, algunos de ellos sensacionales».

Para intentar proyectar alguna luz sobre ese escondido trozo de tierra en que Bérenger Saunière vivió su extraordinaria aventura, hemos de ahondar tanto en su historia como en sus leyendas. Estas dos investigaciones, lejos de excluirse, se completan.

No dejaremos alegremente de lado las leyendas, pues éstas, mal que les pese a las mentes simplistas, más que oponerse a los hechos históricos, los señalan (a su manera, que es la del símbolo), del mismo modo que los signos convencionales que jalonan nuestras carreteras señalan al automovilista que ha aprendido a leerlos estudiando el código los contornos de un terreno que aún no puede divisar. No sólo las leyendas se basan frecuentemente en hechos históricos cuyas huellas ayudan a encontrar, sino que además sabemos, a partir de Marx y Freud, que los productos,

incluso los más fantásticos, de la imaginación humana, extraen sus formas y su sentido de la historia de las sociedades y de los individuos. Frente a esas creaciones imaginarias, el método del historiador puede y debe ser paralelo al del psicoanalista. Enfrentándose con el folklore lo mismo que el psicoanalista con los sueños, el historiador, igual que aquél, ha de remontarse de su contenido manifiesto a su contenido latente, oculto, y levantar el velo de los símbolos para arrancarle sus secretos.

En efecto; la leyenda recurre a los mismos procedimientos de ocultación que los sueños: jeroglíficos, juegos de palabras, paraetimologías, errores de detalle cometidos a propósito, representación de nociones abstractas por personajes o inversamente, etc. Al término de este trabajo, lo mismo que el análisis de los sueños distingue los episodios arrinconados en el inconsciente de aquellos que han sido voluntariamente reprimidos, el análisis de las leyendas saca a la luz unas veces hechos borrados de la memoria colectiva y otras veces hechos disimulados adrede; en un mismo tema legendario ambos procesos aparecen con frecuencia entremezclados, siendo necesario entonces distinguir lo que es sincretismo folklórico de lo que es sabia composición. Entonces se da uno cuenta de que lo fantástico sirve siempre de vehículo, bajo clave, a tradiciones que corresponden, aunque sólo sea mediatamente, a datos positivos. Por lo que a la rica colección de leyendas del Razés respecta, proyecta sobre una historia todavía más rica la luz movediza y fugitiva de una antorcha.

Su muy notable naturaleza, desde el punto de vista mineralógico e hidrográfico, hizo que la región Rennes-les-Bains/Rennes-le-Château fuese poblada en épocas muy tempranas. En ella se hallan en abundancia piedras, metales y metaloides, sobre los que nuestros antepasados ejercieron en el correr de los tiempos su industria: ámbar, azabache, cobre, plomo, hierro sulfuroso, galena, níquel, azufre, salitre, plata y oro^[26]. Los filones son muchas veces «polares», es decir, orientados con relación al meridiano magnético. Rennes-les-Bains está también situado sobre el primer meridiano de París, lo que no ha dejado de dar lugar a sorprendentes especulaciones.

Rennes-le-Château poseía dentro de sus murallas una fuente inagotable; en cuanto a los manantiales de Rennes-les-Bains, de los que ya hemos hablado, una antigua memoria nos dice que «de vez en cuando sale de las aguas del baño el mercurio, del que se extrae la cal álcali, el verdadero nitro de los alquimistas; dichas aguas contienen también un poco de betún»^[27].

Cosa curiosa: el nombre de Rennes, común a las dos localidades de que nos ocupamos, procede de dos topónimos diferentes. El nombre de Rennes-le-Château — antaño Aereda y luego Reddae o Rhedae, nombre del que procede el del Razés (Rhedesium)— se deriva, según unos, de Aer Red, la serpiente que corre, dios céltico o precéltico del rayo, y, según otros de la palabra visigótica rheda, que significa «carromato»^[28]. Por el contrario, Rennes-les-Bains, que empezó llamándose Bains de Regnes, y que, aunque sus manantiales fuesen conocidos ya en la antigüedad, no llegó a ser población hasta más tarde, es un compuesto del latín regnum y de la

palabra bárbara es o is que designa ya el agua, ya la piedra^[29]; así pues, en este caso Rennes quiere decir o bien «Agua real», o bien «Piedra real».

La región fue poblada en tiempos muy remotos, como atestiguan la estatua de Isis y las inscripciones votivas a la Madre de los Dioses halladas en Rennes-les-Bains, así como el osario neolítico descubierto en Rennes-le-Château, y no dejó de ser habitada: tras las tribus iberas, hallamos allí, a fines del siglo IV antes de nuestra Era, la misteriosa tribu de los redu, en latín redones, que ha dejado su nombre en varios lugares como, por ejemplo, el Camp Redon. Según varios historiadores, esta tribu pertenecía al pueblo de los belgas, cuyo nombre significaba «pastores»; expulsada de las orillas del mar del Norte, esta tribu, al parecer, se dividió en dos partes: una que se asentó en Bretaña y otra en Razés^[30]. «Resulta singular —hace observar uno de los editores de la Histoire générale du Languedoc— ver en los dos extremos de Francia los nombres étnicos redensis y redones, tomados, evidentemente, del mismo radical, convertirse en ambos lados en el nombre de Rennes». La hipótesis de una doble implantación de los redu explica bien esta singularidad.

Más tarde, como subrayaba un autor antiguo, «los romanos se establecieron en esta región no a causa de su belleza, ya que ha sido muy poco favorecida por la Naturaleza, sino a causa de los minerales que en ella hay en cantidades de diversas especies»^[31]. Por Rennes-le-Château pasaba la calzada romana que conducía a España y que luego se convirtió en el Camino de Santiago; en Rennes-les-Bains los colonizadores edificaron unas termas muy lujosas, incrustadas de oro y piedras preciosas, cuyas ruinas pueden verse todavía.

Esta doble vocación minera y termal, así como la antigüedad de la presencia humana, se reflejan en las leyendas locales.

Desde los tiempos más remotos, los Pirineos tenían fama de contener metales preciosos en abundancia. Según el cronista sirio Posidonio, su nombre, que significa Montes Ardientes, viene de un incendio que allí prendieron antaño unos pastores: la cordillera ardió cual inmensa hoguera y las rocas estallaron, dejando torrentes de plata fundida. Cuando todo aquel metal se hubo enfriado, los pastores, ignorantes del valor del mismo, dejaron que lo cogiesen los fenicios, quienes cargaron de él miles de naves y, para no perder nada del mismo, hicieron incluso anclas de plata. El incendio prendido por los pastores —agrega una curiosa tradición—, extendióse a lo lejos por el Norte, deteniéndose milagrosamente en Orval, hoy Paray-le-Monial, donde los celtas hallaron asilo y erigieron una «piedra de testimonio» a la «Virgen que ha de dar a luz»^[32].

Otra leyenda, comunicada por Louis Fédié, afirma que en unas cavernas que, al parecer, comunican con los subterráneos del castillo de Rennes, vive desde siempre un pueblo troglodita que ignora el correr de los tiempos y la luz del día^[33]. Además de la reminiscencia de una población prehistórica, reconócese en ello fácilmente el tema universal de los seres misteriosos que pueblan las minas y, a su capricho, revelan a los hombres la existencia de las mismas o les prohíben el acceso.

Podemos igualmente saludar de paso a una divinidad familiar de la mitología gala, guardiana de las minas abandonadas o dama tutelar de las aguas bienhechoras, abuela de tantas de nuestras hadas y de tantas de nuestras vírgenes, en esa Reina Blanca que tan gran papel desempeña en la región. Con el aspecto fabuloso de dicha reina se combinan recuerdos históricos, por lo que pronto volveremos a hablar de ella. Pero por el momento nuestra atención debe centrarse en otro grupo de tradiciones locales.

«El nombre de Rennes evoca ante todo un asunto de oro abandonado en escondrijos de los que, al parecer, lo extrajo a fines del siglo pasado el cura del lugar». Por estas líneas comienza la notable obra que René Descadeillas, conservador de la Biblioteca de Carcasona, ha consagrado recientemente a Rennes et ses derniers seigneurs. Y el autor prosigue: «Cualquiera que oiga estos propósitos se pregunta inmediatamente: ¿Qué acontecimientos, en un lejano pasado, han podido motivar tal hecho? ¿Por qué concurso de circunstancias habrían tenido que ser escondidos unos tesoros en aquel lugar solitario y desolado?». Esta pregunta resume todo el enigma histórico de Rennes, todo el secreto de Saunière.

Parece que en Rennes, lo mismo que en Belén, los pastores son los primeros en llegar a la gruta. Antes de Saunière fue, en efecto, un pastor quien había tenido el peligroso privilegio de tocar con sus manos el misterioso tesoro. Y, como para hacer la anécdota todavía más hermosa, dicho pastor se llamaba París. Así, pues, en la primavera del año 1645, Ignace Paris, joven pastor de Rennes, buscaba una oveja perdida. De pronto oyó balar; el animal se había caído al fondo de un abismo. París bajó a éste. En el fondo, un estrecho agujero se hundía bajo tierra. Metióse por él y descubrió, maravillado, una gruta en la que yacían unos esqueletos y en la que había montones de oro. Llenó su boina de fragmentos del precioso metal y, armado de tales pruebas convincentes, volvióse al pueblo a contar su aventura. Pero como se negaba obstinadamente a revelar el emplazamiento, nadie le creyó; simplemente, le acusaron de haber cometido un robo y le mataron a pedradas. Así dicho, este relato se parece mucho a una leyenda. Pero existen semejanzas engañosas, puesto que el pastor París ha existido en realidad y todavía pueden verse cerca de Rennes las ruinas de su casa.

Comme un misérable, nu,
Avec sa mine hagarde,
Le front chauve et biscornu,
Armé d'une hallebarde,
Au pied de ce mont chenu,
L'ange de race bâtarde
Au ton sec et saugrenu
Tient constamment sous sa garde
Cet immense revenu
Que de ce roc je regarde
Comme si j'étais venu
Pour lui monter une garde
Et voler ce contenu
Que de céder il n'a garde^[34].

Lleno de un encanto chusco y enigmático, este poemita de Labouisse-Rochefort ilustra una leyenda que nos comunica él mismo en su *Voyage à Rennes-les-Bains*, escrito en 1832. En Blanchefort, el diablo guarda un tesoro de diecinueve millones y medio; ni un céntimo más ni menos. Un día de hermoso sol, una pastora de los alrededores vio al diablo extender sus monedas de oro sobre la montaña. La pastora llamó acto seguido a los habitantes del pueblo para que fueran a ver aquel espectáculo tan poco corriente, pero cuando llegaron el demonio había ocultado de nuevo su tesoro, desapareciendo. Los aldeanos celebraron consejo y fueron a Limoux a consultar a un hechicero, el cual, a cambio de una honrada retribución y de la promesa de que le cederían la mitad del oro, ofrecióse a enfrentarse con el diablo. «Pero —dijo a los campesinos— en cuanto me oigáis gritar tenéis que acudir». Dicho esto, el breich^[35] se fue a batirse con el diablo. Y, en efecto, pronto oyeron los campesinos un rifirrafe subrayado por gritos tan horribles que todos pusieron pies en polvorosa. El hechicero volvió, furioso, diciendo: «¡Menguados! Por culpa vuestra lo hemos perdido todo: le tenía ya cogido un cordón de la bolsa, pero vosotros no estabais allí para ayudarme». Y, dejando avergonzados a los campesinos, se volvió a Limoux. Añádase que el marqués de Fleury, señor de Rennes y de Blanchefort, en cuyas tierras había tenido lugar el incidente, entabló contra los aldeanos un pleito por violación de propiedad. Es una lástima que las minutas de dicho pleito no hayan sido conservadas, porque no debían dejar de ser pintorescas. Este detalle nos permite por lo menos datar aproximadamente la leyenda, pues hasta 1767 no aparece en Rennes la familia de Fleury, de la que mucho habremos de hablar en lo sucesivo.

Sin anticipar sobre los comentarios que exigen estos dos relatos, subrayemos que, a diferencia de los precedentes, no guardan relación con el folklore minero: el tesoro de que hablan no es un presente de la Naturaleza; es un depósito hecho por la mano del hombre. Por otra parte, dicho depósito, custodiado por esqueletos en un caso y por el señor del Infierno en el otro, hállese asociado a imágenes ctonias: el oro de Rennes es el oro de los Muertos.

A las leyendas que afirman la existencia de un tesoro en los alrededores de Rennes se suman diversas tradiciones relativas a su origen y su naturaleza. Dícese en primer lugar que la reina Blanca de Castilla, que tuvo que abandonar París por la Cruzada de los Pastoureaux^[36], fue, al parecer, a refugiarse en Razés, habiendo hecho edificar allí el castillo de Blanchefort y ocultando en éste su oro. Una vez calmados los disturbios, regresó a la capital, confiando el secreto de su escondrijo a su hijo san Luis, quien, siempre según la leyenda, lo transmitió a su vez a su propio hijo, Felipe el Atrevido, quien murió repentinamente antes de haber podido informar a Felipe el Hermoso, perdiéndose así, si hemos de creer esta tradición, el secreto del tesoro de Blanchefort.

Según otra tradición, el castillo de Blanchefort tomó su nombre por haber estado en él Blanche de France, hija de san Luis, quien, al parecer, enterró un tesoro no lejos de allí.

Cierto es que estos relatos son atrayentes por su perfume de misterio, pero, tal y como los conocemos, la Historia nos prohíbe darles crédito. Fundado probablemente por los visigodos, el castillo de Blanchefort fue, en el siglo XII, objeto de enconadas luchas. La abadía benedictina de Alet pretendía arrebatárselo a su señor, Bernard de Blanchefort. El Papa Calixto II intervino personalmente en el litigio, zanjándolo en 1119 en favor de los abades. Pero Bernard de Blanchefort tomó las armas contra éstos y, tras once años de lucha, obligó al Papa a ceder. En 1210, cuando la cruzada contra los albigenses, Blanchefort fue tomado y destruido por los barones franceses, sin haber sido reconstruido nunca^[37]. Ni Blanca de Castilla, que era entonces sólo una adolescente y todavía no era reina ni Blanche de France, que ni siquiera había nacido, pudieron por tanto haber estado allí. No tenemos más remedio que resignarnos; entre Blanchefort y esas dos Reinas Blancas no existen otros lazos que los de una poética analogía.

Pero a las leyendas nunca les va de una Reina Blanca más o menos, y la de Rennes abarca tres personas: la tercera no tiene más tesoro que un vaso y su recuerdo melancólico flota todavía alrededor de las ruinas del castillo de Peyrepertuse.

Esta imponente fortaleza, que custodia el collado de la Croix, en los Corbières, fue erigida por los visigodos y luego, en el siglo XI, transformada por la casa de Bézalu y Fenouillède, descendiente del conde de Razés, Béra. Sus murallas abrigaban la estatua de una mujer, a la que los transeúntes echaban piedras para evitar ser hechizados por ella. Según la tradición, en los pisos superiores del torreón había también «puertas secretas hechas de una sola pieza, como las tumbas de los reyes de Judá. Dichas puertas consistían en una pesada piedra que giraba sobre un pivote, encastrándose en el muro»^[38].

Es, pues, en este lugar insólito donde una reina de Castilla llamada Blanca, que había sufrido grandes desventuras en su país, fue a refugiarse. Triste y enferma, distribuía su tiempo entre el rezo y los paseos solitarios. Un día que había ido a beber en el manantial que fluye al pie de la muralla, se le cayó de las manos el vaso de plata, rodando al fondo de un precipicio. Hallado siglos después por un pastor, el vaso fue conservado como un tesoro en Caudiès, en el condado de Fenouillède, donde todavía podía verse en vísperas de la Revolución. La mencionada Reina Blanca, que padecía escrófula, fue un día a las aguas de Rennes, desapareciéndole acto seguido el mal, cosa tanto más notable cuanto que sólo el rey de Francia, el día de su consagración, tenía la facultad de curar dicha enfermedad por simple imposición de manos. Una vez curada, la reina se quedó todavía algún tiempo en el Razés y luego, dando crédito a falsas informaciones, volvió a su país, donde sus enemigos la hicieron morir.

Pero es la más antigua de las tradiciones del tesoro de Rennes la que resulta más fascinadora. Hela aquí, tal y como la relata el historiador del Razés, Louis Fédié: «En la Edad Media, la gente creía que los metales preciosos extraídos de la mina de Blanchefort procedían, no de un yacimiento incrustado en el suelo, sino de un

depósito de oro y plata en lingotes enterrado en los sótanos de la fortaleza por sus primeros dueños, los reyes visigodos».

Esta tradición es muy singular, pues lleva la contraria a todas las creencias medievales referentes a las minas; para nuestros antepasados, los metales germinaban y crecían en el seno de la tierra igual que las plantas. En el siglo XVI, Bernard Palissy compartía aún esa convicción: «La tierra —escribía—, jamás permanece ociosa; lo que en ella se consume naturalmente, ella lo renueva otra vez». Creíase entonces que las mineras o criaderos son como los campos, que cuanto más se trabaja en ellos más fértiles son. Creencia que no debe sorprendernos, ya que, siendo poco productivos los procedimientos de extracción, el subsuelo parecía inagotable.

En comparación con tales mitos, el cuento del oro oculto en una antigua mina parece casi razonable; es también un cuento tan poético como astuto: hacer pasar oro fundido por oro nativo es, podríamos decir, una habilidad de segundo orden. ¿Y qué mejor escondrijo para un tesoro que una mina ya explorada, explotada y agotada, adonde nadie irá (a no ser que esté en el secreto) porque todo el mundo sabe que allí ya no queda nada de metal?

Tras habernos referido a estas diversas tradiciones, hemos de pasarlas ahora por el tamiz de la crítica, examinando si hacen eco, aunque no sea más que en forma deformada o alusiva, a hechos bien comprobados por la Historia.

En primer lugar, el oro de Rennes no es un mito. La existencia de minas de oro y de plata cerca de Rennes-les-Bains es mencionada, a partir de 1633, por Catel, consejero del Parlamento de Toulouse, en sus *Mémoires de l'Histoire du Languedoc*. Un siglo más tarde, en 1734, Lamoignon de Basville, intendente del Languedoc, escribía: «Antaño, los romanos tenían minas de oro en estas montañas. Se ven varias aberturas en las rocas y obras muy importantes. Pero, sea que las minas hayan sido agotadas o que el arte de encontrarlas se haya perdido, los tesoros, si los hay, están actualmente tan ocultos que ya no se piensa en buscarlos^[39]». En 1775, en su monumental *Histoire naturelle de la province du Languedoc*, Gensanne hace observar a su vez: «Se realizaron cerca de este lugar obras considerables en minas de cobre, de plomo y de plata, sobre todo en las montañas de Cardou y de Roquenègre, pero todas esas excavaciones están tapadas y únicamente gracias a algunos antiguos restos hemos podido distinguir la calidad de las minas que allí se explotaban; lo mismo ocurre con la mina de oro y plata que se nos dice fue explotada en las montañas de Blanchefort, a un buen cuarto de legua hacia abajo de los Baños^[40]». Por último, en 1800, en su *Essai sur le département de l'Aude adressé au ministre de l'Intérieur*, el prefecto Barante señala «dos filones de plata, cobre y plomo en las montañas de Cardou y de Roquenègre, al nordeste de los Bains de Rennes, en dirección de Montferrand» y «filones de oro y de plata a 800 o 900 toesas al sudeste del pueblo de Rennes-les-Bains, en la montaña de Blanchefort^[41]». Hemos tenido empeño en comprobar sobre el terreno dichas afirmaciones: el filón de oro, orientado de Sur a Norte y de cincuenta metros de longitud, se halla en las parcelas 625 y 626 de la

sección A del catastro; antaño, dicho filón comenzaba a flor del suelo en la parcela 633. Pero hay que subrayar con firmeza que, si hemos de creer a Catel, todas las minas de la región hallábanse prácticamente agotadas desde principios del siglo XVII; ello explica el fracaso de las repetidas tentativas de explotación emprendidas desde dicha época hasta principios del siglo pasado.

El 24 de agosto del 410, el rey visigodo Alarico I tomaba Roma, saqueándola durante seis días y apoderándose de un enorme botín, en el que figuraban los despojos del templo de Jerusalén, de los que el emperador Tito se había apoderado en el año 70 de nuestra Era.

Salomón había destinado a la construcción del templo más de quinientas toneladas de oro y plata. En el tabernáculo, los objetos rituales, arca, propiciatorio^[42], altar del incienso, mesa de los panes de la proposición y candelabro de siete brazos, fabricados según las instrucciones detalladas del mismo Yavé, constituían un tesoro sagrado: ni el metal ni el peso ni la forma de los mismos podían ser alterados y eran inalienables. Por último, el templo contenía el producto de los tributos y ofrendas, que se utilizaba cuando el Estado se hallaba en peligro^[43]. Posteriormente, el templo fue saqueado bastantes veces, pero sus más valiosos tesoros jamás fueron aprehendidos porque habían sido ocultados en escondrijos seguros^[44]. Destruído por Nabucodonosor pero reedificado por Esdras y luego ampliado y embellecido por Herodes el Grande y Herodes Agripa entre los años 20 y 64 de nuestra Era, el templo había recobrado todo su esplendor cuando Tito tomó Jerusalén. En esta última época, Flavio Josefo lo compara a «un sol naciente en la cumbre de una montaña de nieve». Por encima de sus blancos muros, su tejado hallábase erizado de innumerables agujas revestidas de oro con objeto de que las aves no pudiesen posarse en ellas. Tito no pudo impedir que sus soldados prendiesen fuego al edificio, pero se apoderó de las riquezas de éste, riquezas cuya abundancia puede conjeturarse cuando leemos que al ser puestas en circulación por Tito parte de ellas, el mercado del oro se hundió inmediatamente en Siria. Este hecho debería hacer reflexionar a los que sostienen que las descripciones del templo son exageradas por el énfasis oriental e incluso que son puramente simbólicas.

Sin embargo, Tito sólo vendió lingotes y placas de revestimiento. Los objetos sagrados se los llevó a Roma; en su arco de triunfo vemos los más hermosos, como el famoso candelabro de oro que pesa un talento (treinta y cuatro kilos), llevado por un esclavo. El tesoro fue depositado en el templo de la paz y luego en el palacio imperial, siendo en este último lugar donde, según dice el historiador Procopio, fue Alarico a apoderarse del mismo.

Por su magnificencia, el tesoro del templo de Jerusalén fascinaba a todos los cronistas de la antigüedad, por lo que numerosos textos nos permiten seguir paso a paso sus vicisitudes hasta la toma del mismo por Alarico. A continuación la Historia permanece muda al respecto, mutismo muy extraño, ya que si unas joyas tan famosas hubiesen sido más tarde arrebatadas a los visigodos, sea por los francos, sea por los

árabes, todo induce a creer que los cronistas lo hubiesen dicho. El historiador franco Fredegario y el cronista árabe El Macin, que describen con detalle el tesoro de los reyes visigodos y nos dicen cómo fue cogido en Toulouse por Clodoveo y luego en Toledo por los sarracenos, no mencionan, entre los objetos capturados, nada procedente del templo de Jerusalén. Así, pues, no ha faltado quienes se preguntaran si los visigodos, cristianos que no podían dejar de conceder al tesoro un valor excepcional, no consiguieron acaso sustraerlo a la avidez de los conquistadores.

En el siglo v, cuando los visigodos se hacen dueños de todo lo que había de ser el Languedoc, su tesoro de Estado se compone de dos partes bien distintas: de un lado, los tributos y las joyas personales de los reyes, que cubren los gastos públicos y están depositados en Toulouse; de otro, lo que se llama el Tesoro Antiguo, formado por el botín acumulado por la nación en sus peregrinaciones de conquista, tesoro sagrado que es a la vez memorial de las hazañas ancestrales y garante mágico del poderío y la continuidad del Estado, y al que ni el mismo rey puede tocar, a no ser que se halle en juego la propia existencia de la nación. Además de los despojos del templo de Jerusalén, dicho tesoro comprende el missorium (bandeja de oro macizo de un peso de quinientas libras que se pone sobre el altar durante la misa y que Aecio había ofrecido al rey Turismundo) y la mesa de esmeralda, joya fabulosa cuya tabla era sin duda de cristal, pero guarnecida de tres filas de perlas y sostenida por sesenta pies de oro. Durante el reinado de Alarico II, éste tesoro estaba depositado en Carcasona. En el 507, Clodoveo, habiéndose apoderado de Toulouse y del tesoro que en dicha ciudad se hallaba, puso sitio a Carcasona, la cual fue salvada únicamente gracias a la intervención de Teodorico, rey de los godos de Italia. En el transcurso de la guerra había sido muerto Alarico II. Siendo el hijo de éste, Amalarico, menor, hízose cargo de la regencia Teodorico, quien, por quedar Carcasona demasiado expuesta en lo sucesivo, hizo transportar el Tesoro Antiguo a Rávena, aunque se lo devolvió a Amalarico cuando éste estuvo en edad de gobernar^[45].

Siglo VII: los francos, extendiendo su conquista, han tomado Narbona, encontrando en ella sólo sesenta cálices, quince patenas y veinte collares^[46]. En efecto; los visigodos se han llevado una parte del Tesoro Antiguo cerca de Toledo, su capital española; allí meterán mano en él los árabes en el año 711, cogiendo, entre otras cosas, el célebre missorium. El resto, que comprendía en particular nueve coronas votivas de oro macizo adornadas con zafiros, había de ser descubierto el siglo pasado en Guarrazar, cerca de Toledo, figurando en el museo de Cluny, de París, hasta 1943, fecha en la que Pétain se lo donó a Franco. «¿Se descubriría un día en Francia —escribe M. H.-P. Eydoux en su libro *Lumières sur la Gaule*— un conjunto tan esplendente y suntuoso como el de Guarrazar? No está excluido».

Al norte de los Pirineos, el reino visigodo, antaño tan temible, pronto queda reducido al Razés. Rhedae es entonces tres veces poderosa: militarmente hablando, es la llave de las comunicaciones con España, contándose en ella dos fortalezas y cuatro torres; desde el punto de vista religioso tiene dos iglesias, Santa María y San Juan

Bautista, así como un convento de hombres, y aspira al rango de obispado; por último, su importancia económica no es menor: cuenta con treinta mil habitantes y en una de sus calles hay hasta catorce carnicerías^[47].

La parte del tesoro sagrado de los visigodos que ni francos ni árabes parecen haber descubierto, ¿no habría sido confiada a la quebrada tierra del Razés? Se comprende que algunos hayan podido pensar que el oro de Salomón hubiese sido así devuelto a la minera pirenaica de donde quizá procediese y que, vuelto al seno materno, sacase de éste nueva vida, germinando, y multiplicándose como el trigo.

Ciertos hechos, no obstante, dan a esta idea un giro bastante singular. Casi inmediatamente después de la fundación de su Orden, los templarios se establecieron en el Razés gracias a sus vínculos con dos familias de la región, importantes y turbulentas: los Blanchefort y los A Niort. Entre 1132 y 1137, Arnaud, Bernard y Raimond de Blanchefort les donan feudos en Pieusse, en Villarzel y en Esperaza^[48]; en 1147, se asientan en el Bézu y en Campagne-sur-Aude, en una heredad que les ha cedido la casa de A Niort^[49]. En 1156, la Orden del Temple elige un nuevo Gran Maestre. ¿Quién es éste? Bertrand de Blanchefort. Es por entonces cuando los templarios del Razés, por mediación de los de Renania, traen de Alemania una colonia de trabajadores, la cual asientan en la meseta del Lauzet, entre Blanchefort y Rennes. Los monjes y soldados someten a estos trabajadores a una disciplina militar y les prohíben, so pena de las más severas sanciones, mezclarse con la población^[50]. Créase incluso para dirimir sus litigios un organismo especial: la Judicatura de los alemanes^[51]. Se explica esta segregación^[51] por el carácter muy particular del trabajo que ejecutan dichos alemanes. En efecto; explotan la mina de oro de Blanchefort.

La famosa Orden que tenía bajo su custodia el templo de Jerusalén no debió, sin embargo, sacar mucho oro de aquella mina ya explotada por los romanos. Además, si hemos de creer al ingeniero César d'Arcons, que estuvo encargado en el siglo xvii de buscar minerales en la región, los alemanes empleados en los trabajos eran más bien fundidores que mineros^[52]. En consecuencia, se comprende mejor la antigua tradición del oro de Rennes según la cual dicho oro no procedía de una mina, sino de un depósito de origen visigodo.

Cien años después de haber cedido el Bézu y Campagne-sur-Aude a los templarios, hallamos a la familia de A Niort en el mismo escenario histórico que una de las protagonistas de las leyendas del oro de Rennes: Blanca de Castilla.

Era en tiempos de la cruzada contra los albigenses. Dos generaciones de señores de A Niort, ardientemente adictos a la fe cátara, habíanse ilustrado bajo la bandera de Toulouse frente a Simón de Montfort y a Pierre de Voisins, su senescal en el Razés. Simón había dotado ricamente a Pierre a expensas de los Blanchefort y a los A Niort, dándoles en 1215 en feudo Rennes, Blanchefort y Campagne. Pero los A Niort, políticos sagaces, tenían relaciones en ambos campos, hasta el punto de que el propio Papa no podía acabar con ellos. Sólo dirigiéndose a la regente de Francia, Blanca de

Castilla, consiguió, en 1237, hacerles condenar por herejes por un tribunal del que formaba parte Pierre de Voisins. Condenados a muerte o a cadena perpetua y quedando confirmada la confiscación de todos sus bienes, los A Niort, contrariamente a lo que cabía esperar, no tardaron en recobrar la libertad y parte de sus tierras.

En 1243, la Occitania independiente agoniza, pero el último baluarte cátaro, Montségur, se yergue todavía cual un desafío. «Hay que cortarle la cabeza al dragón», parece ser que dijo Blanca de Castilla, quien, en efecto, había de poner en apoderarse de la fortaleza un empeño insólito que su celo católico no basta para explicar. ¿Fue entonces Blanca a Occitania como pretende la leyenda? Lo ignoramos, pero sí que siguió día por día el curso de los acontecimientos. En el otoño de 1243, tras cinco meses de asedio, la situación de los defensores de Montségur se agrava de tal modo que no hay más remedio que pensar en negociar; perspectiva poco agradable, ya que ninguna indulgencia, al parecer, pueden esperar. En efecto, Pierre-Roger de Mirepoix, comandante de la plaza, así como gran número de defensores, no solamente son «encubridores de herejes», sino que también asesinaron a once inquisidores en Avignonet, el año anterior. Además, el conde de Toulouse, Raimond VII, cuya última tentativa de insurrección acaba de fracasar, trata de hacer las paces con el Papa y se compromete, aunque de mala gana, a entregar Montségur.

En este momento aparece un hombre que va a emprender misteriosas negociaciones: es Ramón d'A Niort, yerno de Pierre-Roger de Mirepoix y cuñado del señor de Montségur, Ramón de Perelha. Ramón d'A Niort tiene ascendiente sobre Raimond VII, y fue sin duda Blanca de Castilla quien hizo que le absolviesen el año anterior. En la Navidad de 1243, manda a Montségur un emisario llamado Escot de Belcaire quien, tras haberse infiltrado por entre los sitiadores, penetra en el castillo, entrega unas cartas a Pierre-Roger e informa a éste de que se encenderá una hoguera en la vecina montaña de Bidorta «si el conde de Toulouse arregla bien sus asuntos». Hecho esto, el emisario se marcha y a la noche siguiente, en efecto, la cima se ilumina^[53]. Unos días después, dos herejes, Matheus y Pierre Bonnet, conseguían salir del castillo sitiado llevándose «oro, plata y gran cantidad de moneda» que ocultaron provisionalmente en una gruta fortificada.

«El asunto —escribe Fernand Niel—, saca a escena a dos personajes cuya conducta, en tal circunstancia, se presta a reflexión: el conde de Toulouse y Ramón d'A Niort. A los defensores de Montségur les hubiese sin duda parecido de mal gusto el envío de un mensajero únicamente para decir que el conde de Toulouse sacaba adelante sus asuntos si éstos no hubieran guardado relación con la suerte de la guarnición. De otro lado, no se comprende que Escot de Belcaire subiese al Bidorta y encendiera hogueras en la cumbre para confirmar lo que había ido a decir dos días antes. El sentido más lógico de su misión es, pues, que tenían lugar tratos secretos entre Pierre-Roger de Mirepoix y otro personaje del exterior. Pero ¿quién era ese personaje?». ^[54].

El primero de marzo de 1244, los defensores de Montségur pidieron negociar. Las

condiciones que se les concedieron eran inesperadas. No sólo se les autorizó a retirarse con armas y bagajes y se les tributó honores de guerra (con excepción de los herejes que, negándose a abjurar, fueron arrojados a la famosa hoguera), sino que además fueron absueltos del asesinato de los inquisidores. Por último, se les concedió el derecho a quedarse en la plaza quince días más. El 13 de marzo, en la noche anterior a la rendición, los tres cátaros Hugo, Poitevin y Amiel Aicard, suspendidos de unas cuerdas, se deslizaron fuera del castillo a lo largo de la pared rocosa cortada a pico. «Y ello fue cumplido con el fin de que la Iglesia de los herejes no perdiese su tesoro, que estaba oculto en los bosques y cuyo escondrijo los fugitivos conocían»^[55].

Al dejar evadirse a aquellos tres hombres, Pierre-Roger de Mirepoix violaba la cláusula de la rendición que le obligaba a entregar a la Iglesia a los herejes contumaces; corría así el riesgo de exponer a la muerte a todos aquellos que, como él mismo, acababan de obtener, contra toda esperanza, vida y libertad. «¿Qué tesoro era ese —se pregunta una vez más Fernand Niel— que había que salvar a toda costa? Nos inclinamos a creer que los fugitivos no salvaron un tesoro material; ¿acaso no había sido éste evacuado ya hacía dos meses con Mattheus y Pierre Bonnet? Creemos que esta vez se trataba de objetos más valiosos, de un tesoro espiritual, quizá de los pergaminos en los que estaban escritos los secretos de una religión que impedía a sus adeptos temer la muerte por el fuego»^[56].

Otra hipótesis ha sido formulada: la de que si Blanca de Castilla obtuvo la rendición de Montségur fue a cambio de documentos genealógicos de suma importancia que los defensores del castillo, en cuanto los tuvieron en sus manos, ocultaron, al parecer en lugar seguro. ¿Eran esos documentos las cartas entregadas por el mensajero de Ramón d'A Niort? ¿O lo que se llevaron los evadidos de la última noche? ¿O, por último, como algunos pretenden hoy día, lo que fue, al parecer, encontrado mucho más tarde y ocultado? Difícilmente llegaremos a saberlo: la rendición de Montségur guarda su misterio, pues los defensores ya no tenían medio alguno de mostrarse exigentes, y sus adversarios tampoco tenían el menor motivo para hacerles un regalo sin compensación.

Pierre-Roger de Mirepoix terminó sus días como hombre libre. Pierre de Voisins hubo, en 1244, de devolver Campagne a los templarios y en 1247 tuvo igualmente que devolver varias tierras a Ramón d'A Niort pues Luis IX había recibido en su Corte a este equívoco personaje, accediendo a lo solicitado por él mismo, como se hace con un hombre a quien hay que tratar con miramiento.

En 1269, Blanche de Francia, hija de Luis IX, contrae matrimonio con el heredero del trono de Castilla, Fernando, apodado Infante de la Cerda por tener en el hombro un mechón de pelos recios como cerdas. Al cabo de seis años, Fernando muere antes que su padre, dejando dos hijos, Alfonso y Fernando. Sancho, hermano menor del difunto, se apodera entonces de los dos niños, se hace proclamar rey y destierra a Blanche. Esta pasa los montes y en 1280 se presenta en el Razés, no (como pretende la leyenda) en Blanchefort, que estaba destruido, sino en Rennes, donde se aloja en

casa de Paul de Voisins, señor del lugar. Blanche lleva consigo fondos importantes para pagar al ejército que piensa reclutar con el fin de liberar y restaurar en el trono al joven Alfonso, a quien en adelante se llama el Desdichado. El proyecto de Blanche cuenta de un triple apoyo: el de su hermano, el rey de Francia Felipe III el Atrevido; el del rey Jaime I de Mallorca y el de los templarios. En efecto, Jaime I de Mallorca acaba de entrar en conflicto con su hermano Pedro III de Aragón. Tenemos así, allende los Pirineos, dos partidos: el aragonés y el mallorquín. El rey de Francia y los templarios sostienen a este último, el uno para oponerse a las tradicionales reivindicaciones aragonesas sobre el Languedoc, y los otros porque el reino de Mallorca es obra y feudo suyo, mientras que el rey de Aragón les acaba de infligir una serie de humillaciones políticas. En 1280 tiene lugar en Toulouse el encuentro de los tres reyes. Pedro III consiente en arrancar a Sancho los infantes de la Cerda, pero es para apoderarse él mismo de ellos, pretendiendo no devolvérselos a su madre si no es a cambio del Carcassès y el Razés. Al mismo tiempo, y a través de las intrigas de que son objeto los infantes, se decide una fase decisiva de la unidad española. En efecto, el rey Alfonso X, abuelo de El Desdichado, propone desmembrar sus Estados para ofrecer a su nieto el reino de Jaén. Pero las Cortes, hostiles a dicha partición, le deponen, recurriendo el rey depuesto al sultán de Marruecos. Sancho rechaza entonces al sultán, apareciendo como el campeón de la independencia nacional y siendo proclamado rey en 1284.

El asunto, como puede verse, era de mucha importancia. Después de años de negociaciones, El Desdichado termina por renunciar a sus derechos a cambio de la suma de quinientos mil maravedises de oro que deben serle entregados por anualidades. Pero uno de los valiosos convoyes no llegó nunca a su destino: había sido atacado en el camino y el rumor público atribuyó el robo a Paul de Voisins, señor de Rennes, quien hubo de alejarse durante cierto tiempo. El Desdichado se estableció en el Languedoc, donde se convirtió en señor de Lunel, y dejó descendencia^[57].

En agosto de 1283, Felipe III el Atrevido hace una visita discreta al Razés. Su hijo, el futuro Felipe el Hermoso, que tiene entonces quince años, le acompaña. ¿Adónde van el rey y el príncipe heredero? Primero a ver a los templarios de Campagne-sur-Aude y luego a Brenac, a casa de los A Niort. Durante su estancia allí, el príncipe Felipe, que era, sin embargo, la frialdad personificada, trabó estrecha amistad con los dos jóvenes señores de A Niort:

Ramón y Udaut^[58].

De este viaje surgió evidentemente la leyenda según la cual Felipe III, habiéndose enterado por su padre de un «secreto de Rennes», habría ido a descifrar el asunto sobre el terreno, muriendo después sin habérselo podido transmitir a Felipe el Hermoso. También esta vez es comprensible que las imaginaciones se hayan desbordado, ya que el viaje del rey al Razés es bastante insólito. ¿Qué demonios iba a buscar entre los templarios de la humilde encomienda de Campagne, en el otro confín de su reino, cuando la Orden de los Templarios tenía en el mismo París su sede y sus

archivos? ¿Y por qué esa visita a los A Niort que, aunque de buena familia, estaban lejos, sin embargo, de pertenecer a la alta nobleza y cuya influencia, al menos en apariencia, iba decayendo en la región?

«Después de la cruzada contra los albigenses —hace constar el historiador Louis Fédié—, la familia de Voisins es la única que desempeña un papel en el Razés».

Señores de Rennes de padres a hijos desde entonces y durante mucho tiempo después, los Voisins habían de desempeñar un destacado papel en acontecimientos que tienen para nosotros un gran interés. En 1285 muere Felipe el Atrevido; Felipe el Hermoso sube al trono, y su joven amigo Udaut d'A Niort es admitido en la Orden de los Templarios en Campagne.

1285 es también el año en que Pierre III de Voisins, nieto del compañero de Montfort, hace venir a sus tierras del Bézu a los templarios de la provincia del Rosellón. El Bézu, que en tiempos de los celtas había albergado un templo dedicado a Bel, dios solar, y que en los antiguos mapas se llama Albedunum, la Fortaleza Blanca, hállase situado en la meseta del Lauzet. Los templarios del Rosellón atraviesan en aquellos momentos una situación difícil en su propio país, del que hasta entonces habían sido dueños, inspirando toda la política del soberano, el rey Jaime I de Mallorca. Pero Pedro III de Aragón, hermano de Jaime, acaba de invadir el Rosellón, de obtener el homenaje de su hermano y, bajo la influencia de los dominicos, de infligir a los templarios varias afrentas. Al abandonar su casa catalana del Mas Deu para establecerse en Francia, en el Bézu, en tierras de Pierre de Voisins, ¿llevaban acaso consigo los templarios del Rosellón sus documentos confidenciales, sus reservas monetarias, los fondos considerables que les habían confiado las familias del partido mallorquín, y quizás el tesoro del reino de Mallorca? Hay eruditos calificados que se inclinan a creerlo así^[59].

El viernes, 13 de octubre de 1307, son detenidos todos los templarios del reino de Francia. Comienza un drama del que todos conocen, desde que iban a la escuela, los protagonistas: el rey Felipe el Hermoso, el Gran Maestre Jacques de Molay y el Papa Clemente V, cuyo verdadero nombre era Bertrand de Goth. Lo que sí es menos conocido es que este último, por su madre Ida de Blanchefort, era resobriño de Bertrand de Blanchefort, el Gran Maestre de los templarios que 150 años antes había hecho explorar las minas de su tierra natal por los famosos fundidores alemanes^[60]. Otro hecho muy digno de ser recalcado: ninguno de los templarios del Bézu fue detenido.

En 1310, Felipe el Hermoso envía al Razés a su chambelán, el célebre Enguerrand de Marigny, con la misión de apoderarse de todas las reservas pertenecientes a los templarios, lo cual en general consiguió. Pero, cosa extraña, nada pudo cogerles a los templarios del Bézu. Cinco años después, Marigny era ahorcado de resultas de un proceso dudoso. En 1319, trece de los templarios del Rosellón desaparecieron misteriosamente uno tras otro^[61]. Quizá los templarios del Bézu habían podido probar que no eran poseedores sino solamente depositarios de los

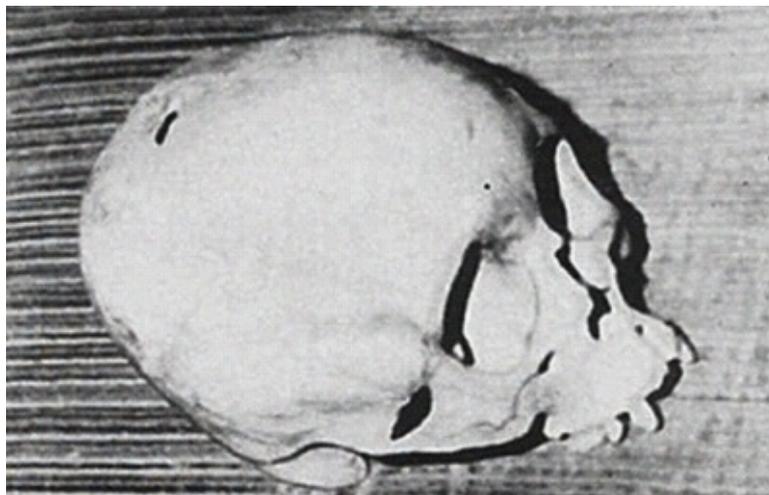
fondos que tenían en su poder; puede ser que este argumento fuese invocado por los propios depositarios; es posible, por último, que los agentes del poder real no hallasen nada porque todo había sido escondido en un lugar muy seguro. No olvidemos que en el Bézu los templarios estaban en las tierras de los Voisins. ¿No pondrían éstos a buen recaudo por su propia cuenta las riquezas amenazadas de incautación? Ello parece bastante verosímil a juzgar por los hechos que habían de ocurrir en el Bézu unos treinta años después.

En 1340, los agentes de la senescalía real se presentan en el castillo del Bézu para detener a dos caballeros, Guilhem Catala y Pierre de Palajan de Coustaussa, convictos, en efecto, de haber «por varias veces, en el Bézu y fuera de él, fundido y acuñado moneda falsa» con la complicidad de dos damas, Agnès Mayssène, de Caderone, y Brunissende de Gureyo. Cogidos *in fraganti*, los culpables no se andan con chiquitas; envían al otro mundo a uno de los que han ido a descubrirles, Guillaume Servin. Pocas cosas se saben acerca de Pierre de Palajan y de Agnès Mayssène. Por el contrario, Guilhem Catala no era un personaje cualquiera; era el propio sobrino de Jacques Fournier, es decir, del Papa reinante Benedicto XII, al mismo tiempo que yerno del señor de Rennes, Jacques de Voisins, cuya esposa no era otra que Brunissende de Gureyo^[62]. Cuatro años después, los culpables fueron perdonados^[63].

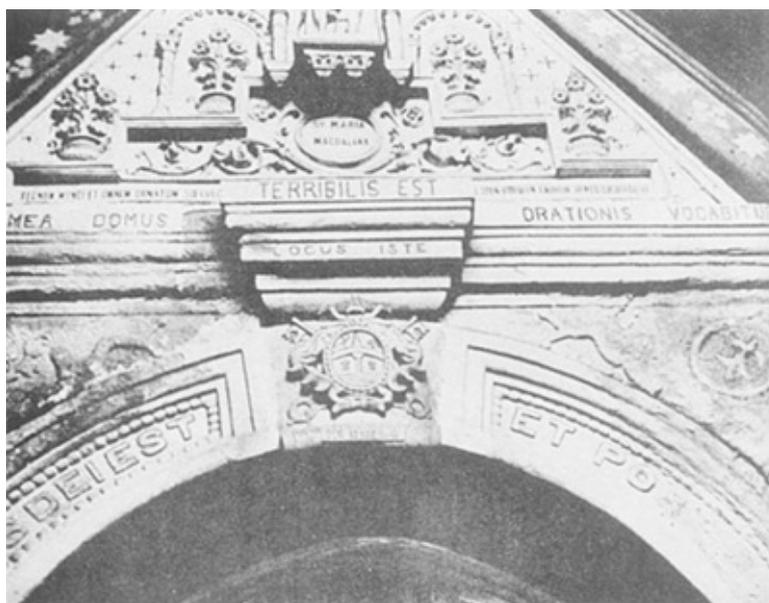
En aquel entonces, acuñar moneda falsa podía significar dos cosas diferentes: o poner en circulación una moneda baja de ley, más pobre en metal de lo que exigían las leyes, o bien acuñar moneda de buena ley pero sin tener derecho a fabricarla. Ahora bien, en el momento en que se sitúa el acontecimiento de que hablamos, nadie tenía ya derecho a acuñar moneda «si no era por autorización del soberano pontífice o de otro soberano». Los Voisins, que debían su auge a los Monfort, ¿acuñaban su «moneda falsa» con el asentimiento del rey de Francia, Felipe VI de Valois, quien sostenía entonces contra los ingleses las pretensiones de Jean de Montfort a la sucesión de Bretaña? Es dudoso, ya que en este caso no hubieran sido perseguidos por los agentes del poder central. ¿Hacía Guilhem Catala lo mismo con la bendición de su tío el Papa? Es posible que desde aquella época la Santa Sede se interesase por el oro de Rennes. Pero, sea como sea, para acuñar moneda hace falta metal. ¿De dónde provenía el que los Voisins transformaban en moneda sonante? ¿Y por qué correr tan grandes riesgos en lugar de vender el metal en estado puro? Porque, con seguridad, por una u otra razón la procedencia y factura de dicho metal no podían ser divulgadas. En otros términos; la fabricación de la moneda falsa del Bézu permitía devolver el problema que había de plantearse, mucho después, a Bérenger Saunière: ¿cómo negociar un tesoro sin revelar acto seguido su existencia? Este problema no tiene más que una solución: fundir el metal.

En 1352, el joven rey de Aragón y Castilla Pedro I, a quien pronto se dará el sobrenombre de el Cruel, contrae matrimonio con Blanca de Borbón, cuñada del delfín de Francia, el futuro Carlos V. Su madre ha impuesto al joven rey ese

matrimonio político, pero el monarca de quien está enamorado es de la bella Juana de Castro. A diferencia de muchos otros, Pedro no puede resignarse a repartir su amor, ni siquiera en apariencia. Apenas transcurridos tres días de la boda, hace encerrar a Blanca en un convento de Medina y a continuación, a pesar de todas las amonestaciones, vive sin esconderse con aquella a quien ha elegido. Tomando por pretexto su mala conducta, la reina madre subleva contra él a sus dos hermanos, Sancho y Enrique de Trastámara. Pero la conjura fracasa. En 1361, Trastámara huye a Francia, acompañado de su terrible soldadesca aragonesa, y pone sitio a Rennes-le-Château. La ciudad baja ya no existe: los Aragous la habían destruido hacía ya doscientos años durante una incursión. Pero los Voisins han reconstruido las fortificaciones de la ciudad alta, como convenía a la cabecera de sus importantes dominios. La soldadesca saquea el convento de hombres, bombardeando luego con la artillería una torre que albergaba el polvorín; la explosión abre en la muralla una brecha por la que se introducen, dedicándose entonces a demoler piedra a piedra la iglesia de San Juan Bautista. Según la tradición, buscaban allí un valioso depósito, y agrega que la iglesia tenía una trampa y que una losa móvil precipitó a quince de los demasiado curiosos asaltantes en un subterráneo en el que se rompieron los huesos. Por último, tuvo lugar el saqueo, la destrucción y la degollina, que había de ser agravada por la peste. Desde aquel día, la opulenta Rennes quedará reducida a una aldea.



Craneo con perforación ritual hallado en la iglesia de Rennes-le-Château.



Rennes-le-Château: Tímpano de la Iglesia de Santa María Magdalena: «Este lugar es verdaderamente terrible».

Para hacer callar a las malas lenguas, Pedro el Cruel pretende que su esposa le engañaba con su propio hermano Federico^[64] y hace ejecutar a éste. En cuanto a la pobre Blanca, había de morir en 1362, en su prisión. No se sabe si pereció envenenada o asfixiada bajo la almohada, como Desdémona.

No obstante, el Papa y el rey de Francia apoyan las pretensiones de Trastámara al trono de Castilla. El pretendiente vuelve a atravesar los montes con su soldadesca, ayudado por Duguesclin, quien había reclutado para aquella campaña a muchos señores occitanos cuyas familias, cátaras, habían sido arruinadas cuando la cruzada. Pedro ha de huir, siendo proclamado rey Trastámara, pero la victoria de éste es efímera; Pedro, ayudado por los ingleses del Príncipe Negro, derrota a su rival. Trastámara se refugia de nuevo en Francia, pero su soldadesca había dejado tales recuerdos en este último país, que es acogido fríamente. Todo lo que puede obtener del rey es un asilo en el castillo de Peyrepertuse, donde vivirá varios años con su esposa, Juana de Peñafiel, y los hijos de ambos. Así, pues, la melancólica reina de Castilla que fue a Peyrepertuse...

Pleurer comme Diane au bord de ces fontaines
Son amour solitaire et toujours menacé^[65]

no se llamaba Blanca sino Juana. Tal y como ocurre muchas veces, la memoria popular ha fundido en uno solo varios personajes relacionados con los mismos lugares o con los mismos acontecimientos, prestando complacientemente a Juana de Trastámara el nombre y las conmovedoras desventuras de Blanca de Borbón y sin duda también de Blanche de France. Pero aquí la historia parece complacerse

perversamente en jugar con el mito. A los caballeros de origen cántaro que acompañaron a Duguesclin a Castilla se les llamaba los moundis, es decir, los puros; para el pueblo eran la gent blanco, y para sus enemigos la «Compañía Blanca», por llevar en la chupa la cruz blanca que llegará a ser más tarde la del partido Armagnac. Por último, es cerca de la frontera aragonesa, en un «Castillo Blanco» de cuya situación no se dan más datos, donde Duguesclin se reúne con Trastámara:

C'estoit le roi Henri tout droit au Chastel Blanc Qui de son héritage li fust appartenant... [66]

Pedro I de Castilla, el aliado del Príncipe Negro, no mereció ni más ni menos que otros el sobrenombre de Cruel con que le ha estigmatizado la Historia, pero era refinado e instruido y sentía curiosidad por las ciencias en general y las ciencias ocultas en particular; le gustaba rodearse de consejeros judíos y árabes, lo cual bastaba para que le acusaran de practicar la magia. En la memoria, siempre maniquea, del pueblo, esta página de historia se ha convertido así en fraticida partida de ajedrez, en la que Pedro el Cruel hace el papel de Rey Negro y Enrique de Trastámara el de Rey Blanco. Y como Juana de Castro es la Reina Negra, Juana de Peñafiel tenía que ser la Reina Blanca.

Pero ¿quién puede separar, en los mitos, la parte espontánea y la parte elaborada de propósito, la del pueblo y la de los artistas? La imaginación simbólica es una y sus procedimientos en todas partes los mismos. La fusión de dos personajes en uno solo y la oposición simétrica de los héroes no son monopolio del folklore: aparecen también en la pluma de los poetas. Así, Walter Scot había de prestar a El Desdichado los rasgos de Ricardo Corazón de León y hacer de él el Caballero Negro opuesto al Caballero Blanco del Temple. Igualmente, por boca de Nerval, El Desdichado pudo definirse así:

Je suis le ténébreux, le veuf, l'inconsolé, Le prince d'Aquitaine à la tour abolie... [67]

Al término de esta explotación en la Historia, en la leyenda y en la mutua articulación de ambas, podemos atrevernos a resumir y situar el problema:

1.º Existe desde la Edad Media una tradición según la cual un tesoro (o varios tesoros, uno tras otro) fueron escondidos en los alrededores de Rennes.

2.º Esta tradición no es absurda, pues coincide con ciertos hechos bien demostrados y ciertas probabilidades: presencia (probable) de un tesoro visigótico en Carcasona, existencia de una mina de oro en Blanchefort, explotación de dicha mina en la Edad Media, depósito (probable) de los fondos del partido mallorquín, fabricación de moneda falsa en el Bézu y descubrimiento de importantes cantidades de oro fundido en el siglo XIX.

3.º Sin embargo, no existe ningún documento antiguo y demostrativo que nos permita pasar de las hipótesis a la certeza.

Si consideramos ahora esta tradición en su aspecto de mito, su temática es más rica en enseñanzas:

El oro de Rennes se nos da como un depósito inestimable, de origen misterioso, que ha desempeñado o está destinado a desempeñar un papel político de gran importancia y perteneciente a una colectividad: Estado, Iglesia, Orden religiosa o partido. Dicho oro suele aparecer ligado al tema de la expoliación: la Iglesia cátara, las familias faydites, como la de A. Niort, Blanca de Borbón, los templarios, El Desdichado. En todos los casos trátase de personas de alto rango cuyos derechos legítimos (de herencia o de sangre) han sido violados.

De otro lado, las diversas versiones de la tradición, históricamente contradictorias, son mitológicamente convergentes. Poco importa, desde el punto de vista temático, que el tesoro sea atribuido unas veces a Blanca de Castilla, madre de Luis IX, y otras a Blanca de Borbón, reina de Castilla; que esté situado en Blanchefort o en el Bézu. En efecto; el antiguo nombre del Bézu, Albedunun, se traduce exactamente por Blanchefort: el tesoro, muy poéticamente, comparte así la ubicuidad del «castillo blanco» que lo guarda. Y lo mismo que el análisis de un sueño hace aparecer con frecuencia el nombre de un lugar disimulado tras el de un personaje, Blanca de Castilla puede muy bien ser en este caso una simple metáfora de Castillo Blanco. Por último, en el Bézu lo mismo que en Blanchefort, el tesoro es el de los «blancos»: albigenses, Mantos Blancos o Reinas Blancas. Y como para mejor hacer resaltar esta blancura, la leyenda, utilizando con mucho arte paisajes y acontecimientos, la hace destacarse sobre fondo negro: es Blanchefort opuesto a Roco Negro, la Rennes de arriba a la Rennes de abajo, el Rey Blanco al Rey Negro, el Diablo a la Pastora. Esta bipolaridad nos lleva, según el giro que toman la reflexión y la divagación, a la balza o beuceant (el enigmático estandarte blanco y negro de los templarios), al tablero de ajedrez (al mismo tiempo escenario de un combate y pauta para descifrar un problema), al dominó (que es juego a la vez que disfraz); en resumen, a todo lo que simboliza la unidad indisoluble de los contrarios, la de la inteligencia clara y la imaginación nocturna. Así, es de su dialéctica de donde la leyenda saca su atractivo.

El oro de Rennes es también, por su origen, el oro de los Muertos: oro de los reyes visigodos a quienes se enterraba con su tesoro, oro de los cátaros o de los templarios arrojados a la hoguera, oro de las reinas muertas en calabozos, oro custodiado por el amo del infierno o por esqueletos.

Por último, dicho oro sólo ha sido visto por jóvenes pastores, símbolos de inocencia. Este último elemento del tema legendario no es el menos interesante, puesto que con él se opera en la imaginación popular como una transmutación del metal oculto en un tesoro espiritual.

A este respecto, Bérenger Saunière constituye una excepción. Ciertamente él era pastor, pero había perdido muy pronto el espíritu infantil y olía un poquito a azufre. Y cuando hubo descubierto el oro de los Muertos no pudo contenerse de borrar, con encarnizamiento de culpable, la inscripción que sobre una tumba evocaba la inocente Arcadia...

Pero aún no hemos terminado del todo con la mitología de Rennes. Dentro de este concepto incluiremos, a falta de haber podido disipar las incertidumbres que envuelven sus fuentes y designios, dos obras muy singulares publicadas estos últimos años en Ginebra con una tirada muy pequeña y cuyos autores se disimulan bajo seudónimos evidentemente simbólicos. La primera, aparecida en 1956 con la firma de Henri Lobineau, se titula *Généalogie des rois mérovingiens et origines des diverses familles françaises et étrangères de souche mérovingienne d'après l'abbé Pichon, le docteur Hervé et les parchemins de l'abbé Saunière, de Rennes-Le-Château (Aude)*. La segunda, aparecida en 1963, se titula *Les descendants mérovingiens ou l'énigme du Razès wisigoth*; firmada por Madeleine Blancasall, ha sido traducida del alemán por Walter Celse-Nazaire.

La tesis expuesta en estas dos obras es, por lo menos, sorprendente. Según los autores de las mismas, el linaje del último rey merovingio, san Dagoberto II, asesinado en el bosque de Woëvre, cerca de Stenay, el 23 de diciembre de 679, no se extinguió. En efecto; según dichos autores, su hijo Sigeberto IV (a quien la mayoría de los historiadores consideran asesinado al mismo tiempo que su padre) se refugió en Rhedae, donde tomó el título de conde del Razés, dejó descendencia, murió y fue enterrado, en el 758, en la iglesia, bajo la losa llamada du Chevalier. Dicho Sigeberto IV es quien, al parecer, hizo grabar cerca de Rennes, sobre el menhir del Cap de l'Homme, la imagen de su padre que, en efecto, es presentada a veces en la región como la de san Dagoberto.



Rennes-les-Bains: La cabeza llamada de san Dagoberto. El cráneo tiene una perforación ritual, para impedir que vuelva el personaje.

Nada hay tan oscuro y mal conocido como la historia de los últimos merovingios. Lo mismo que su origen extraordinario, la desaparición de los reyes de la primera dinastía sigue estando rodeada de misterio. Es la época de los golpes de teatro: crímenes, raptos, sustituciones de niños, reyes a quienes se proclama, se destrona y reaparecen repentinamente, genealogías inextricables. Los eruditos han elucidado recientemente las relaciones que existían en aquella época entre la región Rin-Mosa, punto de partida de la expansión merovingia, y las comarcas de Aude. El descubrimiento, en cementerios merovingios tanto de Lorena como cerca de Castelnaudary, de cráneos agujereados ritualmente, ha ilustrado dichas relaciones. Ya la toponimia las dejaba adivinar: así, por ejemplo, a Issel y La Sals, en el Aude, corresponden el Issel y la Sala de la región de Güeldres, de donde partieron los francos salios.

Sea lo que fuere, por la gracia de autores modernos y confidentiales, el tesoro multiforme de Rennes se enriquece con un nuevo aspecto: no es ya solamente el oro oculto sino la sangre oculta, se convierte en tesoro dinástico y reaviva un mito cuyo

papel político, en diversos momentos de nuestra historia nacional, estuvo lejos de ser desdeñable: el mito del Rey Perdido.

A partir del siglo xv, el Razés parece perder la memoria de su aventurero pasado; éste casi no se refleja ya más que en el empañado espejo de la tradición, y la propia tierra va echando poco a poco sobre sus antiguos secretos un grueso manto de maleza. No obstante, en torno a esta tierra siguen tramándose alianzas e intrigas y despertándose codicias que todavía hoy actúan.

La casa de Hautpoul es una de las más antiguas e ilustres de las tierras de Oc. Llamábase a sus autores los Reyes de la Montaña Negra, pues allí está su cuna, dominando el bosque de Nore, y allí pueden verse las ruinas de su primer castillo cerca de una gruta en la que un hada, según se dice, se pasa el tiempo peinándose, como María Magdalena, los largos cabellos con un peine de oro fino.

Raimond d'Hautpoul, primer miembro conocido de la familia, vivía a principios del siglo x; en 1098, Pierre-Raimond d'Hautpoul se hallaba en el sitio de Antioquía al lado del conde de Toulouse Raimond de Saint Gilles cuando éste descubrió como por milagro la Santa Lanza. Cuando la cruzada albigense, los Hautpoul fueron despojados de los cuatro castillos de aspecto y nombre mágicos que velan sobre el agreste cañón del Orbiel: Cabaret, Quertinheux, Tour Régine y Fleur Espine.

Pero he aquí que en 1422 el jefe de la rama primogénita, Pierre-Raimond d'Hautpoul, contrae matrimonio con Blanche de Marcafava, hija y heredera de Jacques de Voisins, barón de Rennes. Este matrimonio inaugura entre ambas familias, antaño enemigas, una larga serie de alianzas que hacen de los primogénitos de Hautpoul los sucesores de los Voisins en Rennes. En 1489, Bernard d'Hautpoul casa con Isabelle de Voisins, y es a Marguerite de Voisins a quien François-Pierre d'Hautpoul tomará por esposa a comienzos del siglo xvii. En 1752, a la muerte de François d'Hautpoul, la sucesión recae en hembra.

A este François d'Hautpoul, barón de Rennes, señor de los Bains de Rennes, de Montferrand y del Bézu, se le designa también como marqués de Blanchefort. Dicho sea de paso, este título, que antes que él había llevado su tío Louis, muerto en 1684 sin descendencia, da motivo para sorprendernos, pues se hallaba simultáneamente en la casa de Créqui, a la que ninguna alianza, que nosotros sepamos, unía a la de Hautpoul.

En 1732, François d'Hautpoul había casado con Marie de Negri d'Ables. Por este matrimonio entraba en la viudedad de los Hautpoul lo poco de las antiguas heredades de los A. Niort que aquellos no tenían ya por conducto de los Voisins. En efecto; los Negri, venidos de España en el siglo xiv, habíanse aplicado pacientemente a reunir dichas heredades, especialmente la de Ables, cuyo nombre habían tomado. François d'Hautpoul dejaba, al morir, tres hijas a su viuda: la mayor, Marie, casó con su primo Hautpoul-Félines; la segunda, Elisabeth, vivió y murió en Rennes sin haberse casado; la más joven, Gabrielle, contrajo matrimonio con el marqués de Fleury.

Pero los árboles, aunque sean genealógicos, no deben impedirnos ver el bosque.

De estos fastidiosos parentescos retengamos simplemente lo siguiente: a partir del siglo xv, todas las tierras en las que habían tenido lugar los extraños acontecimientos que hemos dado a conocer al lector son, a fuerza de perseverancia, reunidas en las mismas manos. De los Voisins pasan a los Hautpoul-Blanchefort y luego a los Fleury, tres nombres que acaban por no constituer más que uno^[68].

En 1644, François-Pierre d'Hautpoul, barón de Rennes, había hecho testamento, uniendo al mismo archivos que justificaban, desde el siglo xi, la transmisión de los feudos y títulos que poseía. El conjunto había sido registrado el 23 de noviembre en casa de Maître Captier, notario de Esperaza. Pero resulta que al morir el barón de Hautpoul sus herederos no pudieron enterarse ni del testamento ni de los documentos; todo había desaparecido misteriosamente.

Coinciden los tiempos de que hablamos con un renovado interés por parte del poder real hacia las minas del Razés. «*Monsieur Colbert* —escribe el intendente De Basville— suministró en 1692 a una compañía lo necesario para explotar dichas minas; incluso llevó allí a unos suecos con dicho fin. Pero sus desvelos sólo tuvieron por resultado el descubrimiento de algunas venas de cobre que desaparecieron en poco tiempo sin llegar a cubrir, ni muchísimo menos, los gastos de tal descubrimiento».^[69]

En 1695 muere el nieto de François-Pierre, Henri d'Hautpoul, barón de Rennes, dejando cuatro hijos, Blaise, Charles, François y Joseph, así como su testamento. Y, contrariamente al derecho de primogenitura que tenía entonces fuerza legal, es François quien, aun no siendo más que el tercero, se establece en la casa solariega de Rennes, regenta como dueño las tierras familiares y adopta, como hemos visto, el título insólito de marqués de Blanchefort. Aún más; se queda con el testamento paterno negándose a enseñárselo a nadie durante cuarenta y ocho años. A este conjunto de anomalías se une otra, más sorprendente todavía: en la familia, nadie protesta.

Ciento treinta años después de su misteriosa desaparición, en 1780, el testamento de François-Pierre d'Hautpoul reaparece, no menos misteriosamente, en manos de otro notario de Esperaza, Jean-Baptistes Siau. Sabedor de ello, Pierre d'Hautpoul, señor de Serres, pide se le comunique su contenido, recibiendo entonces del notario la sorprendente respuesta escrita que citamos a continuación: «Sería una falta de prudencia por mi parte desprenderme de un testamento que puede tener tan grandes consecuencias». Después vuelven a desaparecer los documentos. «¿Qué ha sido de este documento? —se pregunta Descadeillas en su obra: *Rennes et ses derniers seigneurs*—. En vano se buscaría hoy, pues se redactó en brevet^[70] y, por lo tanto, nunca figuró en los archivos del notario que lo conservaba. Y, sin embargo, dicho documento nos libraría de la incertidumbre que reinará durante mucho tiempo todavía sobre bastantes puntos de la genealogía de los Hautpoul^[71]».

De hecho, en diciembre de 1780 el notario Siau había entregado los célebres papeles a Marie de Negri d'Ables, viuda de François d'Hautpoul-Blanchefort, quien a

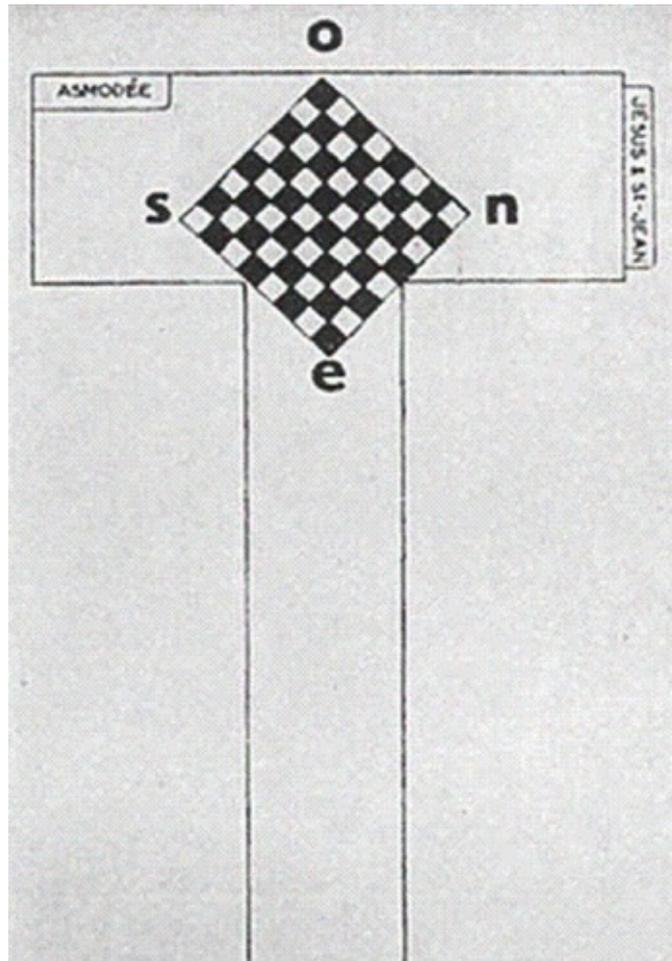
su vez los había confiado, en enero de 1781, el padre Antoine Bigou, párroco de Rennes-le-Château, que era al mismo tiempo capellán suyo^[72]. Cuando Marie de Negri d'Ables falleció, la costumbre hubiese exigido que los papeles de la familia se entregaran a su hija mayor Marie, para que pasasen a los Hautpoul-Félines. Pues bien; dichos papeles, o por lo menos algunos de ellos, permanecieron en manos de Elisabeth, la segunda hija que se quedó soltera y que, acosada a demandas e incluso a procesos por sus hermanas y cuñados, se negó hasta el fin a comunicar la totalidad de los mismos, subrayando que había «que hacer descifrar y distinguir lo que era título de familia y lo que no», y pretextando que no podía abrir sus cofres por temor a que se extraviase algún valioso documento.

Tampoco nosotros nos encargaremos de explicar por qué el título de Blanchefort pasó, no a la hija mayor de François d'Hautpoul, Marie, casada con su primo Hautpoul-Félines, sino a la más joven de sus hermanas, Gabrielle, quien lo hizo valer por su esposo Paul-François-Vincent de Fleury.

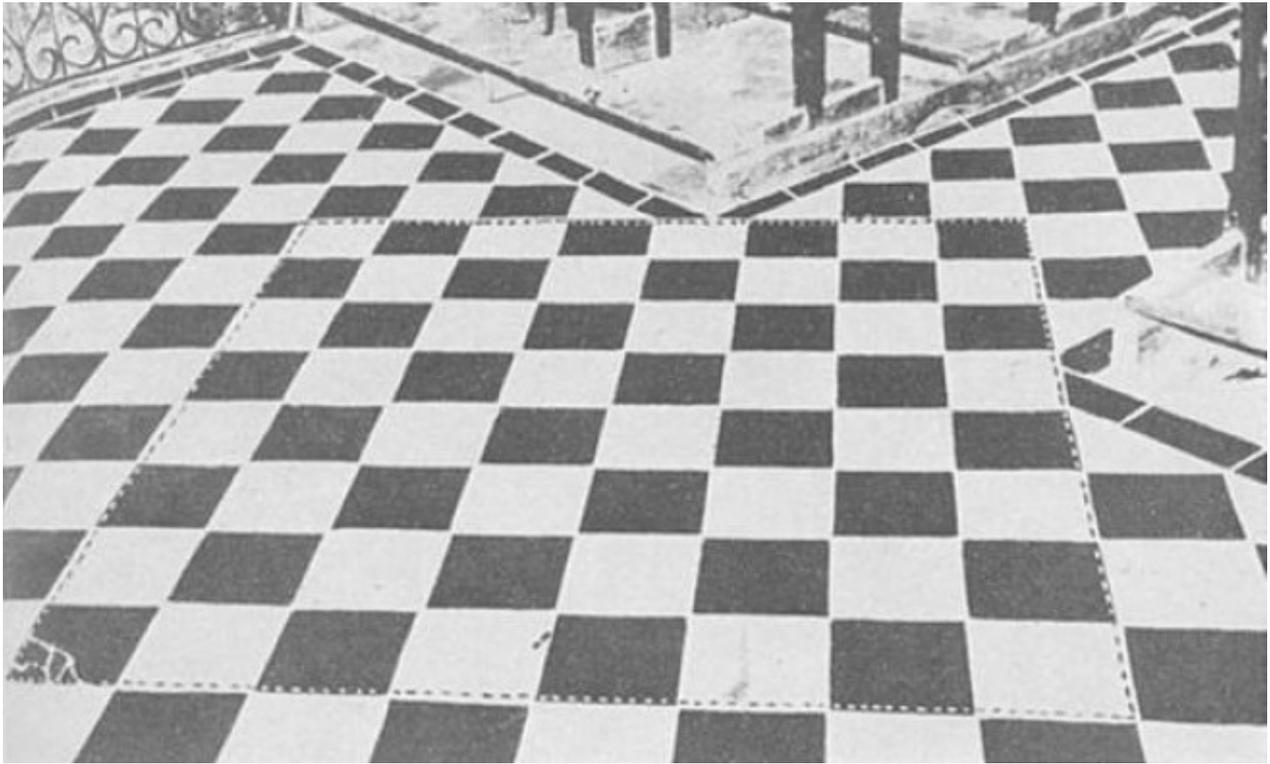
Este último había heredado, por su citado matrimonio, las minas de Roco Negro y del Cardou, cercanas a Rennes. Y he aquí que en 1782 llega a Rennes, procedente de Ruán, un tal Dubosc, quien, sin pedir la menor autorización al marqués de Fleury, hace abrir de nuevo dichas minas. Cuando Fleury protesta, Dubosc, ya concesionario de otras minas de la región, declara que obra en virtud de una orden del rey, quien le ha conferido el privilegio de la explotación. Y, de hecho, la Intendencia del Languedoc sostiene su causa. También en este caso hubo proceso. El marqués de Fleury terminó por ganarlo y obtuvo el privilegio por su propia cuenta, pero era ya 1789...^[73]

Tantos testamentos escamoteados, tantos misterios y litigios pueden hacer pensar que había, en efecto, en la casa de Hautpoul algún secreto «de grandes consecuencias». ¿Era el secreto de un valioso depósito? ¿El de una ascendencia imposible de revelar? ¿Acaso las dos cosas a la vez? En todo caso, de haber secreto, sus últimos depositarios legítimos no pudieron ser otros que Marie de Negri d'Ables, su hija Elisabeth y su capellán Antoine Bigou. Marie de Negri d'Ables, señora d'Hautpoul de Blanchefort, murió en su casa solariega de Rennes, a los sesenta y siete años de edad, el 17 de enero de 1781, por lo menos si hemos de creer lo que dice el epitafio, epitafio que el padre Antoine Bigou puso tanto cuidado en componer como Bérenger Saunière, cien años más tarde, iba a poner en borrarlo. Cuando se sabe que empleó en ello dos años, se queda uno sorprendido leyendo ese extraño texto, desprovisto de sentido aparente, en el que cada línea presenta faltas o anomalías y en el que los propios nombres de una dama tan ilustre aparecen con dos mutilaciones.

En agosto de 1792, el padre Bigou se negó a prestar juramento a la República. En setiembre del mismo año emigró clandestinamente a España, a Sabadell, al mismo tiempo que monseñor de la Cropte de Chanterac, obispo de Alet, el padre Cauneilles, párroco de Rennes-les-Bains y otros sacerdotes. Murió dos años después.



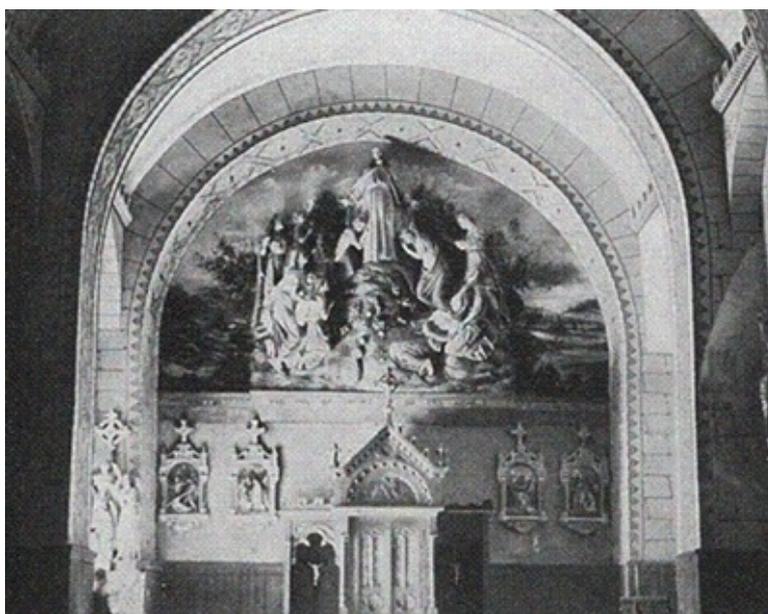
Iglesia de Rennes-le-Château: El tablero de ajedrez (estado primitivo).



El tablero de ajedrez (estado actual). La rotura y los dos escaloncitos determinan un ajedrez y uno sólo.

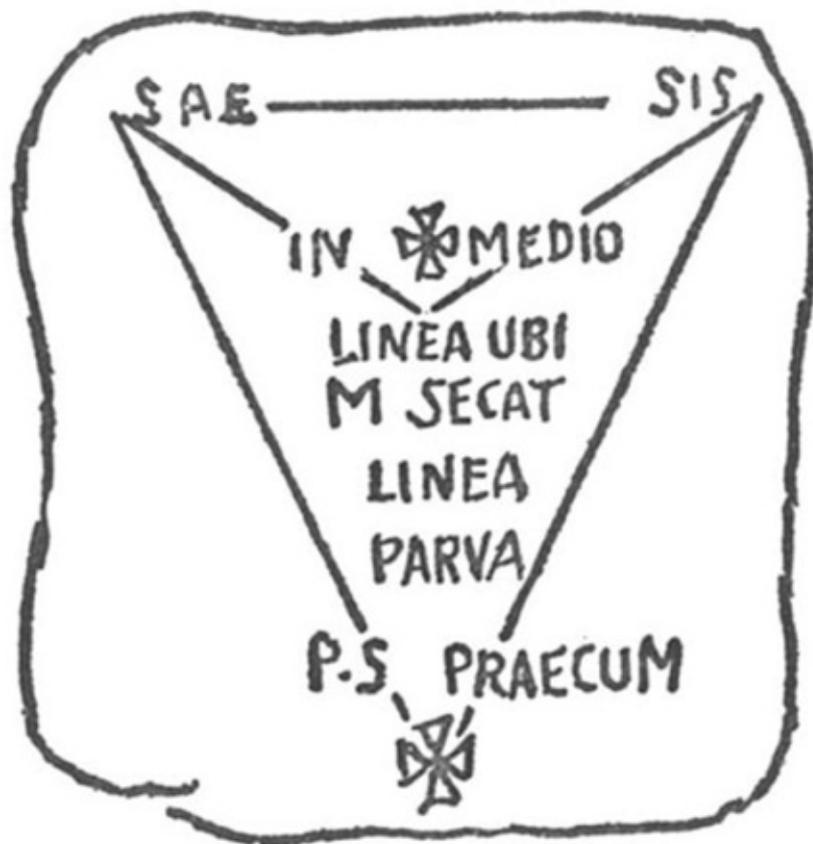


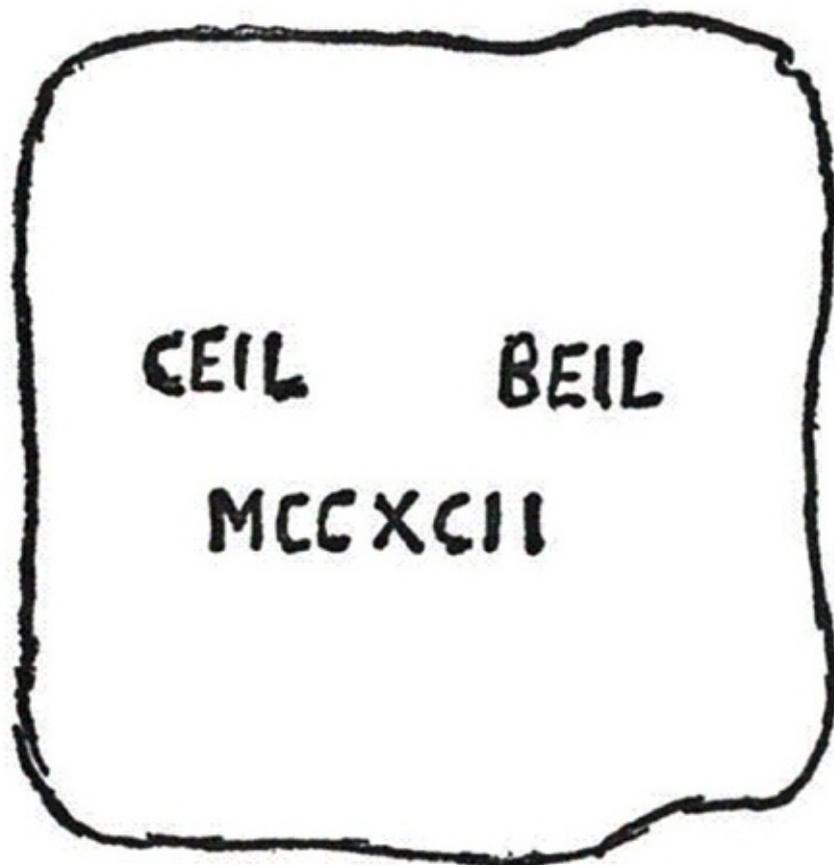
Iglesia de Rennes-le-Château: el jeroglífico de Magdalena, *jais, dé, nez, nid*.



Iglesia de Rennes-le-Château: la oveja perdida y el terreno Fleury.

El marqués de Fleury tomó también el camino del exilio. Créese que fue él quien, antes de su partida, había hecho grabar otra losa que se había de descubrir más tarde, por casualidad, enterrada bajo una encina, perdiéndose de nuevo para ser hallada otra vez en 1928, oculta en el hueco de una roca en Coumesourde, cerca de Rennes-les-Bains.





La losa de Coumessourde (tomado de Ernest Gros).

Era también una losa extraña.

«Allí donde la historia calla, las piedras hablan», dice un proverbio que gustan de citar los arqueólogos. En Rennes las piedras hablaban con palabras embozadas. Es de creer que, al parecer de algunos, aun decían demasiado, puesto que no ha faltado quien se empeñase y quien se sigue empeñando todavía en hacer callar para siempre tanto a las piedras como a los hombres que han sabido recoger sus confidencias.

LOS BARBEROS DE MIDAS

«En materia de lectura, la atención consiste en penetrar el sentido de las palabras hasta la capa profunda de la etimología y del misterio de hablar: éste es el primer principio del arte de leer. El segundo depende de la memoria: hay que conservar los significados descubiertos con el fin de asociarlos según su lógica, sin dejar perderse ninguna de las posibilidades de razonamiento que existen en ellos».

Dominique Aubier

(Don Quichotte, prophète d'Israel).

«El lenguaje es el lugar de las revelaciones, la parte del espacio donde la verdad se manifiesta y se enuncia».

Michel Foucault

(*Les mots et les choses*).

Los descubrimientos de algún pesó modifican siempre profundamente el universo mental de los que los hacen. Y con mayor razón el autor de un hallazgo pasmoso se verá, si no puede revelarlo, prisionero de una contradicción casi insoportable entre el orgullo que le impulsa a darle publicidad y el temor que le obliga a callárselo. Imaginémoslo, obsesionado durante toda su vida por lo que ha visto, que era quizás espantoso pero de lo cual no puede liberarse ante nadie. La Fábula, desde lo más profundo de los tiempos, nos ha hecho sentir su situación: es la del barbero de Midas. Éste, habiendo descubierto que su amo ocultaba bajo el gorro sus orejas de asno, confió su secreto a la tierra tras haber abierto un agujero que se apresuró a rellenar. Pero en aquel sitio nacieron unas cañas que al menor soplo del viento difundían su indiscreción. Para un hombre así, la única solución sería, pues, Hablar teniendo cuidado de que no se le pueda comprender o hacerse comprender cuidando de no hablar. Pero para hacer esto el lenguaje común no sirve para nada; habrá, por lo tanto, de forjarse otro lenguaje, crear un mar para lanzar a él sin demasiado riesgo el mensaje que tiene en botella. Es decir, que si ignorase el hermetismo tendría que inventarlo de nuevo.



JESVS EVRGO ANTCES EXATPES PASCS HA EYENJTTE THTHANTACORRAT
 JYKRAOTIAZA VVJOKTYVVJYVEOMJVSCTYAVITIYESVJFEACERVNT
 LAVICOMTTCAENAPOMTETETOMARTHAHOMINISTRABATTEBZARVJJO
 YKOVNXVSEKATTEADTSCOUMLENTATLVS CVJOMARTALERGOACBCEP
 TILKTBRAOMYNGENTTJNARATPFJTSTICIPRCTIOVSTETVNEXTTPE
 APRESTERVAETCXTEJRSITCAYPITRTS NSVJPEPDESCERTPTETAOMBESTO
 PLFITAEESTEEXVNGERTNTTODAEEREDIXALTERGOVRNVOMEKAGTSCTPVHL
 TSETVTXTVDAACARJORTISYVYERATCVHOMTRADTTVHVVSQTVARHOCVNV
 HENVTUONONXVENVTITGRECENPATSDENARVJSETDADA TUMESGTE
 GENTCS? AIXTNVFCOMHOECNONVJSTADEEGAEINTSPERRTINEBETAT
 DADVTCDEQVHGFVREIKTETLOUCVIOJHCAHENJSECAQVAEOMVTTEBA
 NONTYKPOTRABETEAXITCJRGOTESHVJSTINEPTLLAOMVNTTXDIEROS
 EPVIGTVKAEOMSEAESERVNETILLQVAPADVPJERESENHITOMJCEMPOGERHA
 BEMTTSNOHLTISCUMFOMEAUTETOMONJSEJOMPERHABEISJOGNO
 VILTEROTZVRBAOMVQLTAEXTOMVDACTSTQVUTATLOITCESTXETVENE
 ARVNTNONNPROTEPRTESUMETANTVOMJSEDEVTLVZA RVOMPUTAER
 EHVTQVOMKVSCTAOUTIACOMORRTVTS CPOGTTAVKERVNTAHVTEOMP
 RVTXCTPEJSSACEKCAOTVOMVOTETLAZGARVOMTNAATERFICTRENTQ
 LVTAOMVLUVTTPROPQTEKILHXVOMABTBGNTCXVGTAEETSNETCRCA
 DECBANTINTESVOM



JESV. MADAELA. VULNERVM + SPES. VNA. POENITENTIVOM.
 PER. MAGDALANAE. LACHRYMAS + PECCATA. NOSTRA. DILVAS.



Manuscrito I

Esta singular manera de pensar pudiera muy bien haber sido la de los sucesivos detentadores del secreto de Rennes y haberles inspirado, de siglo en siglo, la construcción de un fantástico rompecabezas ante el cual se pone uno a pensar que la célebre frase de André Bretón: «Lo imaginario es lo que tiende a hacerse real», no es más que una fórmula todavía bastante tímida. Esa es por lo menos la primera idea que acudió a mi mente el día del mes de febrero de 1964 en que, en París, me confiaron tras muchos titubeos dos documentos, jurándome que los mismos me pondrían sobre la pista del más insólito asunto que darse pudiera.

Eran las copias de dos de los pergaminos hallados por Bérenger Saunière bajo el altar mayor de su iglesia y en los que se leían dos párrafos de los Evangelios, escritos en latín. El primero, tomado del Evangelio de san Juan (xii, 1-12) es el que relata la visita de Cristo a Betania, a casa de Lázaro, Marta y María de Magdala (manuscrito I). El segundo contiene la parábola de las espigas frotadas el día del sábado judaico (manuscrito II). Aquí, como vemos, el que lo escribió se complicó la tarea, pues combinó en un solo texto las tres versiones de dicho episodio, la de san

Lucas (VI, 1-5), la de san Mateo (XII, 1-8) y la de san Marcos (II, 23-28).

Hice inmediatamente dos observaciones: en primer lugar, y a pesar de su factura arcaica, dichos documentos no parecían muy antiguos; además, uno y otro parecían cifrados: en el texto claro del primero figuran ciento veintiocho letras suplementarias cuya sucesión no ofrece sentido aparente alguno; en el segundo se ven letras fuera de su sitio, otras subrayadas por un punto, líneas más o menos largas, etc. Y, por último, en ambos aparecen unas especies de jeroglíficos que pudieran ser claves de lectura.

Ante documentos de esta especie nunca se es bastante desconfiado; yo carezco de competencia particular tanto en escrituras antiguas como en escrituras secretas.

Mi primer cuidado fue, pues, hacer someter dichos manuscritos a una doble peritación paleográfica y criptográfica.


 ET FACTUM EST EU MIN
 SABBATO SECUNDO PRIMO A
 BIREPERSCETES DISCIPULI AUTEM ILLIS COE
 PERUNT VELLERES PICAS ET FRICANTES MANTIBUS + MANDU
 CABANT QUI DA MAUTE M DEFARKISAEIS AT
 CEBANTE IECCE QUA FACIUNT DISCIPULI VISAB
 BATS + QUOD NON LICET RESPONDENS AUTEM IN S
 SETXTA DE OS NUM QUAM HOC
 LECISTIS QUOD FECIT AUT QUOD NDO
 ESURUTIPAE ET QUI CUM ERAT + INTRORIBIT IN QUAM
 DEI ET PANES PROPOSITI ONIS REDIS
 MANDUCAVIT ET DEDIT QUI BLES
 CUM ERANT QUIBUS NO
 N LICET MANDUCARE SINON SOLIS SACERDOTIBUS

(P)

Manuscrito II

Primero, los confié a *Monsieur* Debant, titulado de la Ecote des Chartes^[74], director de los archivos departamentales del Aude, quien no tuvo inconveniente en consignar sus conclusiones por escrito. De ellas resultaba: 1.º, que dichos documentos no eran, en efecto, muy antiguos; 2.º, que eran de la misma mano; 3.º,

que su autor era instruido en paleografía y epigrafía medievales, y 4.º, que había utilizado su ciencia no para cometer una falsificación que no habría podido engañar a los especialistas, sino para atraer la atención del lector por medio de anomalías voluntarias. Poco después, durante una entrevista, *Monsieur Debant* me indicó que no se podía determinar con precisión la data de aquellos manuscritos; lo único cierto es que no eran anteriores al Renacimiento.

Gracias a la condescendencia del comandante Lerville, presidente de la Asociación de reservistas del Servicio de Cifra, puse después a contribución a varios especialistas de dicha disciplina. Al mismo tiempo que los dos manuscritos, les sometí las copias de las dos losas sepulcrales y de la losa de Coumesourde, presintiendo que entre éstas y aquéllos podía existir una relación. Tras un estudio muy técnico, sus conclusiones fueron las siguientes: 1.º, los textos habían sido, en efecto, cifrados por medio de una sustitución a doble clave y luego por una transposición efectuada por medio de un tablero de ajedrez; 2.º, al cifrado propiamente dicho, el autor agregó algunos jeroglíficos, y 3.º, fueron cometidos ex profeso errores para frustrar las tentativas de descifrado lanzando a los descifradores sobre falsas pistas.

Quedaba por descubrir la identidad del maquiavélico autor de tal rompecabezas. Según el coronel Arnaud, jefe de los servicios de transmisiones del Ejército de Tierra y eminente especialista en criptografía, dicho autor era sin duda «un eclesiástico henchido de Santas Escrituras, amante del misterio y la fantasía». Dado que en uno de los manuscritos aparece el jeroglífico PS que figuraba en la losa sepulcral de la marquesa de Blanchefort, creemos que se puede, sin gran riesgo de equivocarse, poner bajo todos estos textos una misma firma: la del padre Antoine Bigou^[75].

Pero allí donde Antoine Bigou no había hecho, en resumen, otra cosa que ejercer (cierto que de modo insólito) el arte de la criptografía, un hombre, después de él, había de concebir y poner en práctica una empresa verdaderamente fantástica: tras haber disfrazado un atlas de tratado de lingüística, este hombre había de alterar todo el paisaje que rodea Rennes-les-Bains.

Y, sin embargo, en apariencia, dicho hombre era un hombre completamente corriente. Henri Boudet había nacido en 1837 en Quillan, de una familia pobrísima. Dotado de una inteligencia excepcional, pronto llamó la atención de un rico eclesiástico, el padre De Cayron, quien le pagó todos los estudios^[76]. Henri Boudet entró joven en el sacerdocio, siendo nombrado en 1872 párroco de Rennes-les-Bains. Pobre pero generoso, dejó a los fieles el recuerdo de un santo y a los demás el de bienhechor de la pequeña ciudad. Conocía la comarca piedra por piedra, y las revistas eruditas del Midi prestaron de buen grado sus páginas a sus trabajos de erudición.

Fue en 1886 cuando Henri Boudet publicó en Carcasona *La vraie langue celtique et le cromlech de Rennes-les-Bains*. Si leéis demasiado aprisa esta obra, vuestro primer impulso será con toda seguridad clasificar al autor en la categoría de los «locos literarios». En efecto, afirma sin pestañear que la lengua madre de la

Humanidad es la de los celtas, que ésta se ha mantenido intacta hasta nuestros días en esos dos idiomas hermanos que son el inglés y el habla de Oc, idiomas de los que, por consiguiente, se derivan todos los demás, incluidos el hebreo, el vasco y el bereber. Los ejemplos etimológicos alegados para sustentar dicha tesis son sabrosos: ¡al parecer, los númidas deben su nombre al hecho de que llevaban a pastar sus rebaños a nuevas praderas, en inglés new meads!

Pronto, sin embargo, os asaltará una duda: tanta absurdidad, acumulada en cada página como por gusto, ¿no tiene acaso por objeto incitar al lector a releer, pero esta vez entre líneas? Pues bien; este nuevo ejercicio, si se entrega uno a él con atención, es muy instructivo.

Como el propio título anuncia, las fantasías etimológicas no son para el autor más que una máscara. Su verdadero propósito es de orden geográfico: es la descripción del cerco amurallado supuestamente megalítico del que Rennes-les-Bains forma el centro. Por otra parte, este supuesto tratado de lingüística se halla ilustrado con grabados que representan menhires o rocas y con un mapa detallado del lugar. Por añadidura, desde la primera página Boudet nos advierte no sin humorismo: «El estudio del magnífico monumento céltico existente en Rennes-les-Bains nos ha llevado con seguridad a deducciones etimológicas que nos parecen difíciles de refutar». Ello es indicar al lector que se le quiere hablar de geografía, pero en lenguaje cifrado.

En su principio, el sistema de cifrado de Boudet es muy sencillo y es el mismo autor quien nos lo expone de manera transparente so pretexto de disertación acerca de un presunto idioma púnico, mero producto de su fantasía: «Observen ustedes — escribe — con qué facilidad la lengua púnica, por sus juegos de palabras, sabía crear los nombres propios de hombres. Los nombres comunes ofrecen también combinaciones semejantes y representan, en varios monosílabos asociados, frases enteras con sentido riguroso y preciso. Escogeremos algunas de dichas expresiones para que se pueda observar el admirable cuidado con que están compuestas las palabras, sustantivos o verbos^[77]». No es posible anunciar más claramente que el libro está cifrado mediante un procedimiento que es el que los «hermetistas» prefieren a todos los demás: el del retruécano y el juego de palabras. Las divagaciones pseudolingüísticas no tienen, pues, otro papel que extraviar al lector indiferente y llamar la atención del lector perspicaz; forman como un «relleno» que permite disimular en una obra de trescientas diez páginas unos cuantos párrafos clave que se descifran, sea de manera puramente fonética como los retruécanos, o sea, como los juegos de palabras, adivinando tras el sentido propio el sentido figurado. Estos párrafos se hallan generalmente señalados por la introducción despropositada de la palabra «clave». Un ejemplo: «Cayrolo», nombre de lugar frecuente en tierras de Oc, proviene de caire, que designa una piedra labrada a escuadra (en latín quadrum). Pero Boudet pretende, contra toda evidencia, que «Cayrolo» procede de las tres palabras inglesas key (llave), ear (espiga de trigo) y hole (hueco, agujero). Tal

enormidad no figura donde está más que para señalarnos el «párrafo clave» que sigue inmediatamente: «El Cayrolo de los Redones, silo o subterráneo que contenía el valioso cereal, estaba situado al sur de Montferrand, muy cerca del camino que conducía al arroyo de la Coume y a los Artigues. Siendo incluso muy abundante la producción de trigo, se recurría a manos extrañas a estas comarcas con objeto de segar con más celeridad^[78]». Pero, como todo el mundo sabe, el blé^[79], en argot, es el oro.

El subterráneo cercano a Montferrand y que contenía el valioso cereal no es, pues, otra cosa que la antigua mina situada en dicho lugar y mencionada en el informe del prefecto Barante^[80]. Y en los extraños segadores de antaño el lector informado reconocerá fácilmente a los mineros y fundidores alemanes llevados a aquellos lugares en el siglo XII por los templarios^[81].

Al hilo de las páginas los ejemplos de este género se multiplican y pronto el lector se pregunta: ¿Qué demonios quería confiar el padre Boudet a algunos happy few al mismo tiempo que lo disimulaba a la mayoría? La respuesta, por pasmosa que sea, es la siguiente: el secreto de un lugar, las precauciones que hay que adoptar para llegar al mismo y el silencio que hay que guardar tras haberlo descubierto.

Respecto a dicho lugar, el libro nos lo dice casi todo: que sólo es accesible en ciertas estaciones, que hay que ir allí solo y muy abrigado, que hay que ponerse en marcha al salir el sol, andar al principio penosamente por camino alto, proseguir la marcha por terreno más fácil hasta encontrar un campo, luego una fuente, luego un redil lleno de ovejas donde son de temer las picaduras de las garrapatas; que se trata de una caverna natural, que no debe uno aventurarse atolondradamente en ella, pues la entrada se halla guardada por un sifón peligroso, que es arriesgado hacer luz, que los ojos lloran pero no hay que frotárselos, que corre uno peligro de romperse una pierna, que se contempla un espectáculo horroroso pero que puede uno entregarse al saqueo, que se sale de allí con los cabellos blancos y que entonces hay que respetar las instrucciones que ordenan no hablar de ello más que con palabras embozadas.

Todo ello se dice en las páginas 120 a 126 del extraño libro. Despojado del «relleno», el texto es, en efecto, el siguiente: Enero: el mal tiempo obliga a paralizar las faenas. Febrero: el calor es suficiente para determinar el deshielo. Marzo: las lluvias continuas convierten el terreno en un pantano. Julio: diferir las grandes reuniones, las asambleas. Agosto: los arroyos cesan de fluir. Setiembre: deseo de encavarse, de encerrarse en las cavernas. Octubre: apresurarse en las faenas, cubrirse con vestidos de lana. Salida del sol: el hombre rendido de cansancio. Por la mañana: andar con facilidad. A la caída de la tarde: correr apresuradamente hacia el albergue. Un campo. Un manantial: comenzar a apresurar la marcha. Una fuente: precipitar la carrera. Cabaña: un montón de cabezas bajo el mismo techo; matar con un alfiler los insectos asquerosos que pican. Casa: meditar. Cueva: parte de la casa donde podría uno quedarse atontado a fuerza de beber. Trueno: véase en lo más alto el relámpago que está seguro de causar daño. Tinieblas: calmar los zumbidos. El ojo se cierra como

bajo los efectos de un golpe. Lágrimas. Rehusar lo necesario. Romperse la pierna. Proferir gritos de horror. Saquear. Verse obligado a tener los cabellos blancos. Ojo a las instrucciones: hablar cierta jerigonza para el exterior.

Este lacónico pero embrollado Diario de ruta no es más que una muestra de las múltiples indicaciones que llenan el libro. Una sola falta, pero, como podía preverse, es la más importante: el padre Boudet no nos dice dónde se encuentra el peligroso y fascinador sitio que describe.

Cierto que hay el mapa, punto central del libro (el libro no es más que el comentario de aquél), pero, evidentemente, no podemos esperar que el autor haya escrito en él con todas sus letras el nombre de un sitio que tanto cuidado ha puesto en ocultar a la mayoría de sus lectores.

Y, en efecto, la cartografía del padre Boudet no es menos sutil que su lingüística: dibujó un mapa mucho más detallado que el del Estado Mayor a escala 1-50 000, pero mudo en ciertos puntos. Los puntos no designados pueden, no obstante, localizarse, pues se encuentran en la intersección de ciertas alineaciones. Los elementos que permiten determinar dichas alineaciones, lo mismo que los números correspondientes a las longitudes, latitudes, niveles, etcétera, figuran en la obra, pero dispersos y disimulados^[82]. Por último, entre dichos elementos figuran fechas, pues el autor, utilizando el crónlech como gnomon, determinó sus alineaciones en función de la sombra proyectada por el sol sobre ciertos puntos de referencia.

Se ve toda la complejidad del sistema, así como la dificultad principal de su puesta en práctica sobre el terreno. En efecto, estando cada «punto mudo» voluntariamente indeterminado en el mapa, para situarlo es necesario disponer sobre el terreno de cuatro puntos de referencia exactamente determinados. El número de puntos de referencia necesarios para trazar un itinerario completo es así muy elevado. Y la naturaleza, en este caso extremadamente caótica y agreste, no es geómetra: ninguna Providencia ha colocado alrededor de Rennes los puntos de referencia convenientes, en número suficiente y en los lugares deseados.

Pero el padre Boudet no era hombre que se atascara por tan poco. ¿Que el paisaje se resistía a sus designios? ¡No importa! No fueron sus designios lo que modificó, sino el paisaje.

Completando la extraña pista bosquejada ya por otros antes que él, recorrió incansablemente la montaña, creando puntos de referencia allí donde faltaban; no sólo jalonó de cruces el camino, sino que hizo aserrar y desplazar menhires, rectificó la silueta de su iglesia y llegó a modificar fraudulentamente varias sepulturas del cementerio de Rennes-les-Bains.

Sobre esta pista insólita, el viajero curioso aprende a cada paso algún nuevo rudimento de un idioma extraño cuyas palabras son unas veces un cuadro, otras una escultura, algunas una roca, y otras, en fin, incluso una sombra proyectada.

Consagrada a los santos Celso y Nazario, la humilde iglesia de Rennes-les-Bains parece, a primera vista, completamente indigna de atención. El lugar es, sin embargo,

de una antigüedad venerable, puesto que en él existía ya una iglesia, bajo la misma advocación, en el año 1162^[83]. Si penetramos en ella, solicita inmediatamente nuestra atención un cuadro extremadamente insólito. Es un lienzo donado a principios del siglo pasado por el marqués Paul-François-Vincent de Fleury de Blanchefort, que tanto se interesaba por las minas de sus haciendas. El Hijo del Hombre está muerto y yace, palpitante, en una gruta cuya orificio deja visible una roca. Sobre su rodilla izquierda, el pintor anónimo, por medio de hábiles efectos, ha colocado una cabeza de liebre. El brazo izquierdo del Cristo designa una bandeja sobre la que reposa una especie de bola. Encima de la bandeja figura una enorme araña. Este cuadro intriga mucho a los investigadores, que, aunque lo niegan a veces, se apasionan por el enigma de Rennes: en el otoño de 1966, monseñor Boyer, vicario general del obispado de Carcasona, *Monsieur* Descadeillas, conservador de la biblioteca de la ciudad, y una pléyade de eruditos fueron en peregrinación a ver este lienzo sin conseguir dar con el busilis, ¡pero no habían meditado sobre el libro de Henri Boudet y, sobre todo, no tenían la mente inclinada a esa jovialidad un poco infantil que permite apreciar sin falsa vergüenza los juegos de palabras, incluso los que pecan algo de demasiado fáciles! Si tal hubiese sido su talante y si hubieran conocido bien la topografía de la región, pronto el singular cuadro les hubiese descubierto su mensaje: Rennes, que antaño se llamaba Règnes, hállase flanqueada al Oeste y Sudoeste por una meseta de la que fluye el arroyo del Homme Mort. Entonces el jeroglífico del pintor se lee con toda sencillez:

A Règnes (araigne) près du bras de l'Homme Mort qui se dirige vers le plateau, gît le lièvre^[84].

Entrando en la iglesia, se ve a la derecha una cruz de hierro forjado adornada con rosetones y en cuyo centro figura, cosa rara, no un Cristo, sino una Virgen con el Niño. En el zócalo se lee la siguiente inscripción:

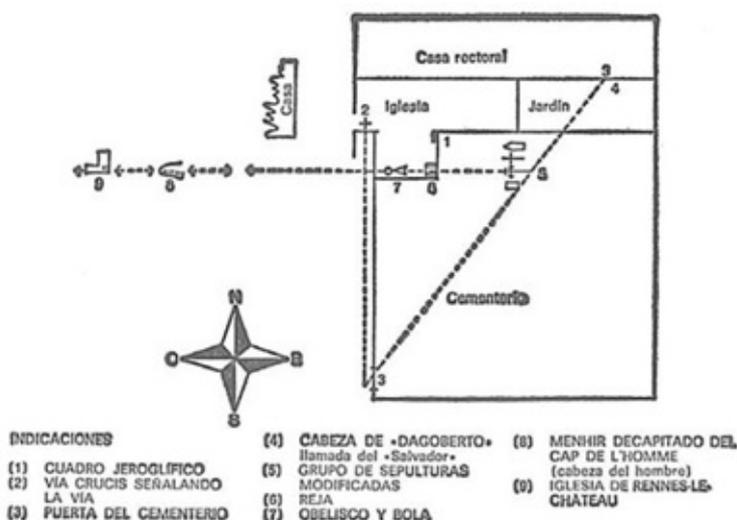
IN HOC SIGNO VINCES
DOMINO VIE RECTORE
PETRUS DELMAS FECIT
1856

Sabiendo que en los alrededores son cruces lo que se ha utilizado como puntos de referencia, examinemos de cerca ésta. Adornada con sus rosas, empieza por anunciar las armas parlantes de quien la erigió e hizo grabar la inscripción. Sin atender al respeto debido al lugar, quizás entonces nos pongamos a tararear, sin darnos cuenta de ello, la letra de una canción que Gilbert Bécaud ha popularizado:

J'ai écrit ces quelques lignes Comme pour te faire signe: L'important, c'est la rose croismoi^[85].

En la inscripción, lo que atrae las miradas es la frase DOMINO VIE RECTORE. La traducción literal es: «Al señor Vié, rector», o «Erigida bajo el rectorado del señor Vié». Y, en efecto, en la época de la erección el cura de Rennes-les-Bains era un tal Jean Vié. No es, sin embargo, nada frecuente que un calvario sea dedicado al cura, sobre todo si éste está aún en vida, y nada frecuente tampoco en tierras de Oc que este cura sea, como en Bretaña, llamado rector. Y muy poco probable, por último, que se le adjudique el título de señor. Otras tantas anomalías adecuadas para hacernos presentir un doble sentido. En efecto, el segundo sentido aparece por poco que se lea la frase en voz alta, pues DOMINO VIAE RECTORE significa «Al señor que muestra la vía».

Esta «vía» que, por un pobre juego de palabras, debe mostrarnos el señor Vié, nos basta para descubrirla seguir el sencillísimo consejo IN HOC SIGNO VINCES, haciendo, como haría por instinto cualquier fiel situado, como nosotros, delante de dicho calvario, la señal de la cruz, es decir, describiendo un trazado en forma de 4. Aquí, mirando al calvario, estamos frente al Sur. Hacer la señal de la cruz consistirá, pues: 1.º, en andar en línea recta hacia delante; 2.º, en torcer hacia la izquierda un ángulo de 135º, en dirección nordeste; 3.º, en girar nuevamente hacia la izquierda, 45º esta vez, lo cual nos colocará mirando al Oeste.



Iglesia de Rennes-le-Château: El tablero de ajedrez (estado primitivo).

Caminando en línea recta hacia el Sur, nos encontramos con la puerta del cementerio, en el que entramos. Torciendo entonces a mano izquierda según el ángulo adecuado, pronto nos hallamos frente a una extraña escultura empotrada en la pared del domicilio del cura: es una cabeza de hombre toscamente tallada, con un

agujero en la cúspide del cráneo. La inscripción grabada debajo nos indica su procedencia: fue separada de un menhir antropomorfo llamado Cap de l'Homme (es decir, en lengua de Oc, Cabeza del Hombre) y situado en la montaña, en el Pla de las Brugos (meseta de las Hadas). En su estado anterior, que vemos en una reproducción de Eugène Stublein^[86], dicho menhir parece haber sido un monumento singular: en el occipucio del personaje figuraba, en efecto, un cuadrado mágico^[87]. Esta cabeza aquí colocada, Boudet la da en su libro como «la cabeza del Salvador», sin más detalles; según otras personas, entre ellas el párroco actual, es la de san Dagoberto. En este último caso resultaría que nuestros modificadores de paisajes habrían escrito de nuevo, con la sierra y el martillo, una Historia de Francia onírica, alucinada, fuera del tiempo, decapitando en lugar de Luis Capeto al santo rey Dagoberto II, muerto asesinado en el año 679.

Realicemos ahora el último movimiento de nuestra «señal de la cruz»: henos aquí frente a un conjunto de tres sepulturas. La primera, la del medio, fue erigida por el padre Boudet para albergar los restos de su madre y su hermana. Está rematada por una cruz cuyo extremo superior, así como los dos brazos, terminan en flechas, invitándonos así a mirar hacia delante, luego a la izquierda y por último a la derecha. Colocados de frente ante la sepultura y levantando los ojos descubrimos, en perfecta alineación hacia el Oeste, la ventana enrejada de la iglesia, sobre el tejado de ésta un obelisco rematado por una bola, y, por último, en la montaña, el menhir decapitado del Cap de l'Homme. En la misma alineación, pero oculta a nuestra vista por el relieve, hállase, a lo lejos, la iglesia de Rennes-le-Château.

Tras haber admirado esta alineación cuyos puntos de referencia son todos ellos obra del padre Boudet, examinemos la tumba de la izquierda; es la de Paul-Urbain de Fleury, nieto de François y Marie d'Hautpoul-Blanchefort e hijo del donatario del cuadro-jeroglífico. Es una tumba sumamente singular, ya que, si bien puede ocurrir que se tenga una doble vida, es raro que se tenga una doble tumba, y más raro todavía que se tenga un doble nacimiento y una doble muerte. Y, sin embargo, si hemos de dar crédito a lo que tenemos delante de los ojos, eso es lo que le ocurrió a dicho gentilhombre.

Una primera piedra indica, en efecto;

CI GIT
PA
UL
URBAIN
DE
FLEURY
NE LE 3
MAI

1776^[88]

CI GIT PA
UL URBAIN
DE FLEURY
DECEDE LE
7 AOUT
1836^[89]

Un poco más lejos a la derecha, una segunda piedra afirma, por el contrario:

IL EST PASSE EN FAISANT LE BIEN

Restes transférés
de Paul-Urbain comte de FLEURY
décédé le 7 août 1856
à l'âge de 60 ans^[90]

Si Paul-Urbain murió en 1856 a la edad de sesenta años, como afirma la segunda piedra, no pudo nacer en 1776, como afirma la primera, sino en 1796. Y si nació en 1776, como afirma la primera piedra, no tenía, como afirma la segunda, sesenta años cuando murió en 1856, sino ochenta.

En realidad, Paul-Urbain de Fleury no nació ni en 1776 ni en 1796, sino en 1778^[91]. Doble losa sepulcral, doble inscripción en la primera, dobles fechas. ¿Se nos quiere hacer comprender, con esta insistencia, que Paul-Urbain, además de su nacimiento y su muerte normales, conoció esa muerte y ese renacimiento simbólicos que son la iniciación y luego «pasó haciendo el bien» como está mandado a los Adeptos? ¿Se nos quiere indicar que un depósito perteneciente a los Fleury fue «trasladado» y que hemos de interpretar las falsas fechas como indicaciones numéricas?

Ello encajaría bastante en la manera de actuar de los que pintaron, esculpieron o escribieron en Rennes. ¿Debe, por el contrario, el sentido común guardarnos de interpretaciones tan arriesgadas y achacar dichos errores a una simple inadvertencia? Esta última solución sería la más razonable..., si abandonásemos estos lugares sin haber examinado la sepultura de la derecha.

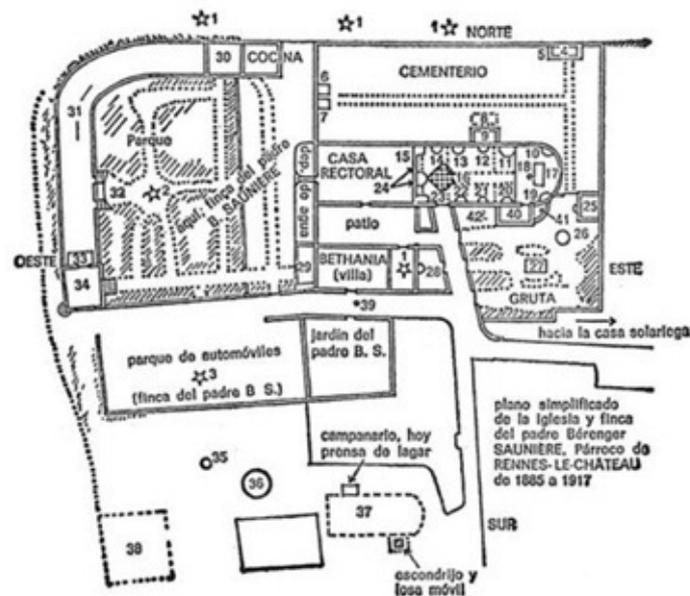
En efecto, en ella leemos:

Ice repose
Jean VIE
né en 1808
Nommé Curé en 1840
Mort le 1.er 7bre 1872
Priez pour lui^[92]

¡Aquí tenemos de nuevo a nuestro Vié que debe señalarnos la vía! Lo que salta a los ojos es la grafía perfectamente insólita utilizada aquí para escribir 1.er septembre y que pone en evidencia el número 17. ¿Invocaremos también esta vez la casualidad? No, puesto que (nos hemos tomado el trabajo de comprobarlo en los registros de estado civil). Jean Vié no murió un primero de setiembre.

No queda, pues, más que una solución; la solución a la cual parece decididamente que se nos quiere habitar, la del jeroglífico y el retruécano. Hábilmente, el grabador nos sugiere una fecha, la misma que habíamos leído ya en la enigmática sepultura de la marquesa de Blanchefort y con la que pronto nos tropezaremos por muchos lados y bajo diversas formas: 17 DE ENERO.

«El libro del padre Boudet es una pura fantasía que debe ser tenido en escasa estima», me han declarado, condescendientes, muchos eruditos. Sin embargo, es de creer que no es ésa la opinión de todo el mundo. Hoy día, en efecto, resulta imposible encontrar dicho libro, a menos de un azar milagroso. El ejemplar que existe en la biblioteca de Carasona y que no se presta, bajo ningún pretexto, está que se cae de viejo de tanto haberlo leído. En la Biblioteca Nacional figura, efectivamente, en el catálogo, pero no podréis leerlo: ha sido robado. Quedan algunas sociedades muy cerradas que lo conservan cuidadosamente.



**RENNES-LE-CHATEAU
DETALLE DE LOS SITIOS**

(1) Excavaciones en 1964	(15) confesonario	(30) Invernadero
(2) Excavaciones de 18 metros	(16) tablero de ajedrez	(31) Terraza
(3) Excavaciones de 17 metros	(17) altar	(32) Escalera y estanque
(4) Losa raspada por B. S.	(18) Cuadro de M. MAGDALENA	(33) Galería
(5) Osario	(19) Sta. VIRGEN MARIA	(34) Torre MAGDALA
(6) Sepultura del padre B. S.	(20) San ANTONIO DE PADUA	(35) Pozo antiguo tapado
(7) Sepultura de M. DENARNAUD	(21) Santa M. MAGDALENA	(36) Depósito de agua
(8) Sepultura de las afeoras HAUTPOUL-BLANCHEFORT	(22) San ROQUE	(37) Ruinas de la Iglesia de San PEDRO
(9) Campanario	(23) El diablo ASMODFO	(38) Emplazamiento fortaleza
(10) San JOSÉ	(24) Cuadro grande	(39) Antiguo pozo tapado
(11) pópito	(25) Depósito de cadáveres	(40) Sacristía
(12) San ANTONIO ERMITAÑO	(26) Antigua urna bautismal	(41) Pequeña habitación secreta
(13) Sta. GERMANA	(27) Via Crucis	(42) Monum. a los muertos
(14) San JUAN BAUTISTA	(28) Ntra. Sra. de LOURDES	
	(29) Capilla del padre B.S.	

Puesto que la alineación sabiamente preparada por el padre Boudet nos invita a ello, abandonemos Rennes-les-Bains para dirigirnos a Rennes-le-Château. No hay más que una carretera que nos lleve: la de Couiza. En este pequeño burgo dediquemos una mirada al monumento a los muertos situado, cosa poco común, en la iglesia. Con gran sorpresa por nuestra parte, veremos en él el mismo jeroglífico que en el extraño descenso de la cruz: también aquí el brazo del hombre muerto designa una piedra, redonda como un pan. Decididamente, se insiste e incluso se especifica... [93]

En Rennes-le-Château, el conjunto de edificios de Bérenger Saunière y, sobre todo, la multitud de personajes inquietantes e insólitos que inmovilizó, cual un ilusionista, en su iglesia, hacen pesado hasta el ambiente del pueblecito. Aquí todo parece haber sido dispuesto con maniática minuciosidad para sugerir un misterio y provocar al mismo tiempo la repulsión ante el mismo.

¿Es éste un lugar maldito? ¿Por quién? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Hay que tomar al pie de la letra la advertencia que se nos hace en latín sobre la puerta de Santa María Magdalena: *Terribilis est locus iste?* Preguntas vanas e incluso pueriles, pero que, a pesar de todo, acuden a la mente de uno.

Sin embargo, podemos muy bien no tener en cuenta el mal gusto de este conjunto, pues, en realidad, no fue en modo alguno con fines estéticos por lo que Bérenger gastó una fortuna en reconstruir y decorar su iglesia. Fiel discípulo del padre Boudet, lo que Saunière nos ha dejado so pretexto de una piadosa iconografía es una pista, una maqueta astutamente alusiva de los sitios que había explorado y a los que había arrancado su secreto. Para ello utilizó un lenguaje de metáforas y alegorías que resulta mudo para el extraño, pero que puede ser leído de corrido por cualquiera que conozca bien la historia de Rennes y la toponimia de su región. Así, su iglesia no deja de recordar la carta del famoso cuento de Edgar Poe, que si no se podía encontrar era únicamente por ser demasiado visible. Pero Saunière, quizás inspirado por otro, no se contentó con ello. Quiso, e hizo muy bien, que la lectura de su mensaje cartográfico hiciese surgir como en contrapunto un haz de símbolos que permite al visitante iniciado descubrir la profesión de fe esotérica que rubrica el conjunto y sitúa a los autores del mismo.

De este último aspecto, sin embargo, sólo hablaremos de pasada. Es, antes que nada, la invitación al viaje de Bérenger lo que nos interesa.

Toda carta geográfica es la representación de un paisaje por medio de símbolos convencionales. Para leerla y poderla así orientarse sobre el terreno hay que conocer la significación de dichos símbolos. Éstos son tanto más numerosos y complejos cuanto más detallada es la carta; un mapa de Estado Mayor es mudo para el profano, y aprender a leerlo es una tarea bastante larga que cuesta meses de esfuerzo a los cadetes.

En un mapa de Estado Mayor, por ejemplo, un pico está representado por rayitas convergentes. Si se pregunta al profano: «¿Qué ve usted ahí?», responderá: «Rayitas». Si para representar dicho pico se hubiese sencillamente dibujado el pico de un pájaro, hasta un niño de diez años contestaría diciendo: «Un pico». Pues bien; este último procedimiento, análogo al de los cartógrafos, pero, en el fondo, mucho más sencillo, es el que empleó Bérenger Saunière. Toda la astucia reside en que ello pasa inadvertido, ya que nadie o casi nadie se imagina que unas estatuas religiosas puedan ocultar una cartografía. Y, sin embargo, así es en este caso; una visita minuciosa nos irá convenciendo progresivamente de ello.

Lo primero que vemos en la plazuela de delante de la iglesia es, encaramada encima del soberbio pilar visigótico, una Virgen de Lourdes de escayola que da pena por su fea vulgaridad y tal como se hicieron a miles en aquella época. Nos entran ganas de pasar ante ella con toda rapidez; guardémonos de hacerlo así y leamos la inscripción que Bérenger hizo grabar en el zócalo «¡Penitencia! ¡Penitencia!». Estas palabras, que no fueron elegidas al azar, nos informan de que esta Virgen no tiene de la de Lourdes más que la apariencia. En efecto; la Virgen de Lourdes declaró a Bernadette Soubirous: «Yo soy la Inmaculada Concepción».

«¡Penitencia! ¡Penitencia!», son las palabras exactas pronunciadas por otra Virgen: la que en 1846 se apareció llorando a dos jóvenes pastores en La Salette,

cerca de Grenoble. Por poco que lo sepamos, esta falsa cita nos pone en guardia. Si somos algo leídos, recordaremos entonces la oposición que Huysmans traza, en las primeras páginas de *La Cathédrale*, entre la Virgen de Lourdes y la de La Salette. De la primera nos dice que es «la Virgen para todo el mundo, una Virgen de altar de pueblo, una madona del barrio de Saint-Sulpice, una reina popular»; la segunda es «la Virgen para unos pocos, para los místicos y los artistas». «La Virgen de Lourdes vino sonriendo y no profetizó ninguna catástrofe»; la Virgen de La Salette, al contrario, dio un mensaje apocalíptico. Aquí, frente a la iglesia de Rennes-le-Château, se nos ofrecen, pues, dos Marías en una sola, ocultando la primera a la otra. Entonces nos acordamos de que en las cercanías discurre un riachuelo llamado el Sals. La Salette, el Sals: alusión sutil, pero sin equívoco.

Pero la María de la Salette evoca por sus lágrimas una tercera María: María Magdalena. Y resulta que en el sitio en que el Sals recibe las aguas del Blanque, se halla precisamente un manantial llamado de la Madeleine. Otra alusión que confirma y consolida la primera.

La Virgen de la Salette anunció a los pastorcillos una guerra general, terremotos que convertirían en ruinas a Marsella, el incendio de París y el despoblamiento parcial del Globo. Ciertamente es que esta aterradora historia tenía un happy end: la restauración de la monarquía francesa, que apaciguaría para siempre la ira divina. Esta profecía suscitó en diversos círculos, en la misma época en que Saunière ejercía sus talentos, una ola de agitación político-mística. Los legitimistas, y mucho más todavía las pequeñas sectas, «naundorffistas»^[94] u otras, obsesionadas por el viejo tema del «rey perdido», hallaron en esta profecía una confirmación de sus esperanzas^[95]. Mezclábase a ello el eterno sueño del milenarismo, pues, con Péladan, el ocultismo católico estaba de moda; el propio Barrès tuvo algo que ver con el mismo. Bajo su apariencia anodina, la Virgen de Rennes-le-Château no se limita, pues, a enseñarnos un camino a seguir; nos revela también todo un ambiente en el que intriga y conspiración doradas se mezclan con la especulación religiosa. El maestro de obras mató así dos pájaros de un tiro.

Este ambiente se manifiesta de nuevo, más claramente todavía, en el tímpano de la iglesia, en el que las rosas alternan con cruces, jeroglífico al alcance del primero que llega: «Rosacruz». Debajo y a la derecha vemos una piedra tomada del antiguo edificio adornada con una flor de lis dentro de un círculo. Este motivo, complacientemente repetido en el interior, demuestra que bastante antes de Saunière los constructores o bienhechores de este santuario hicieron explícitamente alusión al crónlech de Rennes-les-Bains, ya que un crónlech es un círculo de piedras que rodean una piedra central. Y en la toponimia de la región la palabra «lys» (del latín *lesia*) designa un menhir^[96]. Pero demuestra también que los mismos no ignoraban la sextilla de Nostradamus sobre «el redondel y el lis».

En cuanto franqueamos la puerta de la iglesia, un grupo, por lo menos sorprendente, nos acoge. Un horrible diablo esculpido y pintado, de tamaño natural,

sostiene la pila de agua bendita. Parece sentado en un asiento invisible, tiene la pierna derecha torcida y se aplica en la rodilla los cinco dedos de la mano izquierda. El pulgar y el índice juntos de su mano derecha forman un círculo. La nudosa musculatura de su tórax es poco conforme a la anatomía: una costilla es plana y el pezón de la tetilla está completamente fuera de su sitio. La pila de agua bendita sostenida por el diablo tiene encima una cartela que contiene las iniciales B. S. y flanqueada por dos figuras heráldicas: dos basiliscos. Encima de todo, cuatro ángeles hacen cada uno de ellos uno de los gestos de la señal de la cruz; les acompaña la inscripción: PAR CE SIGNE TU LE VAINCRAS^[97]. Notamos bien que este extraño grupo, montaje artificial de elementos difíciles de unir, es una especie de jeroglífico.

La cojera del diablo nos indica a la vez su nombre y lo que ha ido a hacer allí. Como todo el mundo sabe, el diablo cojuelo es Asmodeo. Pues bien, la Biblia y los comentarios hebreos conocidos bajo el nombre de Midrashim, nos enseñan que es a él a quien Salomón había confiado la guarda de la caverna que contenía su tesoro. Estando un día el rey desprovisto de su sello, el demonio le prohibió el acceso a la gruta, y sólo cuando Salomón hubo hallado su sortija pudo arrojar a Asmodeo al desierto. Así, haciendo cojear a su diablo, Bérenger nos dice claramente de qué tema quiere hablarnos: del tesoro del que la leyenda local asegura (no lo hemos olvidado) hallarse custodiado por el diablo cerca de Blanchefort y con motivo del cual el marqués de Fleury entabló, al parecer, un proceso, por hallarse situado en sus tierras.

Si de repente la curiosidad se apodera de nosotros, una zona de prospección va a sernos indicada con precisión. En efecto, por poco que lo nombremos en voz alta, cada detalle del monumento designa un lugar de los alrededores. Observen ustedes:

El diablo parece sentado: existe una peña llamada Fauteuil du Diable^[98].

Dos de sus dedos forman un círculo: existe un manantial denominado del Cercle.

Una de sus costillas es plana: existe, cerca de la cota 530 del mapa de Estado Mayor, un lugar llamado Pla de la Coste^[99].

El pezón de la tetilla no está en su sitio: existe un sitio llamado Sein du Diable, mencionado por Catel, sobre el emplazamiento de una antigua torre de señales, siendo la palabra «sein» en este caso corrupción de «seing»^[100], en latín signum.

El diablo sostiene la pila de agua bendita sobre la cual hay las iniciales B. S.: existe un sitio llamado el Bénitier y se halla, precisamente, entre los ríos Blanque (B) y Sals (S). Bérenger Saunière ha hecho aquí un hábil juego de palabras con sus propias iniciales.

Por último, el diablo apoya sus cinco dedos en la rodilla: en la roca llamada Pierre du Pain hay cinco cavidades en forma de cúpula que imitan las huellas de cinco dedos y que se llaman la Main du Diable.

Pero aquí Saunière ha hilado muy fino. El jeroglífico es «múltiple» e indica una fecha. Cinq + Genou^[101] dan, en efecto, Saint Genou^[102], santo que se celebra... ¡el 17 de enero!

Una ojeada al mapa nos permite comprobar que todos los lugares así indicados

están, en el monumento, orientados aproximadamente los unos respecto a los otros igual que en el terreno. Así, los más incrédulos tendrán que concedernos que hay que excluir una acumulación de coincidencias.

La divisa grabada debajo de los ángeles: *Par ce signe tu le vaincras*, debe retener ahora nuestra atención. Si, lo mismo que en Rennes-les-Bains, llevamos a la práctica el consejo que así se nos da de seguir, a partir del monumento ante el cual nos encontramos, el trayecto en forma de 4 de la señal «de la cruz», iremos sucesivamente hacia la puerta y luego, atravesando un embaldosado, hacia la pila bautismal. Por otra parte, haremos observar inmediatamente que de siempre y en todas partes la traducción del famoso «*In hoc signo vinces*» es: «Con este signo vencerás».

Añadiendo el «le», Saunière refuerza su indicación: lo que tenemos que vencer es, efectivamente, al diablo, el obstáculo que protege el tesoro. Este añadido produce, asimismo, una frase de veintidós letras, igual que la frase «*Redáis regis cellis arcis*», de la tumba Blanchefort y la frase «*Terribilis est locus iste*» de la puerta, que aluden a una caverna tan misteriosa como temible^[103]. Este número 22 sobre el que se llama nuestra atención no es un número cualquiera; es el de las letras del alfabeto hebraico, habiéndose prestado siempre por ello a numerosas especulaciones místicas u ocultistas. 22 es, entre otras cosas (y los constructores de este lugar insólito no podían ignorarlo), uno de los arcanos del tarot^[104], el que se llama el Mat^[105]. ¿Es acaso una partida de ajedrez lo que se trata de ganarle al diablo?

Si seguimos la mirada de éste, observaremos, en efecto, que se dirige al enlosado negro y blanco dispuesto de modo que pone en evidencia un tablero de ajedrez de sesenta y cuatro casillas cuyos ángulos están orientados hacia los puntos cardinales. En tiempos de Saunière sólo existía esta parte del enlosado; el resto ha sido añadido después. Frente al diablo, en la pila bautismal, un Jesús de escayola al que san Juan está bautizando tiene también la vista clavada en el tablero de ajedrez. Los dos personajes, el macho cabrío y el cordero de Dios, el diablo verde con zócalo rojo y el Cristo rojo con zócalo verde, opuestos, es cierto, pero también complementarios, meditan una invisible partida que no puede jugarse sin el uno y el otro, pero a la que cada uno de ellos propone una solución diferente.

Ante la pila bautismal, el ritual impone al fiel una nueva «señal de la cruz». Ésta va a conducirnos primero hacia el confesonario, sobre el que hay un inmenso cuadro, y luego hacia el altar.

Iniciados ya en el lenguaje alegórico de Saunière, no nos cuesta el menor trabajo leer sobre el confesonario otra alusión a la tradición del oro de Rennes. Situado al lado del tablero de ajedrez, este confesonario se halla adornado con una escultura en madera que representa al buen pastor trayendo la oveja perdida. Ciertamente es que esta parábola evangélica hállase aquí en su justo sitio. Pero ella nos recuerda también al joven pastor París que, en 1646, halló, al parecer, el tesoro buscando una de sus ovejas extraviadas en el fondo de una gruta. Y en ello pensamos también al leer en la

fachada de la casa rectoral: «La casa del pastor es la casa de todos». En efecto, esta máxima indica, con palabras embozadas, un sitio preciso: las ruinas de la casa del pastor París, que todavía pueden verse al sudeste de Rennes-les-Bains, encaramadas en una altura cual un observatorio.

Precisamente encima del confesonario, como si prolongase las indicaciones de éste, un cuadro pintado y esculpido en medio relieve ocupa toda la parte superior de la pared. En él vemos a Jesús curando a los enfermos, tema que en una iglesia nada tiene de insólito. Pero también en este caso lo revelador son los detalles. Jesús está en lo alto de un terreno florido, escarpado, cubierto de espesas matas. En dicho terreno, bien en evidencia, figura un bolsillo muy grande, en forma de bolsa, con un agujero. Pues bien; el artista no ha descuidado nada para situar dicho terreno florido. Dos paisajes lo encuadran: en el de la izquierda se reconoce en primer término la Pierre du Pain y, en el horizonte, las peñas del Pla de la Coste, llamadas Roulers, así como las ruinas de Blanchefort; en el de la derecha figura la roca tallada en forma de dado del Serbaïrou, y, al fondo, unas ruinas que parecen ser las de Coustaussa. Por último, la cruz que remata el confesonario se halla colocada de tal suerte que la vemos en la parte baja del terreno. No hay mejor modo de invitarnos a buscar en el territorio de Rennes-les-Bains, estación termal donde los enfermos hallan alivio, un «terreno florido», es decir, un terreno que perteneció a la familia de Fleury^[106], abrupto, cubierto de matorrales, señalado por una cruz y en el que está situada la entrada de una cavidad que, cual una bolsa, contiene un valioso depósito.

Una tercera alusión a dicho lugar subterráneo la vamos a encontrar bajo el altar, escenario del primer hallazgo de Saunière, el de los manuscritos. Allí, bajo la mesa, vemos un cuadro de factura ingenua al que Saunière concedía la suficiente importancia para haberlo pintado por su propia mano. María Magdalena hállase arrodillada en una gruta cuya entrada deja ver la roca de Blanchefort frente al pico del Cardou, así como una peña que evoca un perfil humano provisto de gran nariz. María Magdalena lleva a la altura del sexo un delantalito encarnado en forma de corazón, delantalito que rodea con sus manos juntas. Y los dedos, forzados en insólita contorsión, están entrecruzados formando como un enrejado. A sus pies hay un cráneo humano y a su lado un libro abierto en el que se ven dos cruces e inscripciones ilegibles; delante de ella, una tosca cruz hecha con dos ramas secas y de cuya rama vertical sale una ramita también seca.

Es hacia el centro de la cruz adonde se dirige la mirada de la santa. Y bajo el cuadro hay la inscripción siguiente, cuyo texto está tomado de uno de los manuscritos hallados por Saunière y cuya grafía es curiosa:

Esta inscripción, siendo latina, no debería, normalmente, llevar ni acentos ni puntos sobre las íes. Y resulta que lleva cuatro, que hacen destacarse las sílabas JE, DE, NE, NI. Trátase de un nuevo jeroglífico que debe leerse: JAIS, DE, NEZ, NID^[107] y que oculta indicaciones topográficas.

Jais: una mina de azabache, cuya entrada se encuentra debajo de un dolmen

marcado con una cruz por Boudet, existe cerca de Sougraignes.

Dé: un menhir en forma de dado existe cerca del Serbaïrou.

Nez: la peña en forma de nariz representada en el cuadro existe también sobre el terreno, cerca de Peyrolles.

Nid: el punto culminante de la región es el nido de águilas del Cardou, rico en caolín.

Observamos que, al igual que el Cristo de la liebre de Rennes-les-Bains, el personaje del cuadro está en una gruta cuya entrada descubre un paisaje determinado. Antes de que unos desconocidos la mutilasen, la gruta de rocalla edificada por Saunière en el jardín de la iglesia constituía sin duda una maqueta fiel de la otra gruta cuya existencia se nos indica con tanta obstinación. Aquí, la situación del cuadro bajo el altar parece indicar que la entrada de dicha gruta se halla, efectivamente, bajo la mesa de piedra de un dolmen^[108]. La alusión al sitio llamado Fuente de la Madeleine (Magdalena lacrymas) y, de nuevo, al lugar llamado el Homme Mort (el cráneo), el enrejado y el regará^[109]. (comprendido en el sentido de abertura, de paso estrecho que puede ser, sobre el terreno, «la única esperanza del penitente» que trata de deslizarse en el interior de la caverna) completan las indicaciones del conjunto.

Ante el altar, una tercera «señal de la cruz» se impone al fiel, la cual nos lleva esta vez en primer lugar hacia la estatua de san Antonio, el ermitaño, estatua que nos indica otro lugar de los alrededores: la gruta de l'Ermitte, que se abre en el Homme Mort. Y, por añadidura, el investigador que se halle en Ren-nes-les-Château en la época oportuna o resida allí todo el año se dará cuenta, no sin sorpresa, de que los rayos solares que penetran por la vidriera situada en la pared de enfrente, van a parar exactamente a la estatua el día mismo en que se celebra la fiesta de san Antonio, el ermitaño, el 17 de enero. Y ello, una vez más, no puede ser fruto de la casualidad.

El último movimiento de la «señal de la cruz» nos conduce a la sacristía, donde dos inscripciones murales situadas a ambos lados de un espejo, ANTE MISSAM y POST MISSAM, nos recuerdan que el sacerdote debe lavarse las manos antes y después de la celebración del sacrificio. Pero lo más importante es que descubrimos que el armario empotrado destinado a guardar los ornamentos sacerdotales tiene un secreto: un doble fondo que camufla una puerta que conduce a su vez a una pieza oculta, a un pequeño saledizo semicircular débilmente alumbrado por un tragaluz. Recordemos que era en esta sacristía donde Bérenger se encerraba bajo dos vueltas de llave, por la noche, tras sus largos paseos por la montaña con el cuévano a la espalda. Nos lo imaginamos celebrando allí, para él solo, una especie de liturgia secreta del oro. Ante el tragaluz tapado por una cortina negra que le ocultaba a las miradas indiscretas, manipulaba (sin duda con respeto, con las manos purificadas como antes de subir al altar) el metal noble al que el ritual cristiano reserva el privilegio de tocar el pan y el vino consagrados, la carne y la sangre de Cristo, el metal que ofrece el primer Mago al niño Jesús: «Recibe, oh Rey, el oro, símbolo de la realeza». Y luego, terminada la tarea, escondido el oro y levantada la cortina, Bérenger debía de borrar

toda huella de su labor a su alrededor y en sus manos, las cuales se lavaba de nuevo, como después de la misa. Pero entonces, cuando para regresar a sus aposentos atravesaba su iglesia sumida en penumbra, la irónica mirada de Asmodeo, apostado cerca de la puerta, le recordaba que el oro es también metal vil e infame, inspirador de bajezas y de crímenes, y que, puro en las manos del Mago, fue en las de Judas el salario de la traición. Tras esta misa del oro, el cura, prisionero de su secreto, no podía encontrar más que un sueño agitado, tanto por las ambiciones como por los remordimientos y el temor...

Toda iglesia contiene el equivalente de un laberinto: es el calvario o *Via Crucis*. Esta serie de cuadros es, en efecto, una peregrinación para aquellos que no pueden ir a Tierra Santa, el itinerario de un viaje simbólico que el fiel es invitado a seguir el Viernes Santo, a la hora en que Cristo subió penosamente el escarpado camino del Gólgota. En cada estación se canta entonces el Stábat Máter: «Fijad las llagas del crucificado a mi corazón sólidamente».

Por su naturaleza misma, el *Via Crucis* se presta así a inscribir en él, bajo forma alegórica, indicaciones relativas a un itinerario concreto. Veamos si no será éste el caso en la iglesia de Rennes-le-Château.

Las palabras *Via Crucis*, que significan en latín «camino de la cruz», nos recuerdan, en primer lugar, que tanto en el mapa como sobre el terreno el padre Boudet empleó cruces para señalar, alrededor de Rennes, las etapas y los puntos de referencia de un enigmático itinerario. Hay cruces encarnadas grabadas en las rocas en el Cugulhou, en los Roulers y en el Cap de l'Homme; hay calvarios que señalan alineaciones en Coustaussa, en el puente del Sals, en Jaffus, etc. Pues bien, examinando con detenimiento la serie de cuadros que tenemos ahora ante nuestros ojos, descubrimos que, en efecto, de dicho camino de la cruz de lo que Bérenger Saunière, fiel a su método de cartografía a base de imágenes, nos habla. Y nos advierte al mismo tiempo que el citado camino, con la única diferencia de ser subterráneo, se parece al otro: el buscador que se porga a recorrerlo sufrirá hasta el límite de sus fuerzas como Jesús en el Calvario, sobre todo si lleva, como él, una pesada carga; quizá sufra todavía más, sin una Verónica para secarle la frente y sin un Cirineo para aliviarle. Por último, para que las indicaciones sean más claras, hay unas estatuas de santos, cuidadosamente elegidos por sus leyendas, colocadas entre los cuadros, subrayando la significación de éstos.

Por temor a abusar de la paciencia del lector, y también porque nuestro propósito no es tanto redactar un inventario exhaustivo como hacer ver, con pruebas, los métodos a que recurrieron los maestros de obra de este lugar singular entre todos para dar a conocer su mensaje, no analizaremos una por una las catorce estaciones del calvario. Nos limitaremos a unos cuantos ejemplos que ilustran los procedimientos empleados y el sentido del conjunto. Así, una vez en la iglesia de Bérenger Saunière, podréis ejercitar, si lo deseáis, vuestra sagacidad sobre los cuadros que, por falta de tiempo, dejamos de lado.

San Antonio, el ermitaño, que ya hemos visto antes, hállase colocado como en exergo. Evocador de grutas, nos recuerda que el recorrido tiene lugar bajo tierra; situado entre la primera y la última estación, nos indica que dicho recorrido es circular, que se sale por donde se ha entrado. La primera estación del *Via Crucis*, el juicio de Pilato, sitúa, como los otros monumentos que hemos examinado, el cuadro geográfico en el que debe desenvolverse nuestra búsqueda. Esta estación llama, de buenas a primeras, la atención por un detalle insólito: el procurador de Judea no se lava las manos en una jofaina, sino en una bandeja blanca sostenida por un negro. Blanchefort y Roco Negro: volvemos a hallar aquí un jeroglífico topográfico muy parecido al que figura sobre el extraño «Cristo de la liebre» de Rennes-les-Bains. Así se depara una nueva prueba de las intenciones y los procedimientos que se nos proponen.

Indicaciones del mismo género se leen en la sexta estación. En ella, un soldado levanta su escudo; se ve una torre medio tapada, así como una cúpula; Verónica tiende a Jesús el lino del sudario, mientras Simón Pedro observa la escena. Este conjunto nos indica con precisión cómo hay que orientarse sobre el terreno, bajo la forma de un jeroglífico completo que dejaremos al lector el placer de descifrar por sí mismo.

Si miramos con mucha atención la serie de las catorce estaciones, observaremos que en cada una de ellas el suelo está representado de modo diferente: una vez es blanco, otra negro, otra abigarrado; tan pronto es llano como sinuoso. Ninguna justificación tuvo el artista para pintar esas diferencias, salvo la necesidad de presentarnos, como en una maqueta, la serie de accidentes del terreno que el buscador encuentra en su recorrido. Igualmente las diversas posiciones de Cristo, imagen del caminante, y las de los personajes secundarios indican las diversas posiciones que impone al buscador, durante su ruta, la configuración del terreno: aquí se puede estar de pie, pero en otros sitios hay que agacharse, arrodillarse o arrastrarse por el barro; en este sitio se puede estar vestido, pero en otros habrá que desnudarse, etc.

En la tercera estación, por ejemplo, Jesús, de rodillas, desplaza con ambas manos una pesada piedra, gesto que no aparece en ningún relato evangélico y que aquí figura únicamente para indicarnos un paso estrecho, que obliga a estar de rodillas y en el que el camino está cerrado por una gran piedra que hay que desplazar.

En la cuarta estación, el caminante se ha levantado, pero, como indica el gesto del soldado, sólo halla ante sí una vía sin salida. Y mira hacia el agua que rezuma detrás de él, simbolizada por la Magdalena llorando, sugiriendo así el camino que hemos de seguir. Llegado a dicho punto, se pierde de vista la entrada.

Entre las estaciones tercera y cuarta, se halla colocada la estatua de santa Germana de Pibrac. Se supone que esta pastora occitana vivió a fines del siglo XVI, pero su existencia es tan dudosa que se esperó hasta 1867 para canonizarla. Dícese que para dar limosna tenía que ocultarse de su madrastra y que, habiéndola sorprendido ésta cuando llevaba pan a los pobres, la obligó a abrir su delantal, pero el

pan se convirtió inmediatamente en rosas. Dícese también que la citada pastora se iba a rezar lejos en el campo, de rodillas en el fango, delante de una mata, y que un día el brazo de un arroyo se secó milagrosamente para dejarla pasar. Largo tiempo después de la muerte de Germana, se halló su cuerpo intacto, pero con una deformidad: uno de sus brazos se hallaba encogido y seco.

Para el historiador de las religiones, esta leyenda no es más que una copia tardía de la santa Rosalina de Vilanova. En nuestro caso, para el visitante atento a las alegorías, Germana, pastora lo mismo que Ignace París, no sólo nos lleva, con sus rosas y su mata, al cuadro del «terreno Fleury», sino que coincide también con la indicación del Cristo arrodillado en el fango. Y, por último, parece indicar al caminante que debe meterse por el brazo seco de una corriente de agua.

En la décima estación varios detalles atraen nuestra atención: el caminante se ha despojado de sus vestiduras; es que, como nos muestra el cuadro, ha tenido que descender, bajo una cascada, una pared abrupta para alcanzar una sala inferior. El soldado de la derecha, por su posición, indica el sitio donde, una vez llegado allí, hay que poner el pie. El de la izquierda, cuya cabeza sale del cuadro para mejor llamar nuestra atención, echa a suertes la túnica sin costura; vean ustedes la mano que sostiene el cubilete: reproduce exactamente el gesto del Asmodeo de la pila de agua benita. Observen ustedes también los dados, desmesuradamente ampliados de tal forma que podamos leer los puntos: 5 y 7, que parecen indicar una medida, quizá la de los pasos que hay quedar.

Esta estación se halla separada de la siguiente por una estatua de san Roque. San Roque (que al parecer jamás existió) nació, según se dice, señalado con una cruz roja en el pecho. Estando en peregrinación, acabó con una epidemia de peste haciendo la señal de la cruz. Pero él mismo fue víctima de la enfermedad y conservó durante toda la vida una llaga supurante en la parte superior del muslo. Por su nombre y su leyenda, este personaje ficticio es extraordinariamente singular y muy rico en resonancias simbólicas. Su nombre francés, Roch, procede de rubeus (rojo), por alusión al color de la cruz con que nació señalando^[110]. Hecho curioso; esta señal es la misma con que se pretendía antaño reconocer, al nacer, a los reyes merovingios, que eran así de estirpe roja^[111]. En nuestro caso, de un modo más concreto, el santo señala a la vez una roca marcada con una cruz roja y un orificio que rezuma.

Estos limitados ejemplos, repitámoslo, no agotan el análisis de esta iglesia única en su género. Sólo los damos al lector para acostumbrarle a un lenguaje criptográfico como el de los sueños, pero también, como este último, coherente y preciso. Familiarizado con la región y su historia y con los ojos bien abiertos ante las imágenes, el viajero en que quizá se convierta el lector, al mismo tiempo que lea las indicaciones de un mapa mudo, podrá así convertirse un poco en psicoanalista de Bérenger Saunière y de sus misteriosos inspiradores.

¿Quiénes pudieron ser éstos? Probablemente una secta rosacruzista. Las rosas y las cruces grabadas sobre la puerta no son la única indicación de ello. En una obra

curiosa, un autor rosacruzista, Jacques Duchaussoy^[112], afirma que los rosacruces se manifiestan públicamente cada ciento ocho años y que en cada una de dichas manifestaciones proceden a la apertura de una sepultura que contiene documentos. Esta información ofrece indudable interés si se aplica al asunto de Rennes. En efecto, en 1783 el padre Bigou redacta el epitafio de la tumba Blanchefort y disimula unos documentos en la iglesia. Y exactamente ciento ocho años después, en 1891, Bérenger Saunière halla dichos documentos y procede a la apertura de la sepultura de Blanchefort. Por último, si añadimos ciento ocho años más a 1891, tendremos 1999, último año del segundo milenio de nuestra Era, fecha apropiada para favorecer las especulaciones y las pretensiones proféticas de los defensores de la teoría de los ciclos. Aquí tenemos, sin duda, una clave que explica el interés que desde hace mucho tiempo tienen por Rennes algunas sectas esoteristas, así como el ambiente turbio y turbador que han conseguido hacer reinar en dicha localidad.

El viajero se sonreirá también del candor de los buscadores de tesoros que, en diversas ocasiones, han invadido la iglesia de Rennes. Impresionados por la insistente rareza de sus moradores de escayola y yeso, no han pensado como hubiesen debido en los jeroglíficos del Magasin pittoresque, sino en los autómatas de Vaucanson. ¡Para ellos no cabía la menor duda de que aquellas estatuas estaban huecas, tenían alguna trampa o estaban provistas de Dios sabe que mecanismos secretos! Sondeando por aquí, levantando por allá, algunos de ellos llegaron hasta a arrancarle el ojo al diablo, persuadidos de que disimulaba un botón que iba a abrirles alguna puerta; poco faltó para que no echasen abajo el fauno hético que sostiene la pila de agua bendita. Ignoraban que la herramienta del investigador no es ni el pico ni la pala: es el cerebro. También les faltaba esa pizca de locura que es lo único capaz de espolear al razonamiento hacia las llanuras del descubrimiento.

CIERTO PELIGRO

Ha terminado la visita al Palacio de los Espejismos. Ya tenemos ganas de volver a la realidad familiar que nos traen un almanaque, un diario, la radio o la televisión; la del acontecimiento comprobado, del reportaje y, en ocasiones, del suceso. Pero aquí, en estos rincones perdidos del Razés, no contemos con que esta realidad disipe el espejismo y nos tranquilice...

Guillaume Servin, el agente del poder real, asesinado en 1340 por los nobles fabricantes de moneda falsa del Bézu, no es el único que ha perecido de muerte violenta por haberse interesado demasiado de cerca por el oro de Rennes.

El 27 de mayo de 1732, el párroco de Niort-de-Saux, Bernard Mongé, fue hallado de madrugada tendido ante la puerta de su jardín, muerto, con la cabeza aplastada. Su asesino se llamaba François de Montroux y era, precisamente, el tutor de Marie de Négri d'Ables, futura esposa de François d'Hautpoul, marqués de Blanchefort. Inmediatamente después del crimen, Montroux, baile de la comarca de Sault, abandonó la región y no pudo ser testigo en el casamiento de su pupila. El motivo de este asesinato, por lo menos en apariencia, era baladí: Montroux hacía valer sus pretendidos derechos sobre el rectoral de Niort-de-Saux que Mongé no quería ceder. Tras un tiempo de destierro, Montroux volvió a la comarca; en cuanto al rectoral en litigio, fue comprado por François d'Hautpoul de Blanchefort con dinero prestado por el que había sido tutor de su esposa^[113].

En la mañana del día de Todos los Santos del año 1897, el padre Antoine Gélis, párroco de Coustaussa (frente a Rennes), fue hallado muerto en su casa rectoral. He aquí cómo el Courrier de l'Aude (periódico que se publicaba por entonces bajo la divisa, tomada de la ley sálica: «Cristo ama a los francos») narró el crimen:

«Tendida en un charco de sangre que le empapa abundantemente la sotana, la víctima tiene las manos sobre el pecho y una de sus piernas dobladas está vuelta hacia dentro. El padre Gélis, atacado por el asesino con violencia y encarnizamiento inauditos, no tiene menos de doce a catorce heridas horribles en la cabeza, un poco por encima de la nuca. En varios sitios el cráneo está fracturado, viéndosele los sesos. Tres heridas de menor importancia presenta el rostro del cadáver. Los tabiques y el techo de la cocina tienen grandes manchas de sangre. Mientras que algunas de las heridas parecen haber sido hechas con un instrumento contundente, otras parecen haberlo sido con un instrumento cortante. Todo hace suponer que la víctima no ha sucumbido sin oponer desesperada resistencia. Se ha hallado intacta una cantidad de mil quinientos francos; sin embargo, los cajones estaban abiertos y todos los muebles habían sido registrados. ¿Por qué? Si no iba a robar dinero, acciones o valores cualesquiera, el asesino, que tan minuciosamente lo ha escudriñado todo, ¿no trataría por casualidad de hacer desaparecer algún papel? Es una simple suposición. Hace algunos años unos hombres enmascarados habían penetrado en la casa del cura;

jamás se ha sabido quiénes fueron los autores de dicha violación de domicilio. Sobre este horrible drama reinará el mayor misterio. No hay ningún testigo, ningún sospechoso, ninguna pista: sólo Dios conoce al culpable».

El periódico no se equivocaba: este crimen jamás ha sido esclarecido. Al entierro del padre Gélis fue mucha gente. Entre los asistentes figuraban dos colegas de la víctima: los curas de Rennes-les-Bains y Rennes-le-Château, los padres Boudet y Sáunière.

Este asunto está hoy tan bien enterrado en el inconsciente, incluso en el de los de los concienzudos archiveros del obispado de Carcasona, que jamás nos habríamos enterado de él si la casualidad no nos hubiese hecho encontrar, en 1963, a un anciano sacerdote muy erudito, el padre Joseph Courtauly, párroco de Villarzel-du-Razès. Al llegar a la ancianidad, este sacerdote se había vuelto muy desconfiado y llegaba hasta a negarse a abrir la puerta al vicario general del obispado. He aquí, tal y como las grabamos en cinta magnetofónica, las interesantes confidencias que nos hizo:

«En 1908 fui a pasar dos meses a casa de Saunière, a Rennes-le-Château; apenas si tenía yo entonces dieciocho años. Es un paraje admirable, pero lleno de corrientes de aire. Sáunière era un hombre notable. Con su ayuda realicé yo una pequeña pintura en la iglesia de Rennes: se preocupaba del menor detalle.

»...Claro que sí; Boudet firmaba Edmond Boudet, pero su nombre era Jean-Jacques-Henri Boudet. ¡Un verdadero caso, el tal Boudet! En mayo de 1914 se marchó de Rennes-les-Bains; había tenido dificultades con el obispado. Se destruyeron delante de él sus manuscritos, y su libro Lazare fue quemado. Fue el padre Rescanière, misionero diocesano, quien se hizo cargo de la parroquia de Rennes-les-Bains en mayo de 1914; intentó esclarecer el asunto Boudet-Saunière, pero un lunes, hacia la una o las dos de la madrugada (era el 1.º de febrero de 1915), recibió a dos visitantes cuyas huellas se perdieron para siempre. Por la mañana estaba muerto, completamente vestido, sobre el entarimado; el motivo de su muerte es todavía un misterio^[114]. Boudet, deprimido, está en Axat; se decide a escribir al obispado, el 26 de marzo de 1915, acerca de Rescanière, pero cuando el delegado del obispado llega el martes 30 de marzo de 1915, hacia las veinte horas, el padre Boudet ha muerto hace poco en medio de atroces sufrimientos. Aquel mismo día había recibido la visita de dos hombres... También hubo muertes extrañas en aquel período, como la del cura de Coustaussa, quien, habiendo ido a buscar unas medallas a Rennes-les-Bains, fue asesinado a puñaladas, sin que fueran hallados ni el asesino ni el arma.

»... Las losas sepulcrales de Rennes-le-Château fueron copiadas por Stublein, cuyo libro ha sido destruido sin que se sepa exactamente por qué. Yo soy probablemente el único que tiene ese libro. Era de la época del padre Mocquin...».

Llegada a este punto la conversación, el anciano padre Courtauly había de reservarnos una sorpresa sensacional que era al mismo tiempo, para nosotros, la más sólida de las confirmaciones.

—Padre —le preguntamos—, ¿el tesoro de Rennes ha existido verdaderamente?

Respuesta:

—Es un tesoro verdadero. Por cierto que yo he guardado monedas de Saunière que aquí tengo conservadas.

El anciano saca de dos cofrecitos una soberbia colección numismática y declara:

—Mire; no se trata de la época de san Luis. Era mucho antes; no son monedas de dicha época. Datan del 600, del 700: son monedas de Dagoberto. Las hay hasta del tiempo de los visigodos. Lo que yo poseo aquí son dos colecciones de aquella época: llevan el sello de los merovingios.

Somos, sin duda, los últimos en haber hablado de los enigmas de Rennes con el anciano padre Courtauly; éste había de morir al año siguiente, en noviembre de 1964^[115].

La muerte de Bérenger Saunière, en enero de 1917, no extinguió en modo alguno el interés de ciertas personas por este misterioso asunto. Desde entonces, en efecto, el obispado de Carcasona no ha dejado nunca de seguir de cerca todo lo que podía ocurrir en Rennes-le-Château, preocupándose especialmente y con constancia de adquirir, sea directamente, sea por medio de otras personas, las propiedades que Bérenger había dejado en herencia a su sirvienta Marie Denarnaud. Pero ésta no tenía la menor gana de desprenderse de ellas. Quedaba la esperanza de que al hacerse vieja se dejara por fin convencer.

En 1945, Marie Denarnaud tiene setenta y siete años. Y ocurre que uno de sus parientes lejanos se encuentra, llegada la liberación, en situación difícil: su civismo ha dejado bastante que desear durante los años de la ocupación y se halla internado en un campo de la región. El obispado concibe entonces la idea de un trato y confía el cuidado de llevarlo a buen fin a un sacerdote, destacado miembro de la Resistencia, a quien los electores acaban de llevar a la Asamblea. Si el detenido se compromete a convencer a su parienta de que ceda sus bienes de Rennes-le-Château, se hará que le liberen inmediatamente. El pecador, naturalmente, no rehusó tal absolución. Pero si el parlamentario con sotana hizo honor a su palabra, fue el único en hacerlo...

El cambio de billetes de Banco decretado de improviso por el Gobierno Ramadier arruinó a la anciana sirvienta. Hasta entonces y durante treinta años, ésta había vivido desahogadamente. El día en que la citada medida fue adoptada, quemó en su jardín enormes fajos de billetes que de pronto ya no servían.

Poco después, Marie Denarnaud cedía a su hostelero, Noel Corbu, contra una renta vitalicia, la finca de Bérenger Saunière. Animado de excelentes sentimientos, el nuevo propietario decidió conservar a su lado a la anciana solterona y cuidarla bien. Dueño ya de la propiedad, el hostelero se enteró, por pura casualidad, de que había «tesoro encerrado». Puede uno imaginarse su sorpresa ante esta súbita revelación. En todo caso, la duda no atravesó ni un solo momento su mente; igual que los hijos del viejo labrador de La Fontaine, puso manos a la obra y trabajó de firme. ¿Cómo no animarse? Ciertamente es que Marie permanecía muda como las losas borradas del

cementerio, pero había consentido en entregar a *Monsieur* Corbu lo poco que quedaba de los papeles de su antiguo señor. Y un día se atrevió a soltar una medio confidencia:

—Antes de morir —dijo la antigua sirvienta al hostelero, quien lo ha contado él mismo—, le confiaré un secreto que hará de usted un hombre poderoso...

El 29 de enero de 1953, Marie Denarnaud sufrió una congestión cerebral.

—Yo estaba a la cabecera de su cama —cuenta Noël Corbu—. Ella me cogió la mano, clavó su mirada en la mía y, en un último sobresalto de energía, intentó cumplir su promesa y hablarme. Sus labios blanquecinos se movían con precipitación. Habló largo rato, pero ningún sonido inteligible consiguió salir de su garganta paralizada.

Al día siguiente, a los ochenta y cinco años de edad, Marie Denarnaud fue enterrada al lado de Bérenger Saunière, llevándose el secreto que ella había sido la única en compartir con él.

René Descadeillas, conservador de la biblioteca de Carcasona, hombre sabio y bien informado, conoce a fondo la historia de la antigua capital del Razés, a la que ha consagrado la importante obra que en el curso de nuestro relato hemos tenido ocasión de citar varias veces. En 1966 fuimos a hacerle una visita.

—Bérenger Saunière —nos dijo— no era más que un vulgar estafador al mismo tiempo que un embaucador; era pillo pero inculto, casi ignorante. En cuanto al origen de su fortuna, no hay misterio alguno; se hizo entregar donativos por personas ricas que guardaron el anónimo por no indisponer a sus herederos. Y además traficaba con las misas. ¿Los manuscritos? No los encontró; los confeccionó él mismo para impresionar a aquellos a quienes engañaba. Y la decoración de su iglesia la compró ya hecha, en París, cerca de Saint-Sulpice.

Este final atenuó algo el efecto convincente de la demostración a la que servía de colofón: en efecto, en aquel momento salíamos de la iglesia de Rennes-le-Château. Pero cuando la duda que nos rondaba se cambió definitivamente en perplejidad, fue cuando supimos, poco tiempo después, que el sabio conservador, con algunos de sus amigos, había emprendido él mismo en Rennes-le-Château una campaña de excavaciones.

El sábado 31 de marzo de 1956, el conservador *Monsieur* Descadeillas; *Monsieur* Malacan, médico de gran erudición; *Monsieur* Brunon, óptico, y *Monsieur* Despeyronat, cuya debilidad es la radiestesia, se afanaban en Rennes-le-Château. Empezaron por excavar en la iglesia, delante del altar mayor, allí donde se hallaba antaño la «losa del caballero» bajo la cual Bérenger Saunière había descubierto, en una olla, una modesta cantidad. Y en dicho lugar los buscadores descubrieron una calavera humana con una incisión en lo alto del cráneo. Gracias a la amabilidad del doctor Malacan, que la ha conservado, hemos podido examinar y fotografiar dicha calavera. Es la de un hombre, y la incisión que tiene, de forma regular y sin esquirlas, parece ser una herida ritual, análoga a las que se encuentran en los cementerios

merovingios de Lorena y de Montferrand (Aude) o en la cabeza del menhir antropomorfo de Rennes-les-Bains conocido por el nombre de san Dagoberto^[116].

Los buscadores fueron a continuación al jardín de Bérenger Saunière, donde se pusieron a hacer un pozo. Llegados a un metro y medio de profundidad, pudieron comprobar que alguien había pasado ya por allí antes que ellos. Esta evidencia adoptó una forma muy poco tranquilizadora. En efecto: vieron aparecer bajo el acero de los picos tres cadáveres en descomposición. Trozos de carne, cabellos y unos bigotes estaban adheridos todavía a las osamentas. Sobre los cuerpos, jersey y trozos de prendas. Se trataba de tres hombres de unos treinta y cinco años de edad, muertos a tiros. Un capitán de gendarmería y un médico forense fueron acto seguido a examinar los cadáveres. Las diligencias fueron confiadas a un juez de Instrucción, pero no se obtuvo ningún resultado: las víctimas no fueron identificadas nunca, ni tampoco descubiertos sus asesinos.

En 1960, un funcionario parisiense llega a su vez a Rennes-le-Château. Tiene en el bolsillo, según asegura, un contrato perfectamente en regla que acaba de firmar con el obispado de Carcasona y cuyo objeto es la apertura de nuevas excavaciones, esta vez en la iglesia. Para llevarlo a cabo, solicita, obteniéndola pronto, la autorización del municipio, a pesar de estar éste escaldado. Se limitan a convenir por ambas partes que las excavaciones no serán divulgadas. Ayudado por tres amigos, nuestro hombre comienza sus pesquisas. A cada sesión, y para evitar los importunos, el grupo se encierra con llave en la iglesia. Un atardecer de la primavera de 1960, cuando abría para salir la puerta del edificio, el investigador parisiense ve caer delante de él una masa oscura. Apenas si tuvo tiempo de dar un salto atrás.

—Lo que me ha salvado —cuenta el interesado— es que el sol se ponía en aquel momento enfrente de mí; así he podido ver como un relámpago la sombra del objeto que caía y salvarme por muy poco.

Era un tablón que había sido colocado contra la puerta, de forma que cayera al abrir ésta. El funcionario escapado del peligro se dio por enterado: desapareció de la región y no ha vuelto más.

El 20 de mayo de 1968, *Monsieur* Noël Corbu, último dueño de la propiedad y de los papeles de Bérenger Saunière, falleció de muerte violenta entre Castelnaudary y Carcasona: accidente de automóvil. ¿Tiene este accidente alguna relación con el que costó la vida, el 20 de febrero de 1967, a otro curioso de los misterios de Rennes, Fakhar Ul Islam, cuyo cadáver fue encontrado, cerca de Melun, sobre el balasto de la vía férrea París-Ginebra? Sea como fuere, lo cierto es que de los restos informes de su «Renault 16» fue sacado, irreconocible, el cadáver de *Monsieur* Corbu.

Unos días más tarde, el 18 de junio de 1968, monseñor Boyer, vicario general del obispado de Carcasona, que, como hemos visto, se interesaba particularmente por el enigma, escapó por poco a igual destino. Cerca de Carcasona, en el lugar conocido por el Pont du Diable, su coche se estrelló contra un poste. Con una pierna rota, una fuerte contusión en el tórax y una grave herida en la cabeza, el prelado salvó la vida

por verdadero milagro.

El padre Maurice-René Mazières, párroco de Villesèquelande, cerca de Carcasona, es el más amable y circunspecto de los hombres. De mirada profunda y franca, y cara mofletuda suavizada por una nivea cabellera, este antiguo abogado, que abrazó tarde el estado eclesiástico, es uno de los mejores historiadores del Razés y uno de los colaboradores más eruditos de la docta Sociéte des Arts et Sciences de Carcassone. ¿Cómo no habría de apasionarse por los misterios del Razés, él que conoce cada piedra de esta tierra? Una noche, de improviso, fuimos a llamar a su puerta. Nos la abrió de par en par tras haber comprobado, a través de la mirilla, que no teníamos una apariencia demasiado mala. En su casa rectoral, severa y desnuda como la celda de un monje, estuvimos hablando una velada entera sobre la singular historia que os acabamos de contar. Nos suministró muchos elementos para orientar nuestra encuesta.

—En resumen —nos dijo el padre Mazières hacia el final de aquella larga conversación—, ¿usted desea estudiar todo lo concerniente a este asunto lo bastante de cerca para poder escribir un libro entero sobre él?

—Esa es exactamente mi intención.

Llenando por última vez los vasos de un inolvidable armagnac, el padre Mazières me miró entonces cara a cara y, sin elevar la voz, me dijo:

—Comprendo que se interese usted tanto por este asunto; también a mi me apasiona. Pero tengo que prevenirle: entraña cierto peligro...

EL 17 DE ENERO

La insistencia con que la fecha del 17 de enero aparece de manifiesto en Rennes-les-Bains y Rennes-le-Château nos ha incitado a hacer un recuento de las tradiciones y acontecimientos característicos relativos a dicha fecha.

Santos que se celebran el 17 de enero: Santos Sabas, Sulpicio, Antonio (el ermitaño) y Genulfo.

17 de enero de 1329: Muerte de Santa Rosalina de Vilanova en La Celle, cerca de Arcs sur Argens, en Provenza.

17 de enero de 1382: Dícese que Nicolás Flamel transformó el mercurio en plata.

17 de enero de 1794: Fecha posible de la sustitución del Delfín Luis XVII en el Temple.

17 de enero de 1851: Manifestación diabólica en Cideville.

17 de enero de 1871: La Virgen, sosteniendo una cruz roja, se aparece a unos jóvenes pastores de Pontmain (Mayenne) para pedir la consagración de Francia al Sagrado Corazón. Consecuencia: erección de la basílica del Sacré Coeur de Montmartre por un voto de Rohault de Fleury.

17 de enero de 1954: El Papa ofrece su vida «para evitar los desastres».

Ni que decir tiene que no sacamos de esta enumeración ninguna conclusión mística, lo cual no impide que algunos hayan podido hacerlo.

INDICE DE LOS PRINCIPALES NOMBRES CITADOS

Beauséjour (Paul-Félix Beurain de). —Obispo de Carcasona de 1902 a 1930.

Bieil (Jean-François-Victor). —Nacido el 19 de febrero de 1835 en Boulogne-sur-Gesse (Alto Garona), ordenado sacerdote en 1858, director del seminario de Saint-Sulpice en 1875, vicario general de la diócesis de París, muerto el 23 de enero de 1898 en Salies-du-Salat (Alto Garona).

Bigou (Antoine). —Nacido el 18 de abril de 1719 en Sournia. Párroco de Rennes-le-Château de 1774 a 1790. El 20 de febrero de 1791 presta, con reservas, el juramento, que es rehusado. Muerto el 21 de marzo de 1794 en Sabadell (España).

Bigou (Jean). —Nacido en 1702. Párroco de Rennes-le-Château de 1736 a 1774. Muerto en 1776 en Rennes-le-Château.

Billard (Félix-Arsène). —Obispo de Carcasona de 1881 a 1902.

Boudet (Jean-Jacques-Henri). —Nacido en Quillan (Aude) el 16 de noviembre de 1837. Ordenado sacerdote el 25 de diciembre de 1861. Párroco de Rennes-les-Bains de 1872 a 1914. Muerto el 30 de marzo de 1915 en Axat (Aude).

Calvé (Emma). —Nacida el 15 de agosto de 1858 en Decazeville (Aveyron). Muerta el 6 de enero de 1942 en Millau (Aveyron).

Cayron (Emile-François-Henri-Géraud de). —Nacido el 11 de diciembre de 1807 en Aubin (Aveyron). Ordenado sacerdote en 1833. Párroco de Saint-Laurent-de-Cabrerisse (Aude). Muerto el 3 de enero del año 1897 en Toulouse (Alto Garona).

Courtauly (Guillaume-Jean-Joseph). —Nacido el 31 de mayo de 1890 en Villarzel-du-Razès (Aude). Ordenado sacerdote en 1921. Muerto el 11 de noviembre de 1964 en Villarzel-du-Razés (Aude).

Denarnaud (Marie). —Nacida en 1868 en Esperaza (Aude). Muerta el 29 de enero de 1953 en Rennes-le-Château (Aude).

Gelis (Jean-Antoine-Maurice). —Nacido el 1.º de abril de 1827 en Villesèquelande (Aude). Párroco de Coustaussa (Aude) en 1857. Muerto el 1.º de noviembre de 1897 en Coustaussa (Aude).

Habsbourg (Jean-Stéphane de, conde de Méran, barón de Brandhof). —Nacido en

1867. Contrae matrimonio en 1891 con Ladislaia de Lamberg. Muerto en 1947.

Hoffet (Emile-Henri). —Nacido el 11 de mayo de 1873 en Schitigheim. Muerto el 3 de marzo de 1946 en París.

Mocquin (Charles-Eugène). —Párroco de Rennes-le-Château (Aude) de 1881 a 1884. Rescanières (Joseph-Marie-Casimir). —Párroco de Rennes-les-Bains (Aude) de 1914 a 1915. Saunière (François-Bérenger).— Nacido el 11 de abril de 1852 en Montazels (Aude). Ordenado sacerdote en 1879. Párroco de Rennes-le-Château (Aude) el 1.º de junio de 1885. Suspendido el 11 de abril de 1915. Muerto el 22 de enero de 1917 en Rennes-le-Château (Aude).

AGRADECIMIENTOS

Las encuestas de la índole de la que constituye el objeto de este libro son siempre difíciles y no se pueden llevar a término sin muchas colaboraciones. Queremos dar las gracias particularmente al coronel Arnaud, director del personal de transmisiones del Ejército de Tierra; a *Monsieur* René Chésa; a *Monsieur* Noël Corbu; a *Monsieur* Jacques Debant, director de los archivos departamentales del Aude; a *Monsieur* René Descadeillas, conservador de la biblioteca de Carcasona; al comandante Edmond Lerville, presidente de la Asociación de reservistas del servicio de Cifrado; al doctor Malacan; al conde Maravel de Niort; al padre Maurice-René Mazières; a nuestro colega Pierre Pons, de La Dépêche du Midi, y a *Monsieur* Vilcoq, especialista en criptografía, así como a las personas que han deseado conservar el anónimo pero cuyas informaciones no han sido para nosotros las menos valiosas.

Bibliografía

Abadal. *Del reino de Tolosa al reino de Toledo*. Madrid, 1960.

Arnold (Paul). *Histoire des Rose-Croix*. París, año 1955.

Blancasall (Madeleine). *Les descendants mérovingiens ou l'énigme du Razès wisigoth* (traducido del alemán por Walter Celse-Nazaire). Ginebra.

Boudet (H.). *La vraie langue celtique et le cromleck de Rennes-les-Bains*. Carcasona, 1886. Lazare, Veni foros, 1891.

«Bulletin de la Société des études scientifiques del'Aude», Carcasona.

«Buts de promenade et objets curieux des environs de Rennes-les-Bains», Toulouse, sin fecha.

Descadeillas (René). *Rennes et ses derniers seigneurs*. Toulouse, 1964.

«Notice sur Rennes-le-Château et l'abbé Saunière». Carcasona, 1962.

Fedié (Louis). *Histoire du comté de Razès et du diocèse d'Alet*. Carcasona, 1880.

Feugère (Pierre). *Le Serpent Rouge*. Jaffus (A.).

La cité de Carcassonne et les trésors des Wisigoths. Carcasona, sin fecha.

Jaffus (F.). *La cité de Carcassonne a-t-elle renfermé une partie des trésors du temple de Jérusalem?* Carcasona, 1867.

Labouisse-Rochefort. *Voyage à Rennes-les-Bains*. París, 1832.

Laroque. *Annuaire historique et généalogique de la province de Languedoc*. París, 1861.

Lasserre (Joseph-Théodore). *Recherches historiques sur la ville d'Alet et son ancien diocèse*. Carcasona, 1877.

«Histoire du pèlerinage de Notre-Dame-de-Marceille», près Limoux, 1891.

Lizop (R.). «Un peuple gaulois inconnu dans la haute vallée de l'Aude». En *Annales du Mii*, tomo núm. 69, abril de 1957.

Lobineau (Henri). *Généalogie des rois mérovingiens et origine des diverses familles françaises et étrangères de souche mérovingienne, d'après l'abbé Pichon, le docteur Hervé et les parchemins de l'abbé Saunière, curé de Rennes-le-Château*. Ginebra, 1956.

«Dossiers Secrets, París, 17, quai de Montebello».

Mazières (Maurice-René). «La venue et le séjour des Templiers du Roussillon à la fin du XIII siècle et au début du XIV^o siècle dans la vallée du Bézou (Aude)», en *Mémoires de la Société des Arts et Sciences de Carcassonne*, 4.a serie, tomo núm. III, 1957-1959.

Métraux (Maurice). *Les «Blanquefort» et les origines wikings dites normandes de la Guyenne sous la jéodalité*. Burdeos, 1963.

Roux (S.). *L'affaire de Rennes-le-Château*. Leva-llois-Perret, sin fecha.

Stublein (Eugène). *Pierres gravees du Languedoc*. Limoux, 1884. (Tirada separada de las láminas XVI a XXIII, editada por el padre Joseph Courtauly, Villarzel-du-Razès, 1962).

Rennes-les-Bains: *description*, sin lugar ni fecha.

Vaissète (Dom) et Vic (Dom de). *Histoire générale du Languedoc*.

Vidal (J.-M.). *Note sur la parenté de Benoit XII*, sin lugar ni fecha.

Fuentes manuscritas:

«Archivos nacionales: Ms. JJ. 68 n.º 348».

«Archivos departamentales del Aude», serie 0: Rennes-le-Château.

«Archivos privados de M. R. Chésa».

Mazières (M.-R.). *Notas manuscritas sobre la historia del Razés* (comunicadas por su autor).

Saunière (François-Bérenger). *Un cuaderno manuscrito* (archivos privados de Monsieur Noël. Corbu).

notas

[1] La pila de agua bendita, en español. (*N. del T*) <<

[2] La pila de agua bendita, en español. *(N. del T)*. <<

[3] Piedra del Pan. <<

[4] Mano del Diablo <<

[5] Pecho. <<

[6] Sillón. <<

[7] Baños de Rennes. <<

[8] Palabra catalana y provenzal: nombre dado en los países mediterráneos a una formación vegetal secundaria (encinas mezcladas con matorrales y plantas herbáceas) que aparece en los suelos calcáreos tras la destrucción del bosque (LAROUSSE). <<

[9] El moral, introducido en Francia por el Papa Clemente V (Bertrand de Goth), se llama en lengua de Oc amourié; la leyenda sitúa bajo dicho árbol la muerte por amor de Píramo y Tisbe. <<

[10] Nombre francés de Betania, aldea donde murió Lázaro, cerca de Jerusalén. (*N. del T.*) <<

[11] Esta iglesia fue consagrada en 1059 a santa Magdalena. (N. del A.) <<

[12] Museo de figuras de cera creado en París en 1882 por Alfred Grévin. (*N. del T.*)

<<

[13] Esta fuente fue construida en 1751 por Jean-Bernard Caries. <<

[14] Literalmente, «perdigón raro», en español. (*N. del T.*) <<

[15] Iglesia de París y seminario adyacente a la misma. (*N. del T.*) <<

[16] Quizá fuera Hoffet quien puso en relación a Emma Calvé y Saunière. En efecto; Hoffet y la cantante eran ambos íntimos del compositor Claude Debussy, en casa del cual pudieron así haberse conocido Emma y Bérenger. <<

[17] De esta sepultura se ha extraído, al excavarla nuevamente hace unos años, un cráneo muy singular del que hablaremos más adelante. <<

[18] René Descadeillas: *Notice sur Rennes-le-Château et l'abbé Saunière.* <<

[19] AQUÍ YACE NOBLE MARIE DE NEGRE DARLES DAMA DHAU-POUL DE
BLANCHEFORT DE SESENTA Y SIETE AROS FALLECIDA EL 17 DE ENERO
DE 1781 REQUIESCAT IN PACE. <<

[20] A. Fages, *Bulletin de la Société des Etudes Scientifiques de l'Aude*, tomo xx, 1909. <<

[21] En el obispado de Carcasona, algunas personas niegan a veces que el proceso Saunière llegase hasta Roma; no obstante, ciertas piezas del proceso romano se hallan en los archivos privados de un coleccionista, *Monsieur Noël Corbu*. <<

[22] René Descadeillas: *Notice sur Renne-le-Château et l'abbé Saunière.* <<

[23] Sobre estos hallazgos véase el trabajo del padre M.-R. Mazières: «La llegada y la permanencia de los Templarios del Rosellón a fines del siglo XIII y principios del XIV en el valle del Bézu», en *Mémoires de la Société des Arts et Sciences de Carcassonne*, 1957-59, tomo II. <<

[24] En los papeles personales de Bérenger Saunière hemos hallado también el siguiente extraño criptograma:

YENSZNUMGLNYYRFVHENMZF
POSOT+PECHEUR+A+L'EMBZ
VOUCHURE+DU+RHONE,SONZ
UPOISSON+SUR+LE+GRIL+F
LDEUX+FOIS+RETOURNA.UD
RN+MALIN+SURVINT+ET+XH
RXV+FOIS+LE+GOUTA+.CUZ
TIT,IL+NE+LUI+RESTA+QV
KUE+L'ARETE.+UN+ANGE+T
NVEILLAIT+ET+EN+FIT+UQ
YNPEIGNE+D'OR.B.S.CURH
OVTSVKYRMSTIJPZCKPFXKA <<

[25] Plaza fuerte, ciudad fortificada. (*N. del T.*) <<

[26] C. I. Barante, prefecto del Aude: *Essai sur le département de l'Aude adressé au ministre de l'Intérieur*, Carcassonne, Brumaire an IX. <<

[27] Abbé Delmas: Memoria manuscrita de 1704, citada por el doctor P. Courrent (*Notice historique sur les bains de Rennes*). <<

[28] Véanse las obras de Louis Fédié y del padre Lasserre. Por cierto, que un altar dedicado a Aer Red ha sido descubierto en la región (véase Du Mège, *Archéologie pyrénéenne*, tomo II, p. 142). La asociación de la serpiente y el carro en el nombre de Rennes-le-Château no ha dejado de suscitar interpretaciones astronómicas. <<

[29] Véase el *Essai sur la toponymie de l'Aude*, del canónigo A.-A. Sabarthès, 1907, págs. 12 y 13. <<

[30] Véase R. Lizop: Un peuple inconnu dans la haute vallée de l'Aude, en Annales du Midi, 1957. <<

[31] Guillaume de Catel, *Mémoires de l'histoire du Languedoc*. <<

[32] Félix de Rosnay: *Le hiéron du Val-d'Or*, Paray-le-Monial, 1900. <<

[33] Louis Fédié: «Estudio histórico sobre el alto Razés», en *Mémoires de la Société des Arts et Sciences de Carcassonne*, tomo IV, 1879-84. <<

[34] Cual un mísero, desnudo, / con su semblante huraño, / calva y extravagante la frente, / armado de una alabarda, / al pie de ese blanco monte, / el ángel de raza bastarda, / de tono seco y ridículo / tiene constantemente bajo su custodia / esa inmensa cantidad / que desde esta roca yo miro / como si yo hubiese venido / para montarle una guardia / y robar ese contenido / que de ceder él no tiene intención. <<

[35] Brujo o hechicero en lengua de Oc <<

[36] Campesinos que cometieron devastaciones en Francia en el siglo XIII. (*N. del T.*)

<<

[37] En 1238, «los de Blanchefort» no pagaban más que un sol en concepto de talla o pecho, estando además, en lo fiscal, agregados a Coustaussa (Assignat [*] de Pierre de Voisins, según una carta de Luis VIII). Así, pues, ya en dicha época habían desaparecido el castillo y la aldea. (*) Palabra francesa antigua que se refiere a la constitución de una renta sobre una herencia.(*N. del T.*) <<

[38] Louis Fédié: *Le comté de Razés et le diocèse d'Alet*, Carcasona, 1880, pág. 392. Las tumbas de los reyes de Judá eran los sepulcros de David y sus descendientes. Excavados en la roca o dispuestos en cavernas naturales cuya entrada estaba obstruida por un monolito, dichos sepulcros eran propiedad de una familia; se volvían a abrir cada vez que había que depositar en ellos un nuevo cuerpo. Se hallaban en la Ciudad de David, es decir, en la parte de Jerusalén donde se elevaba la fortaleza jebusea de Sión; al Norte de dicha Ciudad, en un emplazamiento escogido por el mismo David, Salomón hizo construir el Templo (véanse los libros bíblicos de los Reyes y las Crónicas, así como Samuel II, V, 7-9). No obstante, la tradición musulmana ubica el sepulcro de David fuera de la Ciudad, en el edificio en que la tradición cristiana sitúa el Cenáculo. <<

[39] Lamoignon de Basville, *Mémoires pour servir à l'histoire du Languedoc*, Amsterdam, 1734 pág. 251. <<

[40] Gensanne, *Histoire naturelle de la province de Languedoc*, Montpellier, 1775, págs. 185-187. <<

[41] *Essai sur le département de l'Aude adressé au ministre de l'Intérieur par C. J. Barente*, préfet de ce département, Brumario del año IX. <<

[42] Propiciatorio, lámina cuadrada de oro puro que se ponía sobre el arca. (*N. del T.*)

<<

[43] Véase el *II Libro de las Crónicas*. <<

[44] Véase el *II Libro de los Macabeos*. <<

[45] Procopio: *De bello gothico*, II. <<

[46] *Crónica de Fredegario*, 73. <<

[47] Louis Fédié, *ob. cit.* <<

[48] *Cartulaire des Templiers de Douzens*, publicado por Pierre Gérard y Elisabeth Magnou bajo la dirección de Philippe Wolf, París, 1965. <<

[49] Campagne-sur-Aude, que pertenecía a Roger, vizconde de Rennes, había sido hipotecado por éste a Bernard Sirmondi d'A Niort, señor del Bézu (Archivos del Departamento del Alto Garona, Orden de Malta: Campagne, 1147, Kal/Aug.). <<

[50] Comunicación del padre R.-M. Mazières. <<

[51] «Nuestros antepasados estaban acostumbrados a ir a buscar grandes cuadrillas, como colonias de alemanes, para extraer esos preciosos metales, por ser más maduros y experimentados en la busca de los minerales que los naturales del país... Los reyes que habían enviado esas colonias de alemanes para trabajar en dicha busca quisieron darles, al parecer, por privilegio especial, un juez para dirimir sus diferencias». (Catel, *ob. cit*, p. 5.) <<

[52] César d'Arcons, *Du flux et reflux de la mer et des longitudes avec des observations sur les mines métalliques de France*, 1667, pg. 358. <<

[53] Fernand Niel, Montségur, en la obra de R. Nelli, F. Niel, J. Duvernoy y D. Roché, *Les Cathares*, París, Editions de Delphes, 1964, pág. 322 y siguientes. <<

[54] Fernand Niel, *ob. cit.*, pág. 324. <<

[55] Testimonio de Arnaud-Roger de Mirepoix, en *Doat*, tomo xxii, página 129. <<

[56] Fernand Niel, *ob. cit.*, pág. 386. <<

[57] Lunel es la única ciudad de Francia que pasa por haber sido fundada por los hebreos. Los judíos, en todo caso, hallábanse establecidos en dicho lugar desde antes de la conquista romana, habiendo allí una sinagoga antigua. El blasón de la ciudad lleva una media luna y sus habitantes el sobrenombre de Pêcheurs de Lurte (Pescadores de Luna). <<

[58] Archivos del padre M.-R. Mazières. <<

[59] Véase el trabajo del padre M.-R. Mazières: «La llegada y permanencia de los templarios del Rosellón a fines del siglo XIII y comienzos del XIV en el valle del Bézu», en *Mémoires de la Société des Arts et Sciences de Carcassone*, 4.^a serie, tomo III, 1957-59. <<

[60] Véase la obra de Maurice Métreaux: *Les «Blanquefort» et les origines vikings dites normandes de la féodalité en Guyenne*, Burdeos, 1963 <<

[61] Padre M.-R. Mazières, *artículo citado*. <<

[62] Padre J.-M. Vidal, *Lettre sur la parenté de Benoit XII* (s.l., s.f.). <<

[63] Acerca del asunto de la moneda falsa del Bézu, véanse: *Archives nationales*, J. J. 68, n.º 348, y Vaissète y de Vic, *Histoire générale du Languedoc*, tomo x, pruebas, pág. 950. <<

[64] Parece ser que Blanca tuvo de Federico un hijo, don Enrique, tronco de la familia Enríquez, la cual tuvo, en efecto, la reputación de estar vinculada a la casa de Castilla sin que se supiese exactamente de qué manera. <<

[65] A llorar como Diana a la orilla de aquellas fuentes / su amor solitario y siempre amenazado. <<

[66] *La vie vaillant Bertrand Du Guesclin. (N. del A.).* (*) Era el rey Enrique bien derecho en el Castillo Blanco / que su herencia le fue perteneciente. <<

[67] Soy el tenebroso, el viudo, el desconsolado, / el príncipe de Aquitania de la tone
abolida... <<

[68] Véase la obra de René Descadeillas: *Rennes et ses derniers seigneurs*, Toulouse, 1964. <<

[69] Basville, *ob. cit.*, pág. 251. Dicha mina de cobre se halla hoy día en la parcela 635 sección A del catastro <<

[70] Término del lenguaje jurídico francés que significa que el notario entrega un acta a las partes sin quedarse con minuta de ella. (*N. del T.*) <<

[71] René Descadeillas, *ob. cit.* El brevet de que aquí se habla es probablemente el fallo de confirmación de posesión dictado el 4 de enero de 1664 por el intendente de Bezons. <<

[72] En marzo de 1781, el famoso juez de armas Hugues d'Hozier de Sérigny había solicitado de Antoine Bigou la lectura de dichos papeles para redactar un brevet. Éste fue entregado el 30 de abril de 1781. <<

[73] Véase la obra citada de René Descadeillas, pág. 83. El privilegio concedido al marqués de Fleury de Blanchefort se refería únicamente a las minas de hierro, de carbón y de azabache. <<

[74] Institución de enseñanza superior de Francia, instituida para el estudio de las cartas, diplomas y documentos de la Edad Media. (*N. del T.*) <<

[75] Como es natural, hubiésemos deseado recoger documentos acerca de una personalidad tan singular como la del padre Antoine Bigou. Los hemos buscado en su tierra natal, en Sournia (Pirineos Orientales), y he aquí la respuesta que hemos recibido del director de los archivos de los Pirineos Orientales: «Todos los documentos referentes a esta comarca se los llevó limpiamente de las Alcaldías un coleccionista del siglo XIX, habiéndose desde entonces perdido la pista de los mismos». <<

[76] El padre De Cayron era párroco de Saint-Laurent de Cabrerisse (Aude). Su necrología, publicada en 1897 en la *Semaine religieuse*, aporta la aclaración siguiente: «Había reconstruido su iglesia casi por completo con hermosas proporciones góticas y, aparte de lo que le daba la familia de Rennes, jamás se supo de dónde sacó los recursos necesarios para cubrir los gastos de una reparación tan importante». <<

[77] H. Boudet, *ob. cit.*, págs. 101-102. Lo mismo que la célebre fe púnica, la «lengua púnica» señala aquí un doble sentido. <<

[78] H. Boudet, *ob. cit.*, pág. 295. <<

[79] Trigo. (*N. del T.*) <<

[80] Véase el ya citado *Essai sur le département de l'Aude adressé au ministre de l'Intérieur* par C. I. Barente, préfet de ce département, *Brumario del año IX*. <<

[81] Véase la obra ya citada de César d'Arcons, *Du flux et reflux de la mer et des longitudes, avec des observations sur les mines métalliques de France*, 1667, pág. 358. <<

[82] En cada caso, sin embargo, hay una anomalía voluntaria a guisa de señal: por ejemplo, mientras que el libro está firmado H. Boudet, el mapa que figura en el mismo lleva la firma «Edmond Boudet». <<

[83] Véase *Gallia Christiana*, instr. C, 109 <<

[84] He aquí la traducción de este párrafo que hemos dejado en francés para que el lector pueda apreciar el juego de palabras: «En Regnes (araña) cerca del brazo del Hombre Muerto que se dirige hacia la meseta, yace la liebre». Se ha de tener en cuenta lo siguiente: A Règnes, en francés, se pronuncia exactamente igual que *araigne* (araña). El Homme Mort (hombre muerto) es el nombre del arroyo. La palabra francesa plateau significa bandeja y meseta. (*N. del T.*) <<

[85] He escrito estas pocas líneas / como para hacerte seña. / Lo importante es la rosa, crée- / me. Para comprender el pensamiento del autor, el lector ha de tener en cuenta que las dos palabras *rose crois* se pronuncian en francés igual que Rose-Croix (en español Rosacruz), nombre de una secta de iluminados de origen alemán que se extendieron por Europa en el siglo XVII. (N. del T). <<

[86] *Fierres gravées du Languedoc, Limoux*, 1884. Reedición parcial del padre J. Courtauly, Villarzel du Razès, 1962. <<

[87] Cuadrado mágico que, una vez aserrado, fue depositado, al parecer, en casa de un coleccionista de Alet, *Monsieur Cailhol*. <<

[88] «Aquí yace Paul Urbain de Fleury, nacido el 3 de mayo de 1776». <<

[89] «Aquí yace Paul Urbain de Fleury, fallecido el 7 de agosto de 1836». <<

[90] Pasó haciendo el bien. Restos trasladados de Paul-Urbain, conde de Fleury, fallecido el 7 de agosto de 1856 a la edad de 60 años. <<

[91] Véase Descadeillas, *ob. cit.*, parte genealógica, plancha IV. <<

[92] «Aquí reposa Jean Vié, nacido en 1808, nombrado párroco en 1840, muerto el 1.º de septiembre de 1872. Rezad por él». <<

[93] Este monumento, muy curioso, merece un examen profundo. El soldado, con la mano sobre el corazón y la rodilla izquierda descubierta, se halla representado en la postura tradicional del iniciado. Bajo la corbata de la bandera nacional aparece un árbol seco con una sola rama viva. Un ángel ligado a un ancla, figura de la fe, corona al soldado. <<

[94] Karl Naundorff fue un aventurero, relojero de profesión, nacido en Potsdam (1787-1845), que se hacía pasar por hijo de Luis XVI. (*N. del T.*) <<

[95] Según los evangelistas, Jesús era por línea materna descendiente de David y de Salomón y, por lo tanto, rey de los judíos por la sangre. Ello ha favorecido las especulaciones sobre la posible supervivencia del linaje humano privilegiado en el que se encarnó el Mesías, especulaciones reforzadas por la indiscutible analogía ritual entre la unción de los reyes judíos y la unción de la consagración instaurada para Clodoveo. El dogma de la Inmaculada Concepción, preparado por la aparición de Lourdes, atacaba dichas especulaciones en su raíz, elevando a María por encima del orden natural. No es, por lo tanto, sorprendente que las sectas político-místicas hayan preferido La Salette a Lourdes. <<

[96] Véase el *Essai sur la toponymie de l'Aude*, del canónigo Sabarthès, Narbona, 1907. <<

[97] «Con este signo vencerás». <<

[98] Sillón del Diablo. <<

[99] Llano de la cuesta. Téngase en cuenta, para comprender el juego de palabras, que costilla plana o llana se dice en francés *côte plate*, y que «côte» significa tanto cuesta como costilla. (N. del T). <<

[100] «Sein» significa *pecho* o *seno*; «seing», marca o seña que ponía antiguamente una persona al pie de un escrito para acreditarlo como suyo. —N. del T. <<

[101] Cinco+Rodilla. (*N. del T.*) <<

[102] San Genulfo. Para comprender el Juego de palabras, ha de tener se en cuenta que las palabras francesas *cinq* y *saint* se pronuncian exactamente lo mismo. —N. del T.

<<

[103] En tanto en cuanto tenga una traducción un poco coherente, la inscripción REDDIS REGIS CELLIS ARCIS significa, si se lee horizontalmente: «A Rennes regia, en las cuevas de la fortaleza», o si se lee verticalmente: «Tú restituyes por las cuevas, tú gobiernas por las arcas». Sobre la puerta, al mismo tiempo que la advertencia: «Este lugar es terrible», Saunière grabó «Domus mea orationis vocabitur». (Mi casa será llamada casa de oraciones), cita evangélica cuya continuación es: «Y vosotros habéis hecho de ella una cueva de ladrones». Teniendo en cuenta el lenguaje que se nos habla, puede sospecharse una alusión a un lugar subterráneo, templo o caverna, de acceso temible y que contiene (como la caverna de Alí Babá, que hacía falta un Sésamo para abrirla) un valioso depósito. <<

[104] Baraja con los naipes escaqueados por el revés y con más figuras que las barajas ordinarias. (*N. del T.*) <<

[105] Mate, en español. <<

[106] Téngase en cuenta que Fleury, el nombre de la familia, cambiándole la y griega por i latina se convierte en Fleuri, que en francés significa «florido». (*N. del T.*) <<

[107] Estas cuatro palabras significan «azabache», «dado», «nariz» y «nido», y se pronuncian en francés, respectivamente, «je» (con j francesa), «de», «ne» y «ni». (*N. del T.*) <<

[108] Indicación repetida en una vidriera singular de la iglesia, que representa la cena de Emaús y en la que se ve a Magdalena escondida de bajo de la mesa. <<

[109] «Regard», que significa, a la vez, *mirada* y *mirilla*, lo que explica el juego de palabras puesto de relieve por el autor. (N. del T). <<

[110] Véase Louis Réau, *Iconographie de l'art chrétien*, París, Presse Universitaires de France. <<

[111] Véase Jean de Pange, *Le roi très chrétien*, París. <<

[112] Véase Jacques Duchaussoy, *Bacon, Shakespeare, Saint-Germain*; París, La Colombe, 1962, especialmente las págs. 199-200 y 212-222. <<

[113] Véase la obra citada de Descadeillas, págs. 37-42. <<

[114] Algún tiempo antes de su muerte, el padre Rescanière había sido víctima de un atentado, en el que le fue asestada una puñalada. <<

[115] En su noticia necrológica, la *Sentante religieuse du diocèse de Carcassonne*, de fecha 17 de diciembre de 1964, dice del padre Courtauly: «Sus colegas envidiaban un poco el contenido de su biblioteca». Y también: «Sus pistas no siempre eran acertadas». <<

[116] Un cartulario carolingio nos hace saber que se perforaba ritualmente el cráneo de los muertos para impedirles «volver». Los geománticos utilizan también cráneos agujereados para buscar tesoros. <<